

## CAPÍTULO III.

### EL LUJO DURANTE LA EDAD DE PIEDRA

#### PERIODO PALEOLÍTICO.

**D**URANTE la edad de piedra, cuyo principio no puede fijarse para todos los pueblos en determinado año de la cronología histórica ó prehistórica, pues claro está que empieza con los primeros hombres que habitaron tales ó cuales comarcas de la tierra, á no ser que estas se hubiesen poblado dentro de períodos posteriores; tuvo, como todas las edades pasadas, como los tiene la presente, sus progresos. Estos progresos, que hoy hemos podido precisar, gracias al sin número de hallazgos prehistóricos ocurridos en las cinco partes del mundo, dan nombre á diferentes períodos.

La geología, que es la ciencia matemática de las ciencias naturales, ha venido enseñándonos constantemente que los restos del hombre primitivo que guardan los terrenos más antiguos, aquellos que lindan con los de la época terciaria y aun los primeros de este período, como ya se recordará, nos dan á conocer un ser tan privado de recursos, que ni siquiera sabía tallarse una arma ó un útil, ni de la cantera que le ofrecía en sus antros un asilo, ni del árbol en cuya copa descansaba cuando el sueño ó la fatiga le rendía. En esa remotísima época, pues, nos referimos á la época aquella en que aun se escondían en el seno de las aguas las grandes líneas de la actual configuración física de la tierra, vivía un hombre que aprovechando ora los cascós de piedra que la acción corrosiva de la atmósfera y demás accidentes atmosféricos hacían saltar de las rocas, hacía de ellos, cuando presentaban punta ó corte, puntas de lanza, dardos ó hachas, que así las llamamos, según sus dimensiones nos recuerden las que luego tuvieron las perfeccionadas armas de esta clase aun dentro de la edad de piedra, y también valiéndose de cantos rodados ó del fuego, arrancaba á aquellas rocas de estructura laminar cascós de las cualidades mencionadas, para hacer de ellas sus armas de combate contra hombres y animales, y sus útiles de trabajo. A estas armas añadían las que les suministraban los huesos de los animales, una vez los habían partido para aprove-

char la médula, que era el más rico ó lujoso plato de la mesa de los pueblos primitivos, como hoy lo es de los pueblos salvajes. Estos fragmentos de huesos puntiagudos y cortantes, eran atados con fibras vegetales ó animales, á palos más ó menos largos, que venían á completar la panoplia y las herramientas del hombre primitivo. A este período se llama en la prehistoria, *paleolítico de litos*, «piedra,» y *paleo*, «antiguo,» en griego.

Compréndese desde luego que el período paleolítico ha de tener, para todos los pueblos donde se descubren sus restos, una antigüedad y una duración grande, pues principiando en aquel momento en que el hombre empieza á distinguirse de los antropoides, no acaba sino hasta cuando posee ya el hombre una cultura relativamente superior, es decir, hasta tanto que puede afirmarse ya como hombre en todo el rigor de la palabra. Por esto mismo, ese larguísimo período que vió al hombre emanciparse de su condición de bruto para convertirse en el sér más perfecto de la creación, ofrece varios períodos claramente determinados de sus constantes luchas y de sus constantes progresos.

Durante el período en que no tuvo más armas que los cascós de las rocas naturales ó toscamente trabajados, que es el período *acheuleano*, por haberse descubierto los tipos de ese período en los aluviones cuaternarios antiguos de San Acheul (Francia), tipos iguales á los que se encuentran en el cerro de San Isidro, situado en las afueras de Madrid, lo que claramente demuestra que el hombre primitivo presentaba la unidad de espíritu que hoy presentan los pueblos, cuyo desarrollo es armónico, cualquiera que sea su grado, el hombre vivía rodeado, en nuestras septentrionales regiones de animales como el mamuth, y el hipopótamo, es decir, en medio de paquidermos monstruosos y de animales carnívoros de talla superior á los que hoy existen. La fauna de tan remota época contribuye también de una manera poderosa á la clasificación de los períodos paleolíticos, así por ejemplo, Lartet, que exploró una veintena de grutas, de Cameros, provincia de Soria, demuestra, por la presencia de ciertas especies de animales y por la variación de tipos de las armas y utensilios, la existencia de tres distintos períodos paleolíticos.

Diéronles las excavaciones para el primer período, huesos del Urús y de un rinoceronte tichorhinus. Para el segundo, además del Urús, sílices tallados, como los que se encuentran en Francia, asociados con los huesos del rengífero, pero ya en este segundo período el rinoceronte había desaparecido; y para el tercero, que acusa ya un grado de civilización notable, los huesos de animales descubiertos son los de nuestros animales domésticos, y junto con ellos restos cerámicos, con ciertos adornos semejantes á los que llevan también las vajillas lacustres de Suiza, y las halladas en los terramares de Italia. Estos tres períodos corresponden á los llamados

- I. —*Acheuleano*
- II. —*Mousteriano*
- III.—*Soluteriano*;

antes se añadía el *magdaleniano*, pero éste se ha reasumido en el *soluteano*.

Los utensilios y armas de la época mousteriana, según los tipos de la gruta de *Moustier*, departamento de la Dordogna (Francia), son muy variados y numerosos. Esta misma riqueza, si nos es permitido hablar así, de armas é instrumentos, nos indica ya que la civilización va desarrollándose, pues, cuanto más rudimentaria ésta es, menos necesita de variedad de herramientas. Comparemos las que usa y necesita el inglés para sus trabajos con las del fuegiano de nuestros días; y se comprenderá el por qué veamos en la variedad de armas

y herramientas de la época mousteriana, una prueba de los grandes adelantos hechos por el hombre. Armas y herramientas presentan formas más regulares y simétricas, la mano del hombre es más inteligente, y así se puede señalar el uso á que estaban destinadas tales ó cuales armas ó instrumentos de trabajo, con sólo considerar lo macizo de sus formas, su esbeltez, lo agudo de sus aristas, lo más ó menos pulido de sus caras, ya se trate de instrumentos de piedra ó de hueso.

Aun son, como ya es de esperar, más numerosos y perfeccionados los instrumentos de guerra y de trabajo de la época solutreana. Aquí es donde aparecen por primera vez las hojas de sílice talladas con arte formando puñales, cuchillos, sierras, etc.; las puntas de flecha tienen ya una forma simétrica casi irreprochable, y presentan casi todas las variedades que luego hemos conocido, y aquí aparecen también los primeros testimonios de una organización social, los adornos humanos, y los bastones de mando (?). Las diferentes clases de maderas, como los huesos de varias especies de animales, empleados como armas, insignias ó herramientas, tienen ya formas artísticas; el período solutreano cuenta ya con escultores y grabadores, tiene también sus ceramistas, pues en este período aparecen las más antiguas vasijas, es decir, que hay ya una organización social; pues existe, á contar del período solutreano, la sociedad humana.

Si ahora recordamos lo que hoy pasa en el mundo, se comprenderá que los tres períodos, cuyos caracteres hemos trazado, no se dan para todos los pueblos, ni aun en los mismos que se descubren, se notan con completa separación unos de otros. La misma diferencia que hoy notamos entre los pueblos más avanzados, se notaba entonces en debida relación entre los más adelantados de una misma época. Análogas diferencias á las que hoy existen entre ingleses y búlgaros, para no salirnos de Europa, existían entonces para los hombres de los tres períodos paleolíticos, y la misma diferencia que hoy existe entre un inglés y un bosquimano por lo que toca al número y naturaleza de sus artes é instrumentos de guerra y de trabajo, existía entonces para los ingleses y bosquimanos de aquel tiempo. Así, pues, lo que hoy significarían un cañón Armstrong ó un fonógrafo hallado entre los botocudos, ha de significar una punta de flecha de sílice hallada entre multitud de armas y herramientas del período acheuleano. Esto, dejando á un lado la consideración general de que, de la misma manera que hoy no están provistos los pueblos ingleses de las mismas herramientas que cuentan Newcastle ó Manchester, también en aquellos tiempos había pueblos á quienes podían bastar para sus necesidades y trabajos las armas y herramientas de los períodos acheuleano y mousteriano; á pesar de vivir en el solutreano. Pues esto que la razón natural nos dicta y que la experiencia nos muestra para los pueblos salvajes contemporáneos, diversamente armados y aparejados para el trabajo, y á pesar de su vecindad, ha servido para acusar de arbitrarias las clasificaciones arqueológicas de la prehistoria, como si una estátua hierática griega fuera posible en tiempos de Praxíteles, como no se tratara de una producción ó reproducción arqueológica. Así no debe extrañarnos cuando aquí y allá, demos, al hacer nuestras investigaciones con obras de dos ó más períodos distintos y sucesivos ó no, pues todas las consideraciones que hoy podrían hacerse tratándose de pueblos modernos, valen para los pueblos prehistóricos. En fin, tan cierto es esto, que hasta en el mismo San Acheul se han dado las formas de almendras de las hachas acheuleanas con las puntiagudas de Moustier.

El espíritu científico, que otros llaman escéptico, de nuestro siglo, ha llevado á hombres eminentes de nuestros días á realizar el paciente y largo trabajo que supone la fabricación de

los instrumentos de guerra y paz de los tiempos primitivos. Nilson, el patriarca de la prehistoria, el autor de las *Antigüedades del norte*, á quien tuvimos el gusto de visitar en Lund (Suecia), en 1880, y cuya reciente muerte llora aún su patria, Lartet, y el crítico Mr. Evans entre otros muchos, han demostrado los procedimientos de fabricación que debieron emplear los hombres primitivos para llegar á obtener esas piedras labradas en forma de hacha, lanza, cuña, flecha, martillo, agujereadas ó no, y esas delicadísimas y finas agujas de coser, que más sutiles no las da el acero, y que Lartet fabricó con fragmentos de hueso y sin otros instrumentos que al efecto pudo usar el hombre de la edad solutreana.

Que las agujas de coser indican un pueblo que cose, parece hasta ridículo decirlo. Que los ovillos de fino hilo no han parecido, esto tampoco ha de extrañarse, y también no se extrañará que digamos que desconocemos los lienzos ó paños que cosieron los hombres ó mujeres de las cavernas de los tres periodos citados. Pero, un pueblo que cose, es un pueblo que

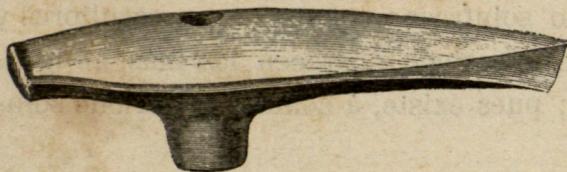


Fig. 25.—Edad neolítica.—Martillos-hachas.

se viste, aun cuando no tuvieran finas telas de Holanda para hacerlo, los animales podían suministrarles pieles al efecto, y los pequeños animales, útiles tendones con que poder sustituir el hilo. Cuando esto se recuerda, se explica que multitud de piedras talladas cuyo uso parece difícil de explicar de momento, debían destinarse á

preparar dichas pieles para los diversos usos á que el hombre las destina. Pero creemos nosotros que, desde el mismo momento en que el hombre viste sea por necesidad ó por pudor, nace el arte cosmético, es decir, el arte del tocador, y los primeros elementos de ese arte aparecen en el periodo solutreano. Aquí, casi á nuestro lado, en Sordes, Bajos Pirineos (Francia), Lartet, halló todavía en el cuello del esqueleto de un hombre de esa edad, un collar formado de dientes de oso y de león, en las que se habían trazado algunas líneas que consideró el sabio investigador como posibles indicios del rango del difunto, y nosotros creemos pueden ser el resultado de la mano artística, del arte del joyero de la época.

Otro de los elementos de adorno más usados son las conchas, tanto para formar con ellas collares, brazaletes y anillos, como para bordar vestidos á manera de lentejuelas. Yo mismo recogí en las cuevas de Camarasa, provincia de Lérida, buen número de conchas agujereadas unas, y otras sin agujerear, de que estaban llenas dos grandes ollas de barro, que hicieron pedazos los trabajadores, despechados, al ver á qué quedaba reducido el supuesto buscado tesoro, y que aparecieron junto con gran número de huesos de las especies domésticas. Pero M. Massenat descubrió en la *Laugerie-Basse*, el esqueleto de un hombre, á quien un desprendimiento de tierra de la gruta dió la muerte, con todo el cuerpo salpicado de conchas de las especies llamadas *Cipraea rufa* y *Cypraea lurida*, y viven aún hoy en nuestra mar, señal de que estaban prendidas en otro tiempo en su vestido. Véase, pues, como la vanidad y el lujo existía ya para el troglodita. Además, se han recogido en varias cavernas ó sepulturas, verdaderas joyas, pues tales habían de ser para el hombre solutreano, los fragmentos de esteatita, que parecen usados, como pendientes, los granos de azabache, las perlas de calcárea cristalizada, las placas de marfil, etc., etc.

Antes de que se descubriera un curioso grabado que representa la mano y brazo de un hombre que tiene en la parte inferior del antebrazo un dibujo reticulado, se había ya dicho y sostenido que el hombre de la edad paleolítica tatuaba (punteaba) el cuerpo, á guisa de

los salvajes modernos, pues en varias cuevas se habían recogido restos de materias colorantes, piedras de oligista roja, pedazos de sangina, y en la cueva de la Roca, de cerca de Valencia, se encontraron pedazos de cinabrio.

Que todos los pueblos paleolíticos vinieran en el transcurso de los siglos en una misma clase de habitaciones, no es creíble; pues, además de haberse modificado radicalmente las condiciones climatológicas de sus estancias, los progresos de la civilización habían de hacerlo imposible. Las grutas ó cuevas naturales que en invierno ofrecen un caliente abrigo, y fresco en verano, habían en su día de ser reemplazadas por habitaciones al aire libre, por chozas con mayor ó menor arte construidas, pero de estas no queda rastro alguno, aun cuando debemos suponerlas generalizadas á lo menos en los últimos del periodo solutreano. En cambio de haber servido las cuevas, cavernas, grutas y simples agujeros naturales ó artificiales de moradas para el hombre, tenemos abundantes pruebas, suministradas por los restos de las comidas que, en gran cantidad se han hallado en multitud de cuevas, y que tanto han servido para restablecer la fauna de tan remotos periodos. Estos restos mezclados muchas veces con cenizas y maderos semicarbonizados, nos han enseñado que el hombre mousteriano conocía ya el fuego, y bien se puede admitir que el fuego lo conoció igualmente el hombre del periodo acheuleano, aun cuando no tengamos de ello prueba cierta. El haber servido en un principio las cuevas y grutas naturales y artificiales para morada del hombre, y luego de sepulturas, dificulta el hablar de ellas en el primer concepto, sobre todo cuando se presentan ciertos detalles, digámoslo así, escultóricos y arquitectónicos, siendo bajo este último punto de vista notables las de las Baleares de que más adelante hablaremos.

Hemos mencionado los bastones de mando, y ahora hemos de decir de lo que se trata.

Trátase de pedazos de astas de ciervo y de rengíferos, por regla general, trabajadas con mayor ó menor arte, y en los que aparecen hacia una de sus extremidades, uno, dos, tres ó cuatro agujeros que los pasan de parte á parte. Esos bastones llevan esculpidos de mayor ó menor relieve líneas ornamentales, y en general figuras de animales, y muchas veces el artista paleolítico, aprovechando la configuración natural del remate del bastón, lo transforma en figura de animal real ó ideal, terrestre ó marítimo, y aun á veces, en una cabeza humana, como lo acreditan los bastones hallados en la cueva de la Rochebertier, del departamento de la Charente en Francia. «Este es uno de los hechos más interesantes de la época paleolítica. El hombre no es un ser meramente material, es decir, un ser que no conoce más que la vida animal y la lucha por la existencia. Un espíritu artístico le anima, y en verdad, uno se confunde ante la variedad de dibujos que con las miserables herramientas de que disponía el hombre primitivo, llegó á grabar ó esculpir en piedra, en marfil ó hueso. Todos cuantos han examinado estas obras, todos cuantos han manejado estos fragmentos, á menudo informes, comparten nuestro asombro por la fidelidad del dibujo, por la expresión dada al hombre ó animal que

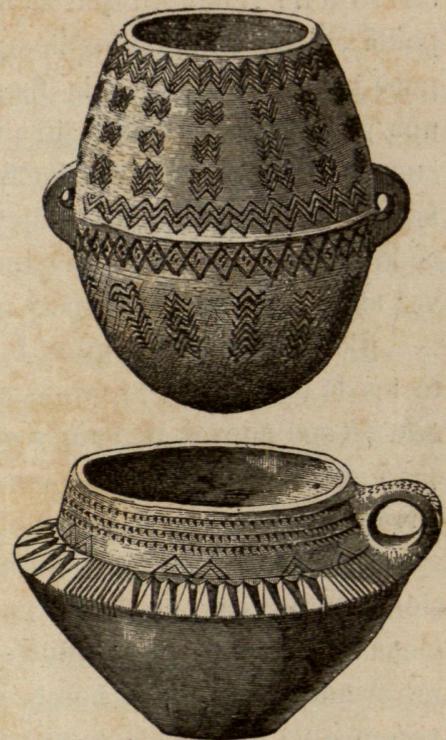


Fig. 26.—Edad neolítica.—Vasos dinamarqueses.

se ha querido representar. Estamos en presencia de una verdadera revelación sobre esos antiguos *pioners* de la civilización, evidentemente seres superiores á las razas bárbaras de nuestros días, incapaces de ejecutar nada que á esto se parezca.» (1)

¿No conocían los hombres de la edad paleolítica otras artes que las artes del dibujo? Si se puede dudar que la flauta descubierta por M. Piette sea ó no de esta edad que reseñamos, ó de la inmediata venidera, creemos que no se puede negar su carácter de instrumento músico. La flauta en cuestión está compuesta de dos huesos de pájaro reunidos, atravesados por cuatro agujeros, produciendo, cuando se sopla, ciertas modulaciones parecidas á las del pipean de los oceánicos, cuya monótona música relata Cook. Que la flauta no pudo dejar de inventarla el hombre paleolítico una vez inventado el silbato, es evidente, pues se han descubierto en las Eyzies, en Schussenried, en la Laugerie-Basse, etc., falanges de ciervo ó de rengífero que se utilizaban como silbatos. La música, pues, existía, tal como podía existir en aquellos tiempos, tal como veremos luego que existe en la época histórica, pues junto al silbato y la flauta, bien podemos poner un tam-tam, ya se usara al efecto una piel, ya se golpeará un madero; unas castañuelas de piedra, marfil ó madera, y si se recuerda que para atar las hachas á los mangos, ó las puntas de flechas á sus palos, necesitaban de fibras vegetales ó de tendones de animales, tendones más ó menos finos, como sucede hoy entre los salvajes modernos, se comprenderá ya que una cierta lira no faltaba tal vez al hombre primitivo para acompañar su himno ó su canción.

¡Cuántos estarían antes de leer estas líneas bien lejos de imaginar para la época prehistórica la existencia de tantas artes entre los hombres primitivos! ¡Quién había de decirles que en sus cuevas habíamos encontrado sus colores, sus obras de escultura y de grabado, y sus instrumentos músicos, como si se tratase, en vez de una cueva, de una de las casas enterradas por la lava del Vesubio en Pompeya ó Herculano!

Si se recuerdan los términos justos con que el Marqués de Nadaillac habla de la impresión artística que producen las obras primitivas del arte humano; si se compara con ellas la elegancia de las formas solutreas que tan alto vuelo toman en el período neolítico, no admiraremos solo en los hombres de ese período el talento artístico sino que, á través de él, veremos ya un pueblo industrial, un pueblo científico. Desgraciadamente nada podemos decir en concreto sobre este punto. De sus artes solo podemos hablar de la de la pesca, para decir que la conocían, y que pescaban con arpones y con anzuelos de forma igual de los que hoy se usan por los pueblos salvajes, «semejanza perfecta, imposible de explicar, dice Nilson, lo mismo para los instrumentos de caza que de pesca, á través del tiempo, del espacio y de la raza, si no se admite que todos los hombres colocados en un grado ínfimo de civilización, han labrado sus armas, guiados por su instinto, bajo el peso de una necesidad natural, para subvenir á las necesidades de su alimentación.»

Cuando se recuerdan estas palabras, la razón dice, que los procedimientos de caza ó pesca han de ser comunes á través del tiempo, del espacio, y de la raza, ya que unas mismas son las armas empleadas. Así nos parece que el P. Sauvage tiene razón cuando dice «que los sílices tallados á grandes cascos de forma lanceolada ovalar, conocidos con el nombre de «lenguas de gato», servían, durante el invierno, para hacer agujeros en el hielo para pescar los peces y animales anfibios que frecuentaban los grandes ríos de entonces.»

(1) MARQUÉS DE NADAILLAC.—*Les premiers hommes et les temps préhistoriques, etc.*—Tomo I.—Pags. 124 y 125.

Los esquimales que, en medio de su civilización actual, viven en parte como vivía el hombre en la edad de piedra, emplean instrumentos de piedra análogos para el uso que acabamos de indicar: sabido es, por otra parte, que en todas las regiones boreales, los salvajes modernos abren agujeros en el hielo, y que puestos en cuclillas á su borde, aguardan pacientemente horas y horas el paso de una foca para apoderarse de ella y hartarse con su carne. Es verosímil que en los tiempos cuaternarios remontasen animales anfibios ríos como la Sena y la Somme, y por tanto es posible que el hombre durante los fríos rigurosos del clima de entonces tuvieran los mismos usos que tienen los salvajes modernos: lo que hasta cierto punto parece venir en apoyo de esta hipótesis, es que los sílices llamados «lenguas de gato» se encuentran siempre en los depósitos acuosos, y á menudo acumulados en cierta cantidad en un solo punto, hecho que se comprende fácilmente, pues siendo el instrumento de poco valor, podía por lo demás fácilmente extraviarse y caer en el río (1).

Importa ahora no dejarse arrastrar por nuestras entusiastas palabras y no ver en la edad paleolítica á un hombre de mucho superior al salvaje contemporáneo. Nuestro entusiasmo es hijo de nuestra condición: *Homo sum et humani nihil à me alienum puto*.

Broca la explicó en su discurso inaugural del Congreso prehistórico de París de 1878:— «Al ver lo que eran esos primeros hombres y los progresos llevados á cabo con los débiles medios que tenían á mano, en medio de peligros, que sin cesar, se renovaban, de dificultades que apenas hoy se pueden concebir, uno se siente poseído de una viva admiración para sus antecesores, desconocidos todavía ayer, quienes necesitaron para vivir estar en una lucha incesante contra las bestias salvajes y los elementos desencadenados. Triunfaron no porque fueran más fuertes ó de más ingenio, sino porque poseían los instrumentos maravillosos, más perfectos en ellos que en todo otro ser; el cerebro que manda y la mano que ejecuta. A la fuerza brutal opusieron la inteligencia, lucha grandiosa en la cual, según la expresión del poeta, «esto debía matar aquello.» Las especies colosales de los tiempos geológicos, esos mónstruos verdaderamente espantosos han desaparecido: el hombre ha quedado, ha vencido á todos sus rivales, ha vencido la misma naturaleza.»

Sí; si todo esto pudo el hombre «cuando no sabía domar las cosas con el fuego, y habitaba en los bosques y cavidades de las montañas, y ocultaba en las malezas sus incultos miembros obligado á huir del azote de la lluvia y del viento;» cuando «incapaz de pensar en el bien común, ignoraban entre ellos el uso de las leyes, y de las ordenadas costumbres;» cuando «cada uno se apoderaba de la presa que la casualidad le ofrecía, enseñado por la naturaleza á conservarse, y á vivir para sí mismo;» cuando «Venus unía en los bosques los cuerpos de los amantes, pues toda mujer cedía á su inclinación natural, ó al brutal arranque, ó á la furiosa pasión del hombre; ó á la variación de sus regalos.....» júzguese, pues, lo que no ha de poder el hombre cuando «hubo hallado el uso de las cabañas..... y del fuego;» cuando «la mujer unida al hombre, es su compañera;» cuando «conocieron los castos placeres de la Venus doméstica, y vieron una familia nacida de su sangre.....» (2).

Hemos mencionado una cerámica hacia últimos de la edad paleolítica; porque, en verdad, nos parece,—sobre haberse hallado restos de ella en estaciones de esta edad—que

(1) *Congres international d' Anthropologie et Archeologie prehistóriques*.—Séptima sesion.—Stockholm, 1876.—Tomo I.—Página 56.

(2) LUCRECIO.—*De rerum natura* vs. 951 á 966 y vs. 1009 á 1012.

dado el desarrollo siempre creciente de la civilización, había de ser un arte de los primeros que inventase el hombre, sobre todo cuando los cambios climatológicos de la época cuaternaria acabaron con los árboles de frutos de grandes cáscaras duras, sin embargo, autoridades de primer orden sostienen lo contrario. M. Cartailhac en el *Congreso de Bruselas* (1) sostuvo resueltamente la negativa, fundándose en un hecho de sentido común, que, como tal, tiene considerable fuerza, á saber; que una vez inventado el arte del alfarero, sus productos se fabricaron en enorme cantidad en razón de su indisputable é inmediata utilidad, y así decía: «No es admisible que un pueblo que estuviera en posesión de tan preciosa invención nos hubiese apenas dejado uno ó dos vasos por estación. Por otra parte podía suponerse, que durante dicha época, la cerámica fué inventada y perfeccionada en tal cual lugar de la tierra, de modo que vasos que en modo alguno fueron fabricados por otros contemporáneos de la edad del rengífero, pudieron muy bien hallarse entre sus manos.»

Opinan como M. Cartailhac y Mr. Ewans, quien tambien afirma que no ha hallado en estación alguna paleolítica de Inglaterra, obra de cerámica, como el primero afirma no haberla hallado jamás en Francia en estaciones de dicha edad, en el medio día ni en el Perigord, ni en el centro de Francia, Sir John Lubboch y de Mortillet, que corroboraron todo lo dicho. Sin embargo, los repetidos descubrimientos de restos cerámicos en estaciones paleolíticas hechas antes y después del *Congreso de Bruselas*, parecen autorizar la opinión de M. Cartailhac, contra la cual observa el Marqués de Nadaillac (2), que dando por sentado el hecho de no encontrarse en las estaciones paleolíticas del centro de Francia cerámica alguna, y si en las estaciones del Norte de dicha edad en Bélgica y Alemania, nos es necesario admitir que los primeros hombres aprendieran en Bélgica ó Alemania á amasar la arcilla, luego á endurecerla por la acción del sol, en tanto que los hombres del medio día de Francia, tan expertos en tallar el sílice, en fabricar flechas ó harpones de barbata, tan artistas como hemos visto, en la ejecución de los dibujos y grabados que aun hoy nos llenan de admiración, no supieran utilizar la tierra, que hollaban con sus piés, ignorando el arte de alfarero, á la vez tan rudimentario y tan necesario para la existencia del hombre. ¿No conviene, pues, concluir con Mr. Franks que las dudas concebidas acerca de la autoridad de los descubrimientos hechos en nuestro país han de desaparecer delante de descubrimientos análogos, y esta vez incontestables, hechos en otras regiones?» Las reservas de los Sres. Franks y Nadaillac son juiciosas, pero aquí tenemos otra vez una prueba del defectuoso método seguido en sus estudios por los puros arqueólogos prehistóricos. Estos operan sobre los descubrimientos, como si en una misma época toda la tierra pasara por un igual período de la civilización. Pues bien, el mismo error que cometería un sabio fijiano que jamás hubiese oído hablar de Europa ni visto un europeo, si enseñara que el estado de civilización del pueblo fijiano es común á todos los pueblos de este Mundo-Tierra de su tiempo, es el que cometen los hombres eminentes cuando, para explicar un hecho dudoso, recurren á la teoría de una importación de un producto industrial por vías desconocidas del comercio, cuando bastan á explicar la rareza de tales productos, la hipótesis de su recién invención. En tesis general podemos decir, sin embargo, que esto ocurre por falta de cronología y de sistematización.

(1) Año 1872; Bruxelles 1873.—Pág. 453.

(2) *Obr. cit.*—Tomo I.—Pág. 102.

¿Cuál es la cronología sino exacta, aproximada, y sino aproximada, verosímil de la edad cuaternaria comprensiva de los tres períodos arqueológicos de la misma?

«En medio de los tiempos cuaternarios se coloca el período glacial. Los heleros de la cúspide de nuestras más altas montañas descendían antes muy á bajo en nuestros grandes valles. ¿Puede calcularse el tiempo que necesitaron para desenvolverse en tal extensión? La extensión de los heleros alpinos varía de 101 á 280 kilómetros; 18 observaciones sobre la marcha de los heleros han dado un promedio de 62'66 metros por año. Una roca errática que había saltado de la extremidad superior del helero para correrse en la dirección de la extremidad inferior, que es lo que se observa, hubiese puesto para realizar su carrera 4,468 años. Pero todavía esta cifra es sobrado pequeña. Las 18 observaciones, de las cuales hemos calculado el promedio, se han hecho en las altas montañas, que es en donde la pendiente es más rápida. Ahora bien, en el agua helada lo mismo que en el agua líquida; la fuerza y la rapidez de la corriente disminuyen cuando disminuye su pendiente. Así, pues, de las 18 observaciones hechas por Agassiz en el helero del Aar, las cinco que se hicieron en la región mediana del helero, dieron como promedio del movimiento anual, 65'55 metros. Otras tres hechas en la región inferior, mucho menos rápidas, dieron sólo por corriente 41'55 metros por año. Siendo la pendiente de los heleros cuaternarios, por lo menos cinco veces menor que la de los heleros actuales, la velocidad ha de ser por consiguiente, cinco veces menor, lo que transforma los 4,468 años indicados más arriba, conforme el dato de los heleros de las montañas actuales, en 22,340 años. Los grandes heleros cuaternarios al dejar los valles estrechos de la montaña, se extendieron largamente por las llanuras, lo cual necesitó un aumento de tiempo proporcional á las dimensiones del espacio que debían llenar, lo cual hace que, por lo menos, se tenga que doblar el número de años indicado. Los heleros cuaternarios se mantuvieron durante cierto lapso de tiempo en su máxima extensión, como lo prueban las enormes morenas que á su extremidad forman verdaderas series de colinas. En fin, la extensión y la retirada de los heleros,—retirada que necesitó para realizarse, poco más ó menos, igual espacio de tiempo que para su dilatación,—no ocurrieron de una manera continua. Hubo oscilación, avances y retrocesos sucesivos, que absorbieron un tiempo considerable. Así, pues, queda uno por bajo de la verdad, atribuyéndolo al período glacial 100,000 años de existencia.

«Queda por determinar, bien que de una manera aproximada, desde cuando tuvo lugar la gran extensión de los heleros. Mr. Luis Pillet suministró á ese objeto un dato precioso. Una de las acciones más características y más generales de los heleros es la de pulimentar las rocas en las cuales descansan ó por cuyo lado se deslizan. La colina calcárea que domina á Aix-les-Bains, en Saboya, aguantó el antiguo helero de la Haute-Isère, siendo por él enteramente pulimentada. Ese pulimento se observa en la roca do quiera ha estado preservada por una capa de tierra de la acción del agua y del aire. Pero en aquellos puntos en donde

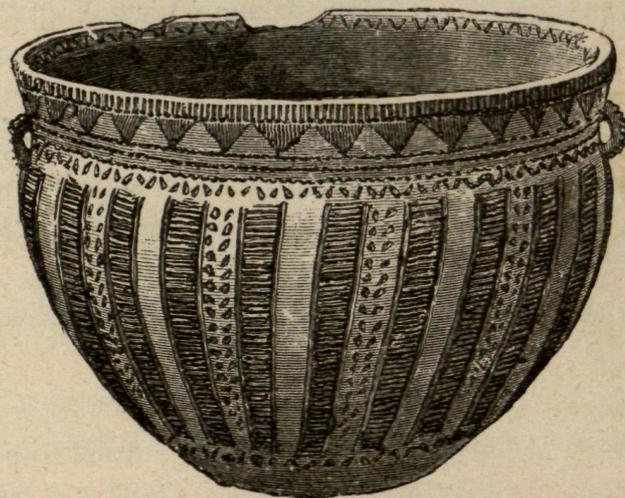


Fig. 27.—Edad neolítica.—Vaso dinamarqués.

«Queda por determinar, bien que de una manera aproximada, desde cuando tuvo lugar la gran extensión de los heleros. Mr. Luis Pillet suministró á ese objeto un dato precioso. Una de las acciones más características y más generales de los heleros es la de pulimentar las rocas en las cuales descansan ó por cuyo lado se deslizan. La colina calcárea que domina á Aix-les-Bains, en Saboya, aguantó el antiguo helero de la Haute-Isère, siendo por él enteramente pulimentada. Ese pulimento se observa en la roca do quiera ha estado preservada por una capa de tierra de la acción del agua y del aire. Pero en aquellos puntos en donde

«Queda por determinar, bien que de una manera aproximada, desde cuando tuvo lugar la gran extensión de los heleros. Mr. Luis Pillet suministró á ese objeto un dato precioso. Una de las acciones más características y más generales de los heleros es la de pulimentar las rocas en las cuales descansan ó por cuyo lado se deslizan. La colina calcárea que domina á Aix-les-Bains, en Saboya, aguantó el antiguo helero de la Haute-Isère, siendo por él enteramente pulimentada. Ese pulimento se observa en la roca do quiera ha estado preservada por una capa de tierra de la acción del agua y del aire. Pero en aquellos puntos en donde

la roca ha estado sometida á las acciones atmosféricas, se ha producido en su superficie corrosiones, que dan lugar á la formación de excavaciones, huecos, y sobre todo á numerosas grietas. En esa colina abrieron los romanos una cantera para construir de hermosa piedra de talla, los monumentos que dejaron en el país; termas, templos, arcos de triunfo. Y bien, las corrosiones operadas por las acciones atmosféricas durante 1,800 años sobre la superficie calcárea dejadas al descubierto en la cantera romana, no tienen más de dos á tres milímetros de profundidad, mientras que aquellas producidas por los heleros, y que se encuentran á su lado, alcanzan por término medio un metro de profundidad. Si admitimos una corrosión de un centímetro por 20 siglos, llegaremos á contar 200,000 años para la época en que abandonaron los heleros el valle de Aix.

«Como conclusiones cronológicas, si se divide el cuaternario en cien unidades, pueden atribuirse al

Acheuleano ó preglacial. . . . .	35 unidades.
Mousteriano ó glacial. . . . .	45 » »
Solutreano. . . . .	20 » »
Total. . . . .	100 unidades.

«Lo que desde el momento en que se sabe que el glacial ó mousteriano duró 100,000 años, pueden reducirse á años las unidades anteriores del modo siguiente:

Acheuleano. . . . .	78,000 años.
Mousteriano. . . . .	100,000 »
Solutreano.. . . .	44,000 »
Total. . . . .	222,000 años.»

Esto es lo que dice el artículo titulado *Cronologia* del *Diccionario des Sciences Anthropologiques* en curso de publicación en París, y que firma Mr. de Mortillet el director del *Museo prehistórico de Saint-Germain*, cuyo puesto acaba ahora de trocar por el de diputado, no sabemos si con buen ó mal acierto.

¿Qué son, pues, los ocho ó diez mil años que contamos desde los primeros días históricos del Egipto, comparados con los 200,000 años de solo la edad paleolítica? ¿Qué son nuestros periodos históricos antiguos, Edad Media y moderna, comparados con los periodos acheuleano, mousteriano y solutreano? ¿Son algo más que un día de la civilización humana? Y si ahora pensamos con los millares de millones de hechos que llenan este día, ¿cómo no sorprendernos ante el inmenso cuadro que ofrece el lento desenvolvimiento de la civilización humana?

Este inmenso espacio de tiempo, empleado por el hombre, en estudiar ó en aprender los medios para hacer de un casco de sílice una hacha, una cuña, una punta de flecha bien cortada, bien delineada, pero aun de superficies toscas y aristas rudas, ¿no explica la inmovilidad de los salvajes contemporáneos? Dice el refrán, que son los primeros pasos los que cuestan; pues bien, esto es verdad en todo. El niño que marcha bamboleando, necesita diez y seis ó diez y ocho años, ó más, para lanzarse á una carrera impetuosa. El hombre necesitó de centenares de miles de años para recorrer luego velozmente la carrera de la civilización.

Ahora, antes de pasar á un estudio más detallado de los tres períodos ó edades del período paleolítico, hemos sólo de presentar á la consideración del lector el cuadro del movimiento progresivo que implica la existencia de esos tres períodos. Dado, pues, que los sentimientos morales, cualquiera que sea su relación, forman parte de la íntima naturaleza humana, y dada la duración de cada uno de los períodos, ¿cómo no suponer, para cada uno de ellos el movimiento que implica ya el hecho de señalar cada uno hacia su fin, un progreso incontestable, de estos que se llaman adquiridos para futuros desenvolvimientos? Guardémonos, pues, por falta de datos, de suponer una humanidad estática ó indolente. La pereza no es una virtud humana sino un vicio. El hombre es perezoso por vicio, no por necesidad, y cuando esta apremia, como indudablemente debía apremiar en las primeras sociedades humanas, cualquiera que sea el mínimo que supongamos, tendremos una sociedad viva y enérgica, en lucha contra los seres inferiores que le disputaban el suelo, y contra los que primero tuvo que aguantar porfiada lucha por la existencia. Sólo después de su vencimiento, cuando por su reducido número no hubieron de ser un peligro social, pudo el hombre volver las armas contra el hombre y establecer por la fuerza, el imperio de los gobiernos.

Hasta hoy no se ha introducido el criterio sociológico en los estudios de las edades prehistóricas. Así es de notar la confusión en que quedan los arqueólogos más distinguidos, cuando se encuentran con depósitos solutreanos, en los cuales figuran con los tipos de esta edad los tipos de Saint-Acheul y de Moustier. En efecto; ¿qué significa esto? En primer lugar, que es indudable que se continuaron fabricando dichas armas y herramientas durante el período solutreano, y en segundo lugar, que esta fabricación de tipos imperfectos no podía obedecer más que á exigencias sociales, carecterizadas por el lujo. Esto nos parece inquestionable.

Cualquiera que sea el pueblo constituido en sociedad, antiguo ó moderno, resulta que siempre vemos que, aquellos que están constituidos en autoridad se distinguen por signos exteriores, que, cuando son comunes á las clases superiores ó ricas, se confunden con estas, y en los cuales el lujo deja impresa su mano.

La maza del jefe prehistórico, podía confundirse con la maza de jefes de clanes poderosos, pero no hubieran consentido estos en confundirse con los más infelices individuos de aquella edad, para quienes la maza era tan necesaria como para ellos, para defenderse de sus enemigos, como para su trabajo. Pero ¿quién duda que mientras la maza de estos estaba compuesta de una rama más ó menos escuadrada, y de una piedra cortada á cascós de una manera ruda, atada por fibras vegetales, la de los jefes había de componerse de una rama redonda el mango, de un hermoso sílice de forma regular, agujereado, y hecho firme por medio de cuñas de la misma piedra ó de madera?

Establecida la diferencia de las formas tipos de los períodos acheuleano, mousteriano y solutreano, no tiene para nosotros contestación posible la hipótesis que explica su reunión como consecuencias del lujo. Las clases más ínfimas, los hombres más pobres se contentarían con las hachas cortadas á manera del período acheuleano, mientras los medianos se servirían de los mousterianos, y los ricos usarían las más perfectas, las de la edad solutreana. No puede, pues, negarse, que tales depósitos son un testimonio perfecto de la existencia del lujo en la edad prehistórica y período paleolítico.

Luego es necesario ser consecuentes y no olvidar que lo que hoy estimamos como signos evidentes del lujo, lo habían de ser igualmente para las edades pasadas.

En efecto, hoy, todo producto de las artes industriales bellas, de las artes del lujo, como suelen definirlos algunos economistas y moralistas, que muestra supremacía sobre los demás, funda esta dejando á un lado la cuestión de material en su perfección artística, en su labrado, en la pureza de las líneas y del dibujo, en lo apropiado y correcto de su forma, etc. Estos caracteres, que encontramos siempre remontando el curso de la civilización, como característicos del lujo ó de una clase de objetos llamados lujosos, ¿no habían de ser tales en los tiempos prehistóricos, cuando, á su lado, hallamos idénticos objetos de peor estilo y arte? Para nosotros la cosa es evidente, y no creemos que pueda contestarse.

Apunta el lujo de la edad paleolítica en otras manifestaciones de las sociedades de su tiempo.

Si durante la edad acheuleana no aparecen, con las armas y herramientas de esta edad, más materiales que la piedra, en la edad siguiente, durante el período mousteriano, los huesos de los animales aparecen ocupando un gran puesto. En un principio una mandíbula des-

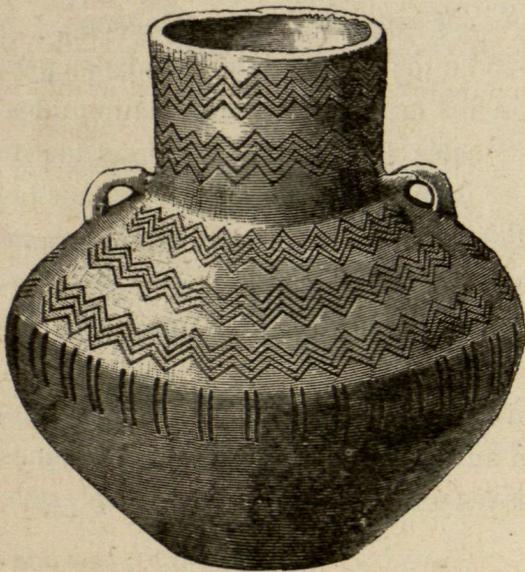


Fig. 28.—Edad neolítica.—Vaso dinamarqués.

provista de sus dientes y afilada bien que mal; un radius, un cubitus de los grandes mamíferos afilados igualmente de una manera más ó menos perfecta, fueron en esta forma simple y primitiva, en esta forma natural, las primeras armas que de esta clase usó el hombre. Gran número de ellas se han recogido en varias cavernas del centro de Europa. Pero en la edad solutreana aparecen, ya en los depósitos junto á estas armas de forma tan primitivas, otras talladas con arte, en la misma clase de huesos, para aprovechar su curvatura, particularidad digna de tomarse en cuenta, y en este trabajo, es imposible ver, amen del perfeccionamiento artístico, y del adelanto social, otra cosa más que un elemento del lujo, dado que aun aparecen las formas primitivas y rudas al lado de las artísticas.

Hoy, y en todos tiempos, la perfección de las armas de combate es mayor á medida que van subiendo las gradas del lujo. Esta perfección existía también en la edad paleolítica, lo mismo en las armas de piedra que en las de hueso. Los harpones, los dardos y las puntas dentelladas, son, sin duda, un perfeccionamiento, ya con ello se propusieran, repartiendo por igual á uno y otro lado los dientes, aumentar la rapidez y seguridad del tiro, que es lo que opinan algunos arqueólogos, ya tratasen con ello los hombres paleolíticos de asegurar las consecuencias del golpe, haciendo imposible al animal el arrancarse, ni el sacudirse la arma que les hubiese herido sin peligro por el desgarrar de las heridas. Mas aun, se ha notado que algunas de estas puntas tenían unas ranuras á su extremidad en las que se cree estaría contenido un veneno vegetal, lo que se comprueba teniendo presente que igual costumbre aparece entre los pueblos salvajes contemporáneos. Ahora bien, todos estos refinamientos no podían estar al alcance de todos, porque no se debe olvidar que tan pronto el hombre arma su brazo y aprende á someter á su fuerza los brutos, se ensaya pronto en someter á los mismos hombres, y que las relaciones de familia, sean las que fuesen, establecen un primer lazo social, y una primera organización política, cuyo primer resultado de una trascendencia incal-

culable, es la distribución de las ocupaciones. Queremos decir con esto que no debemos imaginarnos al hombre paleolítico empleando el día en fabricar sus armas, y que es necesario contar ya, por remota que sea la época, con los armeros, con los antecesores de los gremios de los lanceros y flecheros de la Edad Media. Por consiguiente no había de ser posible á todos adquirir los harpones perfeccionados que se han descubierto en muchas partes, pues estas armas de lujo sólo los ricos ó los fuertes de la época podían proporcionárselas.

La misma fabricación de agujas de la época no puede dejar lugar á dudas sobre lo que acabamos de decir. Cuando en una estación se hallan reunidos un número mayor ó menor de agujas pero entre estas sólo en corto número las que tienen ojo, ¿puede cabernos duda de que el comercio de estas era excepcional, y que, por lo tanto, implicaba un cierto grado de lujo el servirse de agujas tan sùtiles como las de acero y con un ojo tan perfecto, perforado por un sílice, como lo demostró practicamente Lartet, como puedan tenerlo las mejores de Scheffield?

Por débiles que sean todas las pruebas presentadas hasta aquí respecto del lujo de las primeras edades humanas, no hay duda que todas reunidas bastan á llevar al ánimo el convencimiento de un estado social sobrado desarrollado para que el hombre gozara ó gustara los placeres del lujo. Ahora veremos, á medida que nos acerquemos á la edad neolítica, nuevos ejemplos, mucho más numerosos y concluyentes que los anteriores, por cuanto se presentaran en aquellos artículos en que las costumbres modernas mejor patentiza el lujo y sus excesos.

Un Heliogábalo ó un Lúculo de la época no había de ver su mesa peor servida de lo que la vieron los prototipos de la gula humana citados, dicho se está con relación á su época.

La base de la alimentación era naturalmente la carne, pues el régimen frugívoro, sin ser impropio del hombre, no es el más natural. Por otra parte la caza había de ser abundante, lo mismo la caza mayor que la menor, y los restos de la cocina que en grandes montones se han descubierto lo mismo en el interior de las cavernas que formando verdaderas colinas al aire libre, nos han presentado allí revueltos los huesos del pollo con los de la ánade salvaje y la perdiz, los de multitud de aves, y con todos estos los de varias clases de cérvidos, cerdos, jabalies, bueyes, caballos, etc., pues no puede cabernos duda sobre haber servido el caballo para la alimentación humana. Los platos exquisitos, lo componían los sesos de los grandes animales y las médulas de sus huesos, pues no se encuentra ni un solo cráneo, ni un solo hueso que no se hallen abiertos evidentemente con esta intención, pues como lo prueba la relación de Schaeffer de su viaje á Laponia, el frenesí que se apoderó de los lapones para comer los sesos del rengífero que acababan de matar cuando aun estaba caliente y sanguinolento, nos deja entrever el que debían sentir los paleolíticos para platos tan delicados, pues, según el mismo Schaeffer, la médula del rengífero es de un gusto delicioso. Añádanse toda clase de

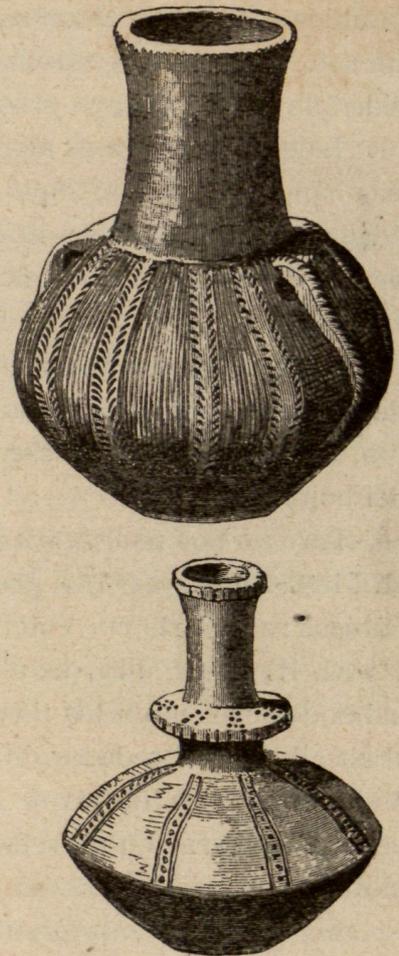


Fig. 29.—Edad neolítica.—Cerámica escandinava.

frutos, frutos tiernos y secos, pues de estos se han llegado á encontrar grandes cantidades, en particular de bellotas y castañas, y se verá que la mesa del paleolítico estaba muy lejos de presentar el triste cuadro que de ella han delineado los misántropos de nuestro tiempo.

Si fuera posible atribuir á estas edades primeras, lo que para la solutreana, ó á lo menos para sus últimos tiempos, las diferentes piezas de la vajilla y batería de cocina halladas, ni aun en este concepto la mesa del paleolítico ofrecía un triste aspecto. Mas para ello es necesario no suponer que tuvieran necesidad de artículos cuyo uso es más reciente de lo que se supone. Cuando al hablar de las fastuosas cortes de la Edad Media sorprendamos á sus grandes señores comiendo sin platos ni tenedores, y bebiendo todos, poco menos, que con un solo vaso, no nos extrañaremos que el hombre primitivo sintiera todavía menos la necesidad de artículos cuya privación sería hoy por muchos molesta y desagradable.

Lo que no podemos atribuir al hombre primitivo es el lujo de la limpieza. Varias cavernas han ofrecido el ejemplo de haber dejado en ellas sus habitantes los restos de las varias edades de la época paleolítica, y donde esto ha sucedido, hemos hallado en capas generales de ceniza, es decir, cubriendo en toda su extensión las cuevas, los innumerables rastròs de sus comidas de centenares de años. De modo que, allí revueltos con la ceniza de sus hogares sin cesar renovados, vivían los hombres junto los restos de sus comidas del día. Recuérdese lo que hemos dicho en la *Introducción*, que aquí queda ya confirmado para los primeros tiempos: el lujo del aseo, es de los más refinados y de los que más tarde se apoderan del hombre.

Pero no nos podríamos formar idea exacta de esta falta de aseo sin pruebas convincentes. M. Piette que exploró la gruta de Gourdan, cita el hallazgo de un bloque de treinta metros cúbicos recubierto por entero por las cenizas carboníferas y los restos de comidas de todas clases. Hoy mismo lo que el capitán Parry dice de los esquimales, es una imágen de lo que había de suceder en los tiempos solutreanos, cuando ya el hombre construye sus moradas al aire libre. «Al rededor de las chozas de los esquimales, dice el capitán, el suelo está lleno de innumerables huesos de mono y de buey marino, de los cuales muchos guardaban aún pedazos de carne en putrefacción, que exhalaban los miasmas más infectos.» El lujo de los olores y perfumes no debió, pues, conocerlo el hombre paleolítico.

Lejos, por lo que resuelta de los hechos, de haber avergonzado al hombre el primer pecado, continuó viviendo éste como en el paraíso, sin otro abrigo que el de su piel y sin otro pudor que el de sus faltas; es decir, de lo que eran faltas en su tiempo, pues lo mismo en lo antiguo que en lo moderno, el vestirse, le ha parecido siempre al hombre la cosa más incómoda del mundo y la más viciosa, y como cosa de vicio, le ha bastado probar el vestido para no saber más tarde deshacerse de él. Nada menos cierto, y sin embargo nada más general, que atribuir el uso del vestido al pudor y al frío. Conste, pues, que ni el pudor ni el frío han sido jamás causa de que el hombre se vistiera. Colón halló en América á hombres y mujeres completamente desnudos; y después de Colón, cuántos viajeros, exploradores ó conquistadores han atravesado ó recorrido los continentes americano, asiático y africano y las islas Oceánicas, han demostrado que el uso del traje es menos general de lo que se cree. A esto se responde, que ello es efecto del clima, que el calor tropical de dichas regiones es su causa, y que en las regiones frías no sucede nada de esto; á lo que contestan Ross y Darwin diciendo, que en la helada é inclemente Patagonia el infeliz fuegiano vive desnudo, recibiendo la madre, en el mismo pecho con que alimenta su hijo, la nieve y la escarcha de aquel

país por sarcasmo llamado Tierra de Fuego. Es necesario leer esa relación del viaje de Darwin á bordo del *Beagle* para comprender el miserable estado de ese pueblo humano, para el cual pasan ó cruzan indiferentes los buques que atraviesan el estrecho de Magallanes. En medio de un furioso temporal de nieve, se ha visto, más de una vez, á la infeliz fuegiana dentro de su canoa, mar adentro, achechando el momento de hacer presa en algún pescado, que ha de servir de alimento á la familia que ayuna ya hace ocho días y sin ninguna clase de abrigo, cuando abordo del buque europeo que está anclado á su lado, los más túpidos vestidos no sirven para resguardar del frío á nuestros vigorosos septentrionales. Sólo aquí y allá aparecen algunos hombres llevando echados sobre sus espaldas un pedazo de tela de cuarenta ó cincuenta centímetros de ancho, y ya no hay más que decir sobre este punto.

¿De dónde, pues, vino la moda de vestirse, pues moda es, y nada más? para nosotros nada más fácil de adivinar. El vestido nace de la extensión, cada vez más avasalladora, del adorno de la persona humana en las primeras sociedades.

Creó el hombre, y creó bien, que su figura no tenía nada de fea, ni de repugnante, ni de vergonzosa para que tuviera que esconderla dentro de trapos, las más de las veces enemigos de su belleza.

Enamorado de ella, de lo que se preocupó desde luego, fué de hacer resaltar su belleza, y cualquiera que hayan sido sus aberraciones sobre este punto, es innegable que de esto se preocupa desde los más remotos tiempos, como lo acreditan los ornamentos humanos de la edad paleolítica.

Nada, ciertamente, para esta época de brillantes, ni de diamantes, ni de perlas, topacios, rubies, etc., con que formar pendientes, anillos y collares. Para ello servíanle admirablemente las eburneas dientes de muchas clases de animales, los colmillos del jabalí, los huesos de las orejas del caballo, las incisivas del lobo ó de la zorra, ó las mandíbulas mismas de los pequeños animales. Las grutas de Alemania, Bélgica, Francia é Italia han dado repetidos ejemplares de collares y pendientes formados con esta clase de materiales. Lartet arrancó del cuello de un esqueleto de este tiempo un collar formado con dientes de oso y de león, evidentemente para nosotros trabajado, por el artífice como ya hemos dicho.

Sin embargo, lo más general era formar dichos adornos con conchas de todas clases, agujereadas para el caso. El número de collares de esta clase hasta hoy recogidos es extraordinario, y hasta se ha hallado en una gruta cerca de Mentón (Italia), un esqueleto que llevaba sartas de ellas, como hoy lo haríamos con las perlas, rodeando el tocado de la cabeza, que por desgracia, para la historia del lujo ha desaparecido. Únase esto á lo que hemos dicho del esqueleto de la Laugerie-Basse, que llevaba su vestido bordado con conchas y tendremos un ejemplo precioso del lujo del hombre de la edad solutreana.

Pero «ni los dientes, ni las conchas, ni los productos naturales, bastaban, ya en estos remotos tiempos, á la industria; la moda, tal vez, buscaba ya materias nuevas. En Thanynge, el lignito está trabajado en forma de pendientes. M. Piette ha descubierto en Gourdan fragmentos de esteatita labrados en forma de adornos rectangulares, y atravesados por dos ó tres agujeros, evidentemente destinados á la suspensión, y granos de collar en azabache ó en arcilla, de color de rosa, muy fina, secada al sol. Granos semejantes se han hallado igualmente en Brunniquel. Los Sres. Bourgeois y Delaunay citan en Villehonneur perlas de calcárea cristalina y exquisito gris. En la estación de Menieux (comuna de Eden Charente), se han recogido, junto con sílices cortados presentando los tipos comunes conocidos con los nombres

de mousteriano y solutreano, bolitas de piedra calcárea, cuidadosamente pulimentadas y variando su diámetro de tres á seis centímetros. Su uso es desconocido. En fin, el abate Landesque posee un omoplato de rengifero, hallado, hace ya algunos años, en Laugerie-Basse, y en el que se puede distinguir una mujer llevando al cuello un collar formado de grandes granos redondos y brazaletes de igual clase en los puños. (1)

Presuma ya la existencia de tanta variedad de adornos ó no, una industria establecida incipiente, lo innegable es que ya el hombre sentía vivo gusto para el adorno de su persona y que esto había de llevarle en los buenos tiempos á buscar los refinamientos del gusto. El uso de sartas de conchas para adorno de la cabeza ó del peinado, el uso de collares y de brazaletes, cuando no tuviéramos el ejemplo de la Laugerie-Basse, serían de por sí suficientes á probar que el hombre paleolítico llegó á vestirse de una manera más ó menos completa. Esto lo veríamos demostrado con hallazgos, si la naturaleza del material que para ello hubieron de emplear, no fuera por su naturaleza tan corruptible. Aludimos al uso de las plumas. Puede decirse que el uso de las plumas, para adorno del cuerpo humano, es común á todos los pueblos de la tierra, ó cuando menos común á todos los pueblos que se adornan. Los antiguos pueblos americanos, lo mismo que los pueblos salvajes contemporáneos nos enseñan como entienden su uso. Ora son grandes plumeros puestos á la cabeza, ora grandes collares de plumas rodeando el cuello y llegando hasta por debajo del pecho, ora brazaletes puestos en los tobillos, y, en fin, formando pequeñas sayas que llegan hasta las rodillas.

No discutiremos, sin embargo, si fué el uso de las plumas con sus brillantes y variados colores lo que dió origen al vestido, ó si fué consecuencia de la costumbre de pintarse ó de puntuarse el cuerpo. Tan pronto halló el hombre placer en pintarrojearse el cuerpo, las plumas habían de constituir su adorno favorito, pues sólo ellos pueden competir con ventaja con los colores que ofrece la naturaleza á la pintura. Pero no hay duda que la inversa es admisible. Sea pues de ello lo que quiera, nosotros entendemos que no fué el tatuaje sino el adorno lo que, por extensión, dió por resultado la invención del vestido, y nos fundamos en los muchos pueblos salvajes contemporáneos que no conocen el tatuaje ni el vestido, y en los que, sin embargo, el uso de los plumeros, collares y brazaletes es general.

Esto dicho, admitimos sin esfuerzo alguno que el tatuaje, una vez hecho de moda, es decir generalizado, había de inspirar el deseo de conservar de una manera permanente, pero variable, su efecto artístico, y como para ello era necesario no imprimir la piel humana, sino otras pieles ú otros materiales, á esto se llegó, por uno ú otro camino, que no hay como sentir una necesidad apremiante y constante para que el hombre llegue en breve plazo á satisfacerla.

Que el hombre paleolítico se pintó el cuerpo lo prueban la constante repetición de hallazgos de colores en las cuevas. «M. Peccadeau de Lisle ha hallado fragmentos de sanguina en Montastruc; el abate Maillard piedras de oligista roja en la Mayenna; M. Cazalis de Fonduec halló en la gruta de la Salpêtrière (valle inferior del Gardon) una concha conteniendo también un poco de polvo rojo muy fino. Los Sres. Lartet y Christy han hecho los mismos descubrimientos en las cavernas de la Dordogna; M. Duport en la hondonada de Chaleux, en Bélgica; M. de Ferry en Solutré; M. Piette en Gourdan; M. Riviere en Bavusse-Roussé. Los Sres. Bourgeois y Delaunay no sólo han hallado en Villehonneur un pedazo de sanguínea del

(1) MARQUÉS DE NADAILLAC.—Obr. cit.—Tomo I.—Págs. 115 y 116.

grueso de una pequeña nuez, sino que también un galete de forma oval para pulverizarla, pues las pequeñas cavidades de la superficie presentaban todavía, en el momento de su descubrimiento, rastros de materia colorante.

«No era sólo la sanguina la única materia empleada. En Chatelperron se han recogido fragmentos de manganeso; en Cueva de Roca, cerca de Valencia, pedazos de cinabrio; en diversas estaciones del Pirineo, y en particular en la del Aureusan, cerca de Bagnères-de-Bigorre, ocre ó limanita, que, según todas las apariencias, hubo de servir al mismo uso. En Solutre fragmentos de ocre, de grafito, de limanita y de manganeso hidratado, fueros rascados con un sílex, y aun púedese hoy observar las estrias. El Sr. Schaafhausen retiró recientemente de una caverna de Westfalia una piedra plana provista de una cavidad natural en la cual se había conservado un ocre de un color amarillo oscuro. Iguales descubrimientos se han hecho en Inglaterra; en Castern (Staffordshire), se ha recogido un fragmento de ocre que comprueba, por lo gastado que está, lo que ha servido; en Cantyre (Argyleshire), un pedazo de hematita rojo, sin duda llevado del Westmoreland ó del Lancashire; en la caverna de Kent, peróxido de manganeso, y en un túmulo de cerca de Honiton, modelos de ocre habiendo servido evidentemente al hombre.

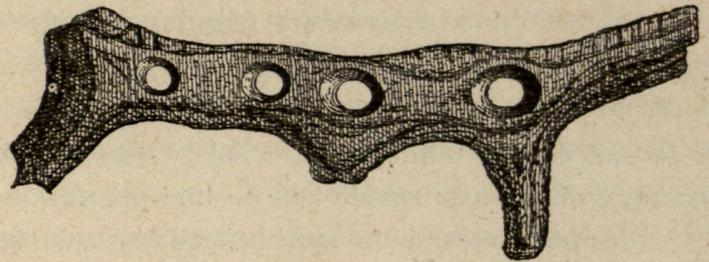


Fig. 30.—Bastón de mando.

«Lo que no era más que una hipótesis muy plausible de nuestros sabios antropólogos lo ha justificado un reciente hallazgo.

Un curioso grabado representa la mano y el brazo de un hombre, y, en la parte inferior del antebrazo, se reconoce todavía un dibujo cuadrillado bastante regular que no puede figurar otra cosa que el punteado.» (1)

Pudiera muy bien ser también que algunos de los hallazgos citados no pertenecieran á la edad paleolítica, en particular el de cerca de Honiton nos parece sospechoso, pues si allí en sus últimos límites pudo ya el hombre paleolítico haber desarrollado un grado de civilización tal, que el uso de las sepulturas hubiera principiado, esto no está probado. Y como la costumbre de enterrar los muertos, como ya veremos, es de suma trascendencia para el desarrollo del espíritu humano, y es en los enterramientos y en las sepulturas donde primero se nos presentará el lujo con toda su magnificencia; claro está que habíamos de hacer nuestras reservas ante el túmulo de Honiton que no concuerda con lo que hoy sabemos.

En la segunda de las edades de piedra veremos fuera de toda contestación este punto. No sólo el hombre se nos aparecerá todo entero en su vida prehistórica, sino que en lo nuevo que presentará á nuestra atención nos dará á conocer las raíces que tenía en lo pasado.

Que una vez halla el hombre gusto en tapar ó cubrir tales ó cuales partes del cuerpo humano, usará en las regiones destempladas de pieles, nada más natural, pero conste, y de esto ya hablaremos luego, que los mismos fuegianos y otros pueblos que habitan regiones no menos inclementes andan pintados y punteados al descubierto, sin abrigo de ninguna clase. Es el desarrollo del gusto, del sentido estético el que produce el vestido, y por esto es el vestido el que experimenta las primeras transformaciones del gusto, por cuanto es lo que

(1) MARQUÉS DE NADAILLAC.—Obr. cit.—Tomo I.—Págs. 116 y 117.

más directamente nos atañe, pues como se ve ha considerado siempre el hombre el vestido y el adorno de su persona como el marco de la misma.

Encarecer la importancia de estos comienzos del lujo nos parece ocioso, dado que no hacemos más que tejer una espesa red por la cual esperamos que no se nos escape la idea de la relatividad del lujo, gracias á la constante prueba que estamos en el caso de hacer y hacemos de las causas naturales del lujo, de lo que son en sí, para nosotros que las hemos heredado de todos nuestros antecesores; pues, pacientes siempre en nuestro espíritu, estos modestos orígenes de nuestras galas y tocados cuando éstas adquieren una importancia excesiva, podremos recordar que también lo lograron en los tiempos prehistóricos, pues dejando á un lado los materiales, los principios, las leyes que arrastraron al hombre, que se revolvía en las cenizas calientes de sus hogares, en medio de los restos de su comida á refinamientos del lujo impropio al parecer de sus condiciones de vida, son las mismas que llevan luego á consumir la hacienda de la familia para satisfacer los extravíos del lujo.

Ahora vamos á encontrarnos cara á cara con el lujo de la época paleolítica.

Fueran ó no «bastones de mando» á lo que se da este nombre en ciencia prehistórica, podemos continuar llamándolos así, ya que, cuando menos, suponen la autoridad que da á todo hombre la riqueza; y que son símbolos de ella, lo demuestra no sólo la rareza de sus hallazgos sino la importancia artística que realmente tienen, y ya es sabido que las manifestaciones del arte se relacionan de una manera muy íntima con las pasiones del lujo.

Dejamos, pues, á un lado la hipótesis de la organización social, que supondría tales «bastones,» pues aun cuando no vemos motivos para negar una cierta organización social en las edades mousteriana y solutreana, y mucho más en esta última dada la misma existencia en ella de dichos bastones, pues desde que el hombre es sedentario la organización política se impone, y de que el hombre lo era por ese tiempo no tenemos duda, pues se ha hecho la curiosa observación de que varias cavernas sólo guardan restos de unas mismas clases de animales que, suponen por ser animales de paso, que dichas cavernas sólo eran habitadas en determinadas estaciones; pero aun así y todo, aun teniendo pruebas del estado sedentario del hombre y por consiguiente todos los elementos necesarios para afirmar que ya este hombre vivía organizado políticamente, como de los caracteres de esta organización nada explican los monumentos hallados durante la edad paleolítica, guardaremos para la edad neolítica el estudio de los rasgos de esa primitiva organización social.

Los «bastones de mando» nos interesan, pues, aquí solamente como pruebas del lujo de la época paleolítica, y como primeras manifestaciones del arte, amen de envolver su desaparición en la época neolítica una curiosa cuestión que hemos de desentrañar, ya que no estamos del todo conformes con lo que se dice á tal fin.

«Son los bastones de mando, según Broca, que de ellos habló el primero en sus conferencias sobre los trogloditas, grandes piezas de madera de rengifero ó de ciervo trabajadas con arte y presentando un tipo uniforme. Su superficie está generalmente adornada de escultura, de variados dibujos, representando figuras de animales ó escenas de caza. Son más macizos que anchos, y el cuidado que á menudo se puso en disminuir este espesor, prueba que se buscaba la ligereza ó la elegancia mejor que no la solidez. La mayor parte están atravesados hacia una de sus extremidades, de grandes agujeros redondos cuyo nombre varía de uno á cuatro.» M. Joly en un libro *El hombre antes de los metales*, compara dichos bastones con el pogamagan ó maza de los indios del río Mackensie, por la singularidad de parecerse

bastante en su forma general, y el Sr. Marqués de Nadaillac hace notar que en Troya descubrió el Dr. Schliemann bastones parecidos. «El sabio profesor, apoyándose en que algunos de dichos agujeros fueron abiertos luego de haberse terminado y adornado el bastón, quiere ver en ello una prueba de jerarquía, y de haberse ya pasado por varios grados de la misma.

«Sin ir tan lejos, estamos dispuestos á aceptar su opinión, pues, que esos bastones eran insignias de categoría ó rango, se demuestra con sólo pensar que no podían tener otro destino.»

Hacemos aquí observar en contra de esto el uso casi universal de llevar el bastón el hombre. Este uso proviene de la primitiva costumbre de no salir el hombre, sino armado, de su casa, costumbre que entre nosotros se ha guardado hasta principios de este siglo. Esto nos parece más natural que no explicarlo por la generalización ó democratización de las insignias de autoridad. Pues aun cuando esto sea exacto y Heriberto Spencer lo ha puesto fuera de discusión, el uso primitivo de la lanza ó venablo ó de la maza, indispensable al hombre de las edades primitivas para defenderse de los ataques súbitos de las fieras, hubo de perpetuarse para defenderse luego de los hombres á quienes embraveció el freno social, y al transformarse las armas y al prohibirse su uso por los gobiernos establecidos, naturalmente nació el uso del bastón. Se dirá que estos bastones de 30 á 40 centímetros, los mayores, no indican el bastón de utilidad de que hemos hablado, ni el de recreo que hoy usamos, pero á esto contestaremos que aun hoy día el uso de bastones de tales dimensiones es general á orillas del bajo Danubio. Nosotros recordamos haber hecho en 1873 el viaje de Viena á Venecia con un noble rumano que lo llevaba colgado de su muñeca de una correa que atravesaba el aro ó agujero de su extremo. Los bastones de Lafaye y Goyet nos recuerdan el del noble rumano.

Esto dicho, repetiremos que no nos oponemos á la idea que dichos bastones sean insignias de jerarquía. Lo que hemos dicho ha sido para advertir al Sr. Marqués de Nadaillac, que podrían ser otra cosa, dejando á un lado la cuestión de origen.

«El cuidado, dice dicho Sr. Marqués, que se puso en adornar los bastones de mando prueba la estima que merecían á sus poseedores.

«Hanse hallado esos bastones en las numerosas grutas de los Pirineos y del Perigord, en la de Chaite (Charente), en la estación de Veyrier (Saboya), en Goyet (Bélgica), en Thayngen, cerca de Schaffhouse (Suiza). Es necesario insistir en la semejanza de los bastones de mando descubiertos en Bélgica y en Suiza con los del Perigord, pues dicha semejanza no puede resultar evidentemente más que de relaciones continuadas entre las diferentes tribus de dichos países, alejadas unas de otras por inmensos bosques, ríos y pantanos que no habían de franquear sino á costa de grandes esfuerzos.

«Tal vez sea necesario considerar como insignias de rango las curiosas planchas de marfil, expuestas en París en 1878 por el Conde Zawisya. Esas planchas representan peces, en los que se distingue los ojos, la boca, y hasta ciertas estrias, que con una poca de buena voluntad pueden representar las aletas. El destino de tales objetos es de difícil determinación. Hasta ahora, que sepamos, no existen en otra colección alguna.

«Acabamos de decir que los bastones de mando estaban adornados de figuras de animales. Este es, sin duda, uno de los hechos más interesantes de la época paleolítica. El hombre ya no es un sér puramente material, no conociendo otra cosa que la vida animal y la lucha por la existencia. Una inspiración artística le anima, y uno queda confundido ante la varie-

dad de dibujos que llegaba, con los miserables útiles de que disponía, á grabar ó á esculpir en la piedra, en el marfil ó en el hueso. Todos aquellos que han examinado esas obras, que han manejado esos fragmentos, á menudo informes, comparten nuestra sorpresa por la fidelidad del dibujo, por la expresión dada, por el artista, al hombre ó animal que ha querido representar. Estamos en presencia de una verdadera revelación acerca de esos antiguos

*pionners* de la civilización, evidentemente muy superiores á las razas todavía bárbaras de nuestros días, que no sabían ejecutar una cosa parecida.

«El primero de estos hallazgos data de 1852 y lo hizo M. Joly Leterme, arquitecto de Saumur, quien halló en una caverna del departamento de la Vienne un fragmento de hueso, en el cual se había grabado de una manera conforme, un equido ó un cérvido. Pero este descubrimiento no hizo gran sensación, y el honor de haber dado á conocer este arte nuevo al público corresponde sólo á los Sres. Lartet, de Vernenil y Falconer. En una gran plancha de marfil, hallada en 1864 en la gruta de la Magdelaine, apareció grabado á grandes rasgos un mamouth que se conocía perfectamente por su arqueada cabeza, sus clines, su larga trompa y sus encorvados colmillos. Todo esto recordaba el que todavía conservando sus carnes, y cubierto de una lana morena y grosera, y teniendo en su cuello una verdadera clin de largos y rudos pelos que llegaban á tener setenta centímetros de largo, apareció, á últimos del siglo pasado, en los hielos del Vilhoni uno de los afluentes del Lena (Siberia). Fácilmente se reconocen también elefantes en otros fragmentos de madera de rengífero hallados, uno de ellos, en las rocas de Bruniquel y el otro en la Laugerie-Basse. Dicho se está que el hombre, que sabía

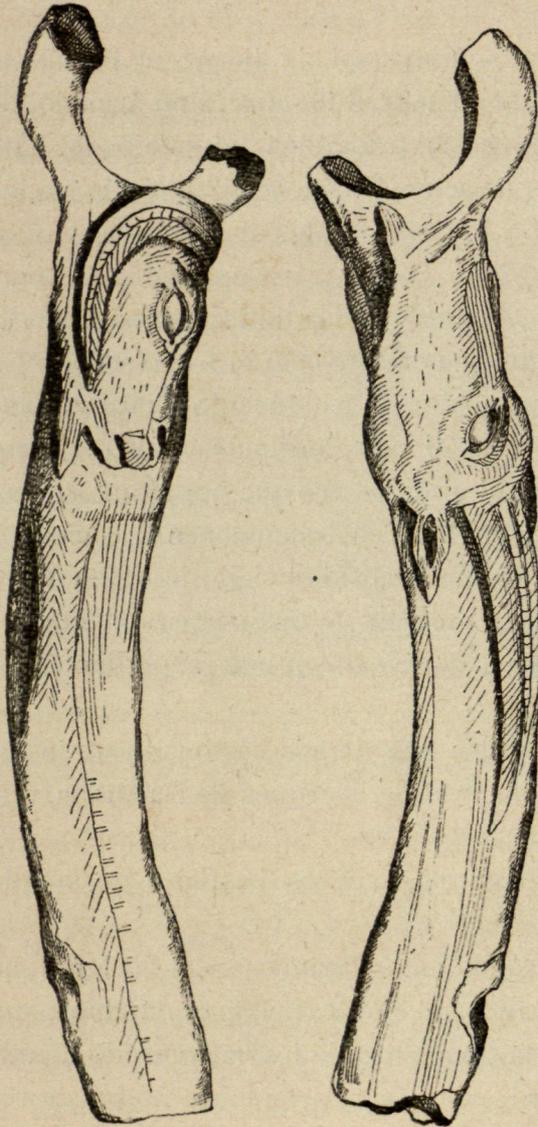


Fig. 31.—Bastones de mando de Arudy.

reproducir esos proboscidianos con tanta fidelidad, había de vivir á su lado.

«No son sólo los elefantes los únicos representantes de la fauna prehistórica cuya imagen nos han guardado los bastones de mando. La colección de M. Massenat, la de M. Péccadeau de Lisle, ofrecen otros y más variados tipos. Los mamíferos, las aves, los peces, los reptiles, las hojas, los helechos, todos los reinos de la naturaleza suministraron á los trogloditas motivos para sus dibujos y esculturas. Los mangos de las armas ó de los útiles grabados, los dientes que llevan impreso un bosquejo escultórico son, en verdad, innumerables. En Thayngen se han hallado representaciones del caballo, del oso, de la zorra, del cerdo, del buey almizclado, del rengífero, los cuales se conocen perfectamente á primera vista. M. Piette ha recogido, en la gruta de Lortet (Haute-Garonne), habitada en diversos períodos, grabados más

numerosos en las capas inferiores que en las superiores, siendo en general hechos de perfil y con un buril manejado con gran inteligencia. Un pedazo de madera de ciervo, en la cual hay grabados rengíferos y peces, es una verdadera obra maestra. Ni los pelos, ni las escamas se han olvidado: ora el trazo es ligero, ora profundo para hacer resaltar las formas. Los rengíferos se siguen, y uno de ellos vuelve su cabeza para ver probablemente su pequeñuelo. Las cabezas son dibujadas de perfil y sin escorzo, como en las pinturas egipcias. El artista, luego que hubo acabado los rengíferos, tuvo la idea, bastante extravagante, de grabar peces sobre todos los puntos que quedaron libres. M. Piette, hábil é infatigable investigador, había ya antes explorado las numerosas grutas de los Pirineos. En la de Arudy había hallado cabezas de rebeza esculpidas en bajo relieve en un pedazo de asta de ciervo, y dos grabados representando, uno un rengífero y otro un equideo teniendo el pelaje de una zebra. Algún tiempo después, con motivo de las excavaciones preparadas en ocasión de la reunión de un Congreso científico en Pau, llegóse por este á nuevos descubrimientos. M. Pattier pudo recoger un pequeño bastón de mando de asta de rengífero, en el cual estaban grabadas líneas ornamentales, y el rey de Nápoles un fragmento esculpido que probablemente había pertenecido á una insignia de la misma clase.

«Todavía debemos citar una estatua de una factura, bastante bárbara, hallada por M. de Ferry á Solutrè. Está tallada en piedra blanda y representa un pequeño animal que tiene las patas recogidas debajo del vientre, los pies en forma de horquilla, y el pelaje figurado por un número infinito de puntos abiertos en la piedra. Por desgracia falta la cabeza, lo que hace difícil toda determinación. En fin, M. de Lartic ha descubierto, en Bruniquel, un rengífero esculpido de bulto en marfil. Esta pieza que es una de las más notables descubiertas hasta hoy se encuentra, en la actualidad, en el British Museum, por habérsela cedido su propietario.

«La sola enumeración de los objetos descubiertos nos ha llevado muy lejos; sin embargo no podemos omitir la de un caballo, al parecer barbudo, que halló M. Piette. Los trogloditas no dieron jamás rienda suelta á su imaginación; contentábanse con copiar lo que tenían á la vista, y hasta el presente no conocemos más que un ejemplo de caricatura, si es permitido hablar así, y es, un amuleto de asta de rengífero atravesado por un agujero para sus-

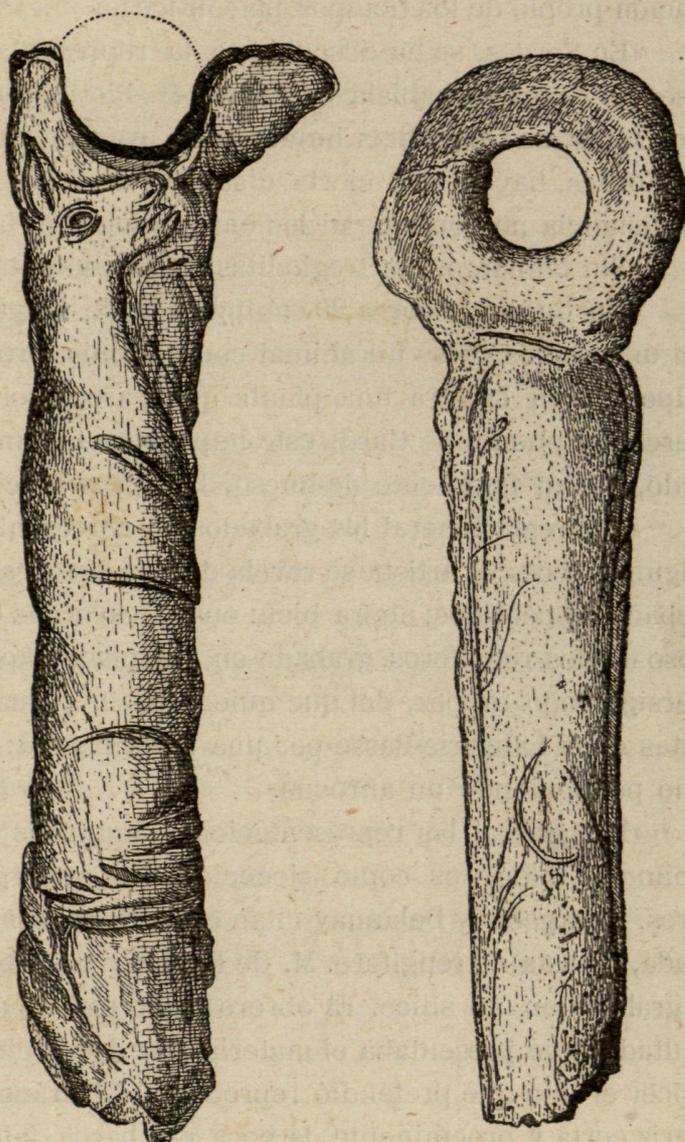


Fig. 32.—Bastones de mando de Lafaye.

penderlo. En uno de sus lados hay grabada una cabeza humana con hocicos de animal, barba de mono, y un cuello desmesuradamente largo. Bajo otro orden de ideas, citaremos un grabado hallado en la gruta de Aureusan, cerca de Bagnères-de-Bigorre, que representa á dos rumiantes, cabras ó rengíferos, con toda probabilidad. Uno y otro llevan en el cuello un collar. Si esto fuese posible de asegurar el hecho sería curiosísimo.»—Sobre todo (añadimos nosotros para la HISTORIA DEL LUJO) nos encontraríamos en presencia de un caso de domesticación propio de los tiempos paleolíticos.

«En Sordes, se ha descubierto la representación de una foca grabada en un diente de oso. En Gourdan habíala ya hallado M. Piette. Puesto que conocían esos anfibios, claro está que nuestros trogloditas hubieron de avanzar hasta el mar, pero si el Océano no está lejos de Sordes, hay ya una cierta distancia de él á Gourdan. Esta es una nueva prueba de que la distancia no contiene ni las emigraciones ni las expediciones.

«Sin embargo, los trogloditas no se contentaban con copiar los seres vivos.

«Un hueso de cerca 20 centímetros de longitud recogido al pie del monte Saleve, lleva en una de sus caras un animal con cuernos, probablemente un rebezo (cabra montés de los Alpes), y en la otra una planta que parece ser un helecho. En la gruta de la Salpêtrière, cerca del puente de Gard, este imponente testimonio de la grandeza romana, se ha reconocido, en un fragmento de hueso, la representación de un abeto.

«Por regla general los grabados no representan más que un solo animal, sin embargo algunas veces el artista se revela de una manera más completa. Acabamos de hablar de un rebaño de cérvidos; ahora bien: en las cavernas del Perigord, se ha hallado el combate amoroso de dos rengíferos, grabado en una placa esquitosa; otro dibujo representando una nutria persiguiendo un pez, del que quiere hacer pesca; pero hay que ceder la palma á los trogloditas de la Laugerie-Basse por una pieza capital: se trata de la representación de un muchacho persiguiendo un aurocus.

«En general las representaciones humanas son infinitamente más raras que las de los animales inferiores como ejecución. Sin embargo tenemos de ellas curiosos ejemplos. Los Sres. Bourgeois y Delaunay citan en la Rochebestier una figura de hombre, toscamente grabada, en asta de rengífero. M. de Boucher un esbozo de figura humana hallado cerca de Dax y grabada en un sílice. El obrero (¿por qué no el artista?) abandonó su tarea ante las dificultades que presentaba el material que había elegido, sin embargo, aun hoy se puede reconocer el tipo que pretendió reproducir. El cráneo es bajo y deprimido, los ojos oblicuos, la nariz corta y proeminente, la boca y la barba faltan. Hemos ya mencionado el hallazgo del abate Landesque que representa una mujer colocada debajo las patas de un ciervo. Por desgracia el omoplato del rengífero en que está grabada está roto á raíz del cuello. Un pedazo de asta de rengífero, hallado en la Madalena, representa una mujer seguida por una serpiente y rodeada de cabezas de caballos. Los senos están muy aplastados, los muslos, por lo contrario, muy desarrollados. Esto mismo se nota en otros dibujos de mujer; ¿puede de ello concluirse que esto indica un carácter de raza? En fin, el Marqués de Vibraye posee una figurita de mujer, hallada en Laugerie-Basse, especie de Venus impúdica, notable por la exageración de sus órganos sexuales.

«Insistimos particularmente sobre este hecho, hasta el presente único, pues mientras numerosísimos objetos, procedentes de los griegos y romanos comparativamente tan adelantados en civilización, no pueden figurar más que en nuestros museos secretos, nada de

lo que nos queda de sus edades salvajes primitivas puede ofender el más escrupuloso pudor.» (1).

Si hasta aquí no hemos citado más que Francia como punto de procedencia para esta clase de esculturas, ha sido para seguir al Marqués de Nadaillac y autorizar, con su competente testimonio, la verdad de este período artístico durante la edad paleolítica, pues es en verdad, sorprendente, hallar al hombre de la edad de los heleros entregado al cultivo de las bellas artes. Así no es de extrañar que se hayan suscitado muchas dudas sobre la edad y procedencia de algunas obras esculpidas ó grabadas de la edad paleolítica, más aun, que se hayan descubierto verdaderas falsificaciones, pero ni éstas pueden destruir la autenticidad de aquellas que se ha procurado comprobar con toda clase de garantías, ni las dudas han podido arrebatarse á la ciencia los hechos adquiridos.

Las críticas técnicas han sido destruidas prácticamente, esto es, ejecutando representaciones análogas de objetos prehistóricos con puntas de sílice, en rocas más ó menos duras. En suma pues, la autenticidad de dichas esculturas está fuera de duda, habiéndose refutado completamente las que en el Congreso de Buda-Pest expuso Schaafhausen bien que de pasada.

Nada tenemos que añadir á lo antes manifestado sobre los silbatos y flautas de esta edad paleolítica, pero, por lo que sabemos, no puede cabernos duda alguna de que el arte músico lo conoció también el hombre paleolítico.

Por último, de su sistema arquitectónico bien se comprende que nada queda que decir. Si durante la primera edad del hombre éste vivió en las copas de los árboles, en la segunda se enterró en las impenetrables é inexpugnables cavernas de los puntos donde había fijado su residencia, y de su morada en ellas, tenemos más que abundantes pruebas, aun cuando no exista ni una acerca de las modificaciones que, á últimos del período paleolítico, pudieran haber determinado su progreso y la costumbre de vivir en chozas.

No se vea, repetimos, en esto contradicción alguna; los pueblos salvajes contemporáneos nos enseñan el poco caso que hacen de sus moradas. El lujo arquitectónico podemos, pues, decir que no existía. Fuera de esto, la arqueología prehistórica ha dejado demostrado que el hombre de las cavernas, el troglodita, conoció el lujo en toda su extensión, y aun pudiéramos decir, en sus excesos, apoyándonos en la Venus impúdica de que antes hemos hablado.

---

(1) *Marqués de Nadaillac*.—Obr. y lug. cit. Págs. 118 á 136.

## PERÍODO NEOLÍTICO.

---

Extiéndese la edad neolítica, que sucede inmediatamente á la paleolítica, hasta á la edad de los metales.

Durante la época anterior ocurrieron las últimas revoluciones geológicas que ha sufrido nuestro globo, como determinantes de la actual configuración física de nuestras tierras y mares, y dicho se está, que á medida que las condiciones climatológicas cambiaban, cambiaba la fauna y la flora de nuestro suelo, de modo que á la vez que el renjifero huía hacia el Norte, tomaba el camino del Sur el hipopótamo, y con este el rinoceronte y demás animales que habitan hoy la zona ecuatorial y que antes se paseaban y vivían en toda Europa.

Sólo el hombre no emigró. Al marcharse las razas unas tras otras iban dejando á la humanidad parte de su sedimento, de suerte que si damos todas las razas fósiles á la edad paleolítica, y principiamos con la edad neolítica nuestra historia, con la historia de las razas prehistóricas ha de entenderse que estas razas, ya sean inmigrantes ó no, no exterminaron á los trogloditas al ocupar sus estancias, aun cuando en la lucha perecieran los más enérgicos representantes suyos.

Lartet fué el primero en señalar los resultados de esta lucha: M. Mortillet los acentuó más tarde en el Congreso de Bruselas para exagerarlos después M. Cartaiac: por fortuna M. Cazalis de Fondouce vino á poner con su habitual prudencia las cosas casi en su lugar.

De todas esas vacilaciones la culpa la tienen los programas de los «Congresos de antropología y arqueología prehistóricos,» dando poquísima ó ninguna parte á los estudios históricos de la remota antigüedad; así sucede que cuando, por casualidad, un historiador concurre á sus deliberaciones, las discusiones toman entonces un vuelo y un alcance que raras veces logran entre los naturalistas que suelen concurrir á dichas sesiones.

Cuando, pues, se nota la solución de continuidad que Lartet y M. de Mortillet señalaron entre los periodos paleolíticos y neolíticos, se ha de averiguar hasta que punto es cierto, como dijo este último en el Congreso de Bruselas, «que entre uno y otro período exista una profunda laguna, un gran hiatus, una transformación completa.» Hasta que punto es cierto que «el arte muy desarrollado ya en la época de la Magdalena, hubiese desaparecido durante el período de la piedra pulimentada,» que así se llama también el período neolítico, y por oposición al paleolítico, la edad de la piedra tallada:—«que el arte simple y sencillo, pero lleno de verdad, que nos muestran los huesos y marfiles grabados y las verdaderas esculturas de la Magdelaine, Laugerie-Basse, Eyzies, Corniac, etc., etc.; hasta el punto de que sea posible determinar la mayor parte de los objetos representados, tanto que mediante esas obras de arte se ha podido establecer, de una manera cierta é indudable, el hecho importante de haber vivido el mamouth entre nosotros hasta la época de la Magdalena,» hubiese desapare-

cido casi por completo (1) en el nuevo período subsiguiente: y que, sin negar lo que dijo M. Cartaiac:—«De que basta echar una ojeada á una colección, para reconocer, no sólo que la nueva industria no es la continuación de la industria precedente, más aun, que no tiene con ella punto alguno de contacto, punto alguno de imitación,» esto es lo que importa ver, no sólo para explicar la significación de ese cambio que ya procura dar dicho señor, si que por consiguiente, hasta que punto puede ser local ó general el hiatus observado.

Esta interesantísima cuestión, pues, es la primera vez que vemos entrar en lucha á la humanidad, y al progreso detener su marcha progresiva, que es tanto como decir, retroceder el hombre en el camino de su perfeccionamiento, ilustranla admirablemente las siguientes líneas de una memoria de M. Piette sobre la gruta de Gourdan:

«Al estudiar los grabados abandonados en las diversas capas de la gruta por la tribu de Gourdan, he procurado darme cuenta de las modificaciones que el arte hubiese experimentado durante la época del rengífero. En verdad son poco notables. Desde el principio el arte reviste tres formas. En la primera, el animal dibujado lo está por entero con gran sencillez, teniendo las partes genitales en su puesto. En la segunda, artistas dotados de una facultad de abstracción notable, sintiéndose cohibidos para grabar en la superficie, demasiado estrecha, de un pedazo de asta de rengífero todos los detalles que deseaban notar, suprimen el cuerpo del animal á fin de poder dar mayores proporciones á la cabeza que es la única parte del animal que di-

bujan. En fin, hay artistas que en el tercer período, en lugar de escoger su modelo en la naturaleza, lo buscan en su imaginación; reúnen líneas quebradas ó líneas curvas, é inventan una ornamentación geométrica. Estos tres estilos subsisten hoy día, pero la gloria de haberlos inventado desde la edad magdaleniana se debe á los habitantes de las cavernas. Sin embargo, en las capas profundas son los animales enteros provistos de órganos sexuales muy aparentes los que dominan. Los grabadores de las capas medias, por lo común, se entregaban al estudio de la cabeza, la parte más noble del animal, y así cuando dibujaban por entero el cuerpo de la bestia, hacían alguna vez abstracción de las partes sexuales. En fin, en las capas superiores se encuentran casi exclusivamente los adornos en formas de triángulos entrelazados, las líneas cruzadas, los puntillados y las diversas curvas, la ornamentación se convierte en un juego de líneas quebradas. Ese arte, de todo punto imaginativo, es muy notable. De él ha recogido numerosas muestras en las más profundas capas de la gruta, bien que su desenvolvimiento y generalización no aparezca sino al comenzar la edad

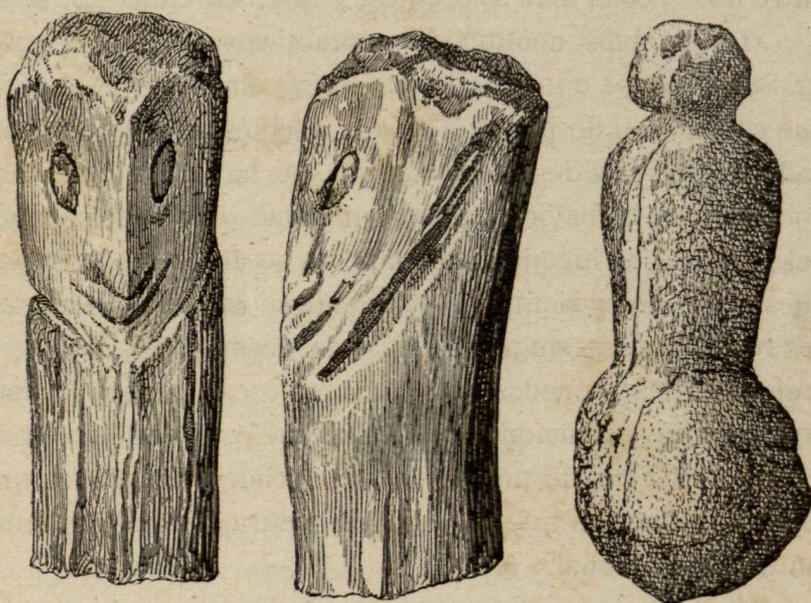


Fig. 33.—Representaciones escultóricas de la figura humana.

bujan. En fin, hay artistas que en el tercer período, en lugar de escoger su modelo en la naturaleza, lo buscan en su imaginación; reúnen líneas quebradas ó líneas curvas, é inventan una ornamentación geométrica. Estos tres estilos subsisten hoy día, pero la gloria de haberlos inventado desde la edad magdaleniana se debe á los habitantes de las cavernas. Sin embargo, en las capas profundas son los animales enteros provistos de órganos sexuales muy aparentes los que dominan. Los grabadores de las capas medias, por lo común, se entregaban al estudio de la cabeza, la parte más noble del animal, y así cuando dibujaban por entero el cuerpo de la bestia, hacían alguna vez abstracción de las partes sexuales. En fin, en las capas superiores se encuentran casi exclusivamente los adornos en formas de triángulos entrelazados, las líneas cruzadas, los puntillados y las diversas curvas, la ornamentación se convierte en un juego de líneas quebradas. Ese arte, de todo punto imaginativo, es muy notable. De él ha recogido numerosas muestras en las más profundas capas de la gruta, bien que su desenvolvimiento y generalización no aparezca sino al comenzar la edad

(1) *Materiaux pour servir à l'étude del homme primitif.*—Paris.—Tomo VII.—Pág. 327.

neolítica.....» «En Gourdan esos dibujos aparecen á menudo grabados en astas de ciervo, como si ya principiases á ser raras las de rengífero. Ese arte caprichoso fué el único que adoptaron las edades siguientes, es el único que conoció el pueblo de los dólmenes. Aparece en los vasos neolíticos y en los de la época gálica. Caracteriza los adornos de la edad de bronce, y aun los de la edad de hierro, hasta la época de la conquista de la Galia. De allí pasa á los monumentos y da origen al estilo arquitectónico que se mezcla con el estilo romano (1). Puédense ver todavía en pie las iglesias de la Edad Media que lo emplearon. M. Henri Martin en sus *Estudios de arqueología* intenta probar que ese arte es esencialmente céltico. Cierto es, que los celtas, como los cristianos de la Edad Media, le imprimieron su carácter; pero es preciso restituirlo á los salvajes de la edad del rengífero, cuyas obras fueron la fuente de todas las artes plásticas.....» «Al dar con las huellas de ese arte en las grutas del mediodía de Francia, nos apoderamos de uno de los anillos de la cadena que enlaza los tiempos modernos con el periodo paleolítico, reconocemos un punto de contacto entre dos épocas bien diferentes, y que, sin embargo, se han sucedido la una á la otra.

«Los pueblos neolíticos no practicaron otro arte que el de la ornamentación geométrica. Sorpréndese uno de ello y se pregunta si, en el abandono en que dejaron los pueblos, que conocieron de por sí ó en sus vecinos, el arte de representar los animales y hasta verdaderas escenas de la vida animal, no hay algo contrario á esa gran ley del progreso que domina toda la historia de la humanidad. Fácil es responder á esta nueva objeción. Si la ley del progreso es incontestable cuando se abraza la historia entera de la humanidad, su manifestación no es siempre igualmente sensible en todos sus detalles, y aun parece que á veces recibe hechos singulares que la desmienten. Hoy se sabe, en contra de lo que antes se creía, que las monedas gálicas más toscas, menos artísticas, son las más recientes; y las preciosas investigaciones de M. Mariette ¿no nos han probado la existencia, bajo el antiguo y medio imperio, de una verdadera decadencia artística que tuvo por resultado reemplazar, como á últimos de nuestra edad de piedra, un arte viviente y verdadero, por un arte de todo punto convencional?» (2).

La respuesta podía apoyarse en ejemplos más pertinentes, y particularmente en uno que podría dar lugar á grandes cuestiones. Para explicar como el arte de la edad paleolítica se transforma, pues es cierto que los adornos geométricos de la edad neolítica tienen su primitiva fuente en aquella, es decir, para dar razón del por qué el arte de las representaciones animales desaparece, no se tiene más que generalizar el caso del triunfo del mahomatismo. Si los hombres ó la sociedad que aparece con la edad neolítica, abominaba las representaciones humanas y animales, ya está explicado el hecho.

Que esto sea aventurado, no hay para qué negarlo, pero tampoco es un absurdo. Es in-

(1) No podemos consentir esto, error común á todos los que no han hecho estudios particulares en arquitectura. Los elementos decorativos nacen de los elementos constructivos y no viceversa. Un estilo de ornamentación es el producto de un sistema de construcción y no todo lo contrario. El estilo románico es el resultado de la transformación completa del arte griego mediante el uso general del arco y de la bóveda, que principiaron á introducir ya los romanos en sus buenos tiempos, respetando las grandes líneas horizontales del arte griego. Que luego adjetivaron ese estilo los elementos de exornación propios de los pueblos bárbaros, y que desarrollaron los artistas latinos en forma más adecuada al estilo reinante, que no al antiguo gusto clásico, que no los desconoció, nada menos exacto. Pero es un grande error dar el elemento exornativo de la edad del rengífero como un elemento eficiente que va evolucionando hasta producir el estilo románico. Otros prehistóricos con mayor razón nos presentarán luego las chozas de la edad neolítica como tipos del Partenon y de la iglesia de la Magdalena de Paris.

(2) *Congrés international d'Anthropologie et d'Archeologie prehistóriques*.—VII Sesión,—Stockholm, 18.—Tomo I.—Páginas 129 á 131.

negable que los pueblos semíticos ó algunos de ellos por lo menos, muestran una tal repugnancia, de una manera que podríamos decir nativa, ya que aparece con ellos en la historia. Si, pues, parece que no puede dudarse del cambio social ocurrido en Europa al comenzar la edad neolítica, y si los pueblos de esa edad son incomparablemente más superiores en la cultura que los paleolíticos, fuerza es atribuir el abandono en que cayó la representación animal á un modo de ver propio de los pueblos neolíticos; explicable por lo que sucede con los semitas. Si ahora recordamos que los pueblos semitas del Nilo y del Eufrates alcanzaron un grado elevadísimo de cultura, tal vez en épocas contemporáneas de la edad paleolítica europea, bastaría que un desprendimiento, si no de estos pueblos, de los pueblos vecinos se hubiese corrido en época ante histórica hacia el Occidente de Europa para explicar el cambio mencionado.

Sea de ello lo que quiera, pues aquí no es posible salir del terreno conjetural, lo que resulta claro es, que la edad neolítica se abre con una revolución trascendental, de la que nos da testimonio la revolución artística. Si el arte puede tomar por senderos equivocados al dejar de representar la forma animal (en la pintura y escultura), las demás artes siguieron su progreso. El desarrollo de la civilización, de la cultura, el desarrollo de las facultades humanas, la emancipación del hombre toma por extraviado camino; este es el hecho, hecho trascendental y que ha de influir poderosamente, pues señala la antigüedad incalculable de supersticiones y preocupaciones que vióse aún en nuestro tiempo.

No nos detendremos más sobre este particular, pues como todo cuanto dijéramos sería meramente conjetural, aunque, apoyados en dotes racionales, no basta que quede bien en su puesto esta primera crisis intelectual, para que desde luego se conceda y se haga indiscutible que los errores humanos, hijos de nuestra crasa ignorancia nativa, vienen perpetuándose por vía hereditaria y que sólo por igual vía podrán destruirse.

Espláyase el corazón al entrar en el período de la edad neolítica.

Desde luego, vemos al hombre desarrollándose en todas direcciones de una manera más armónica. El estado armónico de la naturaleza se refleja en todos sus actos y artes. La naturaleza ha tomado un asiento definitivo. Todas sus transformaciones serán lentas y armónicas. Antes los continentes, las comarcas, se transformaban de una manera violenta; ahora los cambios son tan lentos, que podemos, como sucede hoy, medirlos sin que nos cause espanto su mudanza. La generación que en su día vea evaporarse la última gota de agua del mar Báltico, ó del mar negro, ó del Adriático, está tan lejos de nosotros, que sus actuales representantes no pueden llorar el momento en que la bella Stockholmo, la pintoresca Venecia y la encantadora Constantinopla pierdan sus encantos, su lago Malasen, sus lagunas, su Cuerno de oro, y aun esto puede inducirnos á error, pues el día en cuestión ¿cuántas ciudades no habrán surgido del fondo de las aguas?

Nótese aquí, como explicación racional á priori de la creencia general en todos, ó casi todos los pueblos, de grandes cataclismos geológicos, como obra ya de Dios ó de las potencias del mal, y siempre en castigo de la maldad humana, que el hombre de la edad neolítica, que no tenía idea alguna de la creencia geológica, no podía dudar de lo que se le decía, pues sus antecesores, y no los más remotos, habían sido testigos de las grandes transformaciones de la época cuaternaria. Que en esa época hay que poseer el origen de las creencias, que luego toman gran desenvolvimiento al entrar en el período histórico, nos obliga á creerlo así el gran desarrollo que tomaron las artes todas, como lo indican claramente el sinnúmero

de monumentos que de aquella época nos han quedado, y dicho se está, ~~que cuando~~—relativamente—supo elevarse el hombre á tan alto bienestar material, su moral no debía quedar retrasada.

Distíngase desde luego la edad neolítica por la mayor variedad de platos, si es lícito hablar así, que se servían al hombre de las cabañas, en oposición al hombre de las grutas ó trogloditas, sin que esto quiera decir que éstas no continuasen todavía habitadas, aún hoy día, lo mismo en España que en el extranjero, un buen número de ellas continúan siéndolo, y por lo que hace á los tiempos á que nos referimos, precisamente en las grutas es donde se han descubierto los principales restos de sus comidas. Y tan cierto es esto, que antropólogos y arqueólogos estiman que la nueva época se distingue de la anterior por la cultura del suelo y la domesticación de los animales, y entre estos por la domesticación del caballo.

El gran número de huesos de caballo que se encuentran en las estancias del hombre de la edad neolítica, produjeron diez años atrás grandes controversias sobre si el caballo era en dicho período un animal bravío ó doméstico, y si en esta discusión se embrollaban los contendientes, esto era debido á conocer históricamente las partes la repugnancia de pueblos superiores á servirse del mismo, aun en épocas históricas muy adelantadas, bajo todos conceptos. Hoy unos creen resuelta la cuestión en pro de la domesticación del caballo, y otros no, apoyándose los primeros en el descubrimiento de un grabado en hueso hallado en la caverna de Creeswell (Gran-Bretaña), representando un caballo con las crines cortadas. En efecto, una vez cogido el caballo en la caza, se comprende perfectamente que el hombre neolítico le cortara las crines y cola para utilizar sus pelos para coser, tejer, atar, etc. El que el hombre fuera hipófago, nada tiene de extraordinario; en nuestros días hemos visto el caballo abastecer de nuevo nuestras carnicerías, y de ser hecho general tenemos innumerables ejemplos. Últimamente entre nosotros se descubrieron sus restos, en Caldas de Malavella para una época adelantada de la edad neolítica, como lo acreditan los instrumentos de sílice, jaspe, etc. en dicha estación hallados y depositados en el Museo arqueológico de Gerona, y un hermoso cuchillo del cual, desgraciadamente, falta un pedazo y que pertenece á nuestra colección, y de igual procedencia. Así como, pues, el hombre podía criar el caballo lo mismo para comérselo que para utilizarlo en los trabajos industriales, ó para una y otra cosa, como en rigor podemos decir que sucede hoy, sin embargo la repugnancia á utilizarlo bajo el punto de vista industrial, para montar, tirar de un carro, etc.; por pueblos antiquísimos nos obliga á no ver en el caballo neolítico más que un animal de corral (permitase la expresión en gracia de la exactitud del concepto), destinado á alimentar el hombre: tal es aún hoy el caso para ciertas razas turco-tártaras, y tal es la opinión de un hombre competente (1).

Pero en la mesa del hombre primitivo aparecía también una carne muy solicitada aún, como sabemos por ciertos salvajes contemporáneos,—antiquísimos deberíamos decir para hablar con propiedad,—y esta carne era la carne humana. El ejemplo vivo que hemos citado parecería que hubiera debido desde luego facilitar las conclusiones en favor de la antropofagia del hombre primitivo, pero las preocupaciones politico-religiosas han podido, por mucho tiempo, más que los ejemplos y el razonado discurso, y de todas partes se negaban las conclusiones de los trabajos del Doctor Clement de Rougon, Lartic, Vorsae, Garrigou, los

(1) SCHRADER.—*Sprachevergleichung und Urgeschichte*.—Jena, 1883.—Pág. 345.

más interesantes para nosotros, pues prueban la existencia de pueblos—si no se quiere pueblo—antropófagos pirenaicos, Capellini, etc., etc.

Hoy ya no se discute sobre esto, y el mismo Marqués de Nadaillac lo admite y aun se esfuerza en demostrar en su obra, admitiendo, lo que es aún más, lo que antes con mayor horror se rechazaba, «que el hambre y la necesidad no son las únicas causas de la antropofagia, pues á menudo toma origen en las ideas religiosas y físicas.» (1).

No sabemos si es atrevido asegurar que la antropofagia no tiene otro origen que el de sus preocupaciones físico-religiosas, pero por lo mismo que el hombre por sus dientes y órganos digestivos no es en modo alguno carnicero sino frugívoro, pues los dientes de leche del hombre demuestran bien lo que Haeckel con tanta razón sostiene, esto es, la descendencia de todos los primados de un tronco insectívoro primitivo, pero no carnívoro; el hombre, pues, por dicha condición no llegó á comer carne sino á una edad relativamente muy adelantada de su desenvolvimiento.

Así Vogt notó ya que «el animal raramente se come á sus semejantes, y en general hallamos que en el reino animal la destrucción de los individuos de la misma especie con el exclusivo objeto de servirse de ellos para alimentarse, vése sólo en casos muy excepcionales, como, por ejemplo, en tiempo de cautiverio ó de hambre.»

Y lo que más, que todos los casos debidamente comprobados se refieren á épocas que dan testimonio de una civilización relativamente adelantada.

Generalizados los resultados obtenidos por los dichos descubrimientos y apoyados los mismos en el testimonio histórico de antiguos pueblos canibales y que después dejaron de serlo, y en el ejemplo vivo de los pueblos aun hoy día salvajes y antropófagos, Vogt ha podido formular la siguiente trascendental conclusión para el período que reseñamos, á saber: que los pueblos entregados al canibalismo y á los sacrificios humanos están en general mucho más adelantados en agricultura, industria, artes y legislaciones, etc., que las tribus vecinas que rechazan tales horrores. De aquí que, según su modo de ver, constituyen tales costumbres un momento general, y, por consiguiente, necesario de todo desenvolvimiento de la civilización humana, ó en otros términos, que «el hombre primitivamente frugívoro hubo de llegar necesariamente, por los progresos de su desenvolvimiento, á comer carne humana, para emanciparse luego de esta horrible costumbre mediante la epuración de sus ideas religiosas y humanitarias.» La razón fundamental, filosófica, de tan repugnante como horrible costumbre, la dá Mr. Heriberto Spencer en los *Principios de Sociología*. ¿Diremos, pues, con el gran sociólogo, que los restos humanos hallados en las estaciones de la edad neolítica den testimonio de que los neolí-

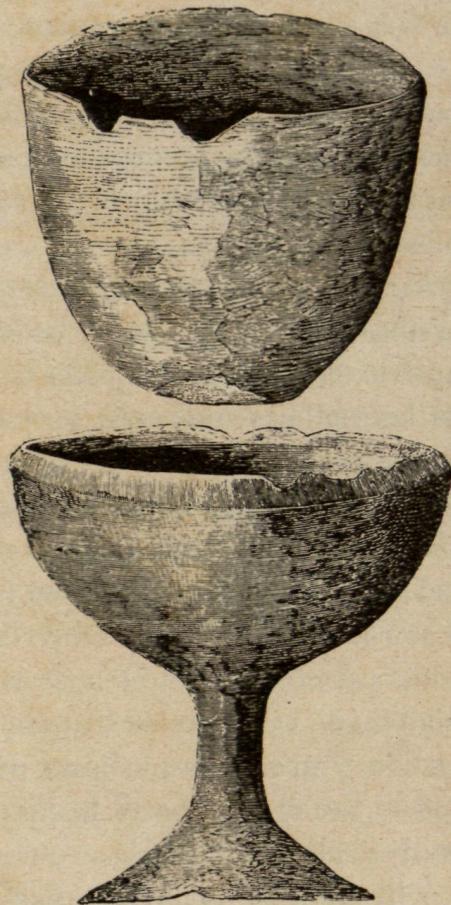


Fig. 34.—Edad neolítica.—Vasos de barro cocido españoles.

(1) MARQUÉS DE NADAILLAC.—*Les premiers hommes*, etc.—Tomo 22.—Pág. 213.

ticos, como los fijianos y otros pueblos salvajes de hoy día, comieran carne humana para apropiarse las cualidades del difunto, y sacrificaran víctimas propiciatorias, ya para obtener sus favores, ya para proveerles de alimentos, es decir, que hubiesen establecido un culto de los muertos, base de todo culto religioso, y que, por lo tanto, creyeran ya en una cierta eternidad sino inmortalidad del alma?

Entendemos que no habría exageración alguna si así lo hiciéramos ya que el testimonio histórico nos autoriza hasta cierto punto para conclusiones de tal índole. Así vemos que entre los israelitas, como entre todos los semitas sin excepción, la sangre es la vida del cuerpo; de modo que al beberla se adquiere la vida del sér muerto.

De aquí el sinnúmero de prohibiciones hechas á los israelitas—en tiempos naturalmente más adelantados—de comer carne que hubiese guardado su sangre (1).

La misma idea se encuentra entre los Arias: los combatientes beben la sangre de los enemigos muertos para darse fuerza. (Edda, Nibelungen) (2).

Por consiguiente, cuando los grandes pueblos de la tierra aparecen como canibales allá en sus comienzos históricos, cuando la antropofagia se ha conservado en Francia hasta los mismos días de San Jerónimo, es decir, hasta el siglo IV de Jesucristo, pues, según cuenta, «vió en su juventud á los Attacotes, pueblo bretón de la Galia, mantenerse con carne humana, prefiriendo ante todo la de las mujeres y la de los niños;» (3) cuando el descubrimiento de América nos presenta pueblos tan ilustrados como los mejicanos derramando á ríos la sangre de las víctimas humanas, y viviendo en plenas costumbres canibalescas, y á otros pueblos americanos cuyo grado de cultura comparado con el del hombre neolítico, era tan superior como el que media entre el europeo de hoy y el tasmaniano de ayer, y cuando, como dice con mucha razón el citado Boujou: «Apenas nos separan dos siglos de la inquisición, la virtualidad de las ideas reinante sobre la materia entre los salvajes contemporáneos, no acusa más, si se permite la frase, que una fosilización de las ideas primitivas, y si alguien cree que debe avergonzarse de nuestros miserables antecesores de la edad de piedra pulimentada, note que la alteza de la humanidad reside en gran parte en el estado ínfimo que le sirvió de punto de partida, y que los arqueólogos pueden decir, modificando una frase célebre, que la tierra lo mismo que el cielo narra la gloria de los indo-europeos;» no hay para que escandalizarse de las doctrinas de Vogt (4).

Recuérdese que hemos dicho con Vogt que las pruebas del canibalismo neolítico se presentan ya muy avanzadas en esta edad, lo que, dada la significación de la antropofagia, indica cuan lenta y perezosa fué la marcha de la civilización, aun á contar desde el momento en que el hombre se hizo resueltamente sedentario.

Que á medida que el hombre se hacía más goloso habian de desarrollarse en él necesidades imperiosas para satisfacer su pasión, tales como el ajuar de una cocina, por primitiva que fuera, esto se echa de ver desde luego. Para conservar pura y simplemente el agua, dado que al hombre primitivo se le hubiese ocurrido establecerse lejos de un manantial, ó para recogerla para apagar la sed, ó por las necesidades de la cocina; para cocer los alimentos, para servirlos luego de una manera más cómoda, fué necesario que inventase el arte cerámico.

(1) Véase Génesis. Capitulo IX, versículo 4.—Levítico. Cap. XVII, v. 14.—Sabiduría. Cap. XII, v. 6.

(2) *Congrès international d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques*.—V. Sesión-Bologne, 1873.—Memoria de Vogt, intitulada *Antropofagia y sacrificios humanos*.

(3) *Congrès international d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques*.—IV. Sesión-Copenhague, 1875.—Pág. 177.

(4) *Idem idem*.—Pág. 83.

Lo que puede ser la cerámica de tan remoto tiempo fácilmente se adivina. Hemos mencionado una cerámica hacia últimos de la edad paleolítica, porque, en verdad, nos parece —sobre haberse hallado de ella estaciones en otra edad— que dado el desarrollo, siempre creciente, de la civilización, había de ser un arte de los primeros que inventase el hombre, sobre todo cuando los cambios climatológicos de la época cuaternaria acabaron con los árboles de frutos de grandes cáscaras duras; sin embargo, autoridades de primer orden sostienen lo contrario.

M. Cartailhac, en el Congreso de Bruselas sostuvo resueltamente la negativa, fundándose en un hecho de sentido común, que, como á tal, tiene considerable fuerza, á saber: que una vez inventado el arte del alfarero, sus productos se fabricaron en enorme cantidad en razón de su indisputable é inmediata utilidad, y así decía: «No es admisible que un pueblo que estuviera en posesión de tan preciosa invención nos hubiese dejado apenas uno ó dos vasos por estación. Por otra parte podría suponerse que durante dicha época la cerámica fué inventada y perfeccionada en tal cual lugar de la tierra, de modo que vasos que, en modo alguno fueron fabricados por hombres contemporáneos de la edad del rengífero, pudiesen muy bien hallarse entre sus manos.»

Hemos querido que constara por extenso la opinión de M. Cartailhac por su autoridad indiscutible en todo lo prehistórico. Lo que sobre este punto concreto opinan el Marqués de Nadailhac y Mr. Frank, ya lo hemos visto. La cerámica pudo aparecer á últimos de la edad paleolítica, pero no se muestra con la abundancia natural de un producto de su naturaleza sino en las estaciones de carácter francamente neolítico. Esta es la conclusión, y no habrá disputa, si se hace la simple reflexión de que el paso del período paleolítico al neolítico no supone una solución de continuidad, y por consiguiente el desenvolvimiento de un arte cualquiera puede dejar sus primeros productos en épocas, edades ó períodos que no han de ver su desarrollo ó generalización. Recuérdese que la arquitectura ojival que no llega á mostrarse como estilo hasta el siglo XIII, remonta sus orígenes al XI.

Pero, si nosotros admitimos una cerámica para la edad paleolítica, notaremos que se han querido atribuir á la edad paleolítica vasos de contorno tan bien tallado, de un perfil tan clásico, para que se nos entienda, que en manera alguna, cualquiera que sea la tosca manipulación de la materia de que están formados y lo defectuoso de su cochura, pueden atribuirse de pleno á la edad paleolítica como producción aborígena: cuando estos vasos se hallan en estancias francamente paleolíticas, para nosotros son un producto importado de un punto ó pueblo más adelantado: cuando la estancia es dudosa, cuando aparecen mezclados los productos de los dos períodos, la presencia de tal cerámica indica que los productos de la edad paleolítica son conservados, utilizados por una de las mil razones que obligan á conservar los ajuares antiguos de las familias.

La cerámica neolítica está formada de una arcilla muy pastosa y de la clase más ordinaria, por lo que le mezclaban granos de cuarzo de buen tamaño para darle la necesaria consistencia. Sin que puede asegurarse siempre, las más de las veces parece que sus productos sufrieron una cierta cochura. Desde luego se conoce por lo grueso de las paredes de los vasos, ollas, tinajas, copas, cazuelas, etc., de dicha edad, que el pueblo que los fabricó no conocía aún el torno del alfarero, que fabricaban tales objetos á mano, puliendo sus superficies con los dedos, y por esto las pocas veces que se encuentra en ellos restos de ornamentación, la ornamentación es digital.

Más notable es la carencia por regla general de asas, y aun cuando las tienen, son estas tan pequeñas y delgadas, que puede decirse que en modo alguno cumplen con su oficio. Este es un signo evidentísimo de la antigüedad de tales productos. Los pueblos prehistóricos sobrado rudos y desmañados para coger los objetos de su vajilla por las asas, estimaron estas como inútiles, y por esto casi las suprimieron en su fabricación natural. Para convenirse de ello, acúdase á la tan vulgar comparación del niño con el salvaje. Désele al niño una taza y se verá bien pronto cuan inútil es para él el trabajo que nos hemos dado para dotarla de una asa.

Pero hemos dicho que el pueblo neolítico era un pueblo agrícola, y esta expresión bien á las claras dice que nosotros suponemos para dicho tiempo el conocimiento de los cereales y el modo de utilizarlos para la vida. Nada más exacto, pero dejemos para luego decir como hemos venido en conocimiento de tan preciosa circunstancia, pues no se ocultará á nadie que un pueblo agrícola, que un pueblo que cultiva la tierra es un pueblo sedentario, circunstancia precisa para el desenvolvimiento del hombre.

Vengamos, pues, á la habitación del hombre neolítico.

Hemos dicho que éste abandona las cavernas para vivir al aire libre, aunque, no en todas partes, de una manera absoluta. Cuando esto sucede, por regla general, las cuevas habitadas por el hombre lejos de ser naturales son excavadas en la roca con cierto plan. De todas las de esta clase, las más célebres son las de Petit-Morin, descubiertas por el baron Baye, á causa de las esculturas que las decoran: á nuestro modo de ver, las más importantes, después de las citadas, son las de las Baleares, á causa de su estructura regular, arquitectónica, si nos es permitido hablar así.

Antes de hablar de nuestras antigüedades que, por ser nuestras, muchos son los que las dan poca importancia, hagamos constar que las grutas de la Marne, exploradas por dicho baron Baye, como cualesquiera otras de la época, por ejemplo, las de África (Constantina), nos muestran en aquellas destinadas para vivienda del hombre, pues es indudable que otras lo estaban para sepulturas, una división de las mismas por medio de tabiques, unas veces naturales, y en este caso se han conservado muchas veces; artificiales otras, y en este caso han desaparecido casi siempre, pero cuya existencia queda demostrada por la planta de la gruta: pues en este caso estas se presentan divididas, digámoslo así, en dos ó más grutas.

Notabilísimo ejemplo de las de esta clase son las del distrito de Campos en la Isla de Mallorca.

Abrense las grutas, llamadas de *Son Covas*, en un ribazo calcáreo, y se presentan paralelas al camino de Campos á Santany. «Las mayores tienen tres puertas, otras cuatro; con tantas aperturas puede haber luz y ventilación, mas póngase atención en las plantas de esas cuevas, y se verá como si existiera una cueva ó habitación para cada puerta, ensanchadas luego para mayor comodidad, ó para convertir en habitación lo que antes eran sepulturas.» (1) Véase como nuestro compatriota muchísimos años antes del descubrimiento del Barón Baye había notado el carácter especial de las grutas de la edad neolítica.

Nosotros hemos dicho al hablar de estas y de otras cuevas igualmente estudiadas con prioridad por el Sr. Martorell, que nos parecía acertada la idea de dicho señor de ver en *Son*

(1) *Apuntes arqueológicos* de D. FRANCISCO MARTORELL Y PEÑA, ordenados por Salvador Sanpere y Miquel.—Barcelona 1879.—Pág. 144 y 145.

*Covas* una reunió de coves, pues las cuatro puertas de estas, de existir los tabiques interiores, las dividían en cuatro grutas de muy varias dimensiones, siendo la segunda, contada á mano izquierda, la mayor, que casi podriamos suponer que era el centro de reunió de la familia, el taller; las otras las habitaciones de la misma, pues el mayor ancho de la cueva es de 17 metros de ancho por 11 de largo. Si se imaginan contruidos los tabiques, se ve como á cada puerta corresponde una secci3n de la cueva, y como nada impedia que estas se comunicasen interiormente, la sociabilidad y la independenciam de los varios miembros de la familia quedaban garantizadas. La altura de la gruta varía formando un cascar3n, la m3xima es de 2'40 metros. Las puertas son desiguales, pero es de notar que en todas las de *Son Covas* se nota un escal3n para entrar en ellas, y el piso de las mismas viene á nivel del escal3n, formando pendiente hacia el interior que, aunque suave, es bastante para no sentirse dentro de

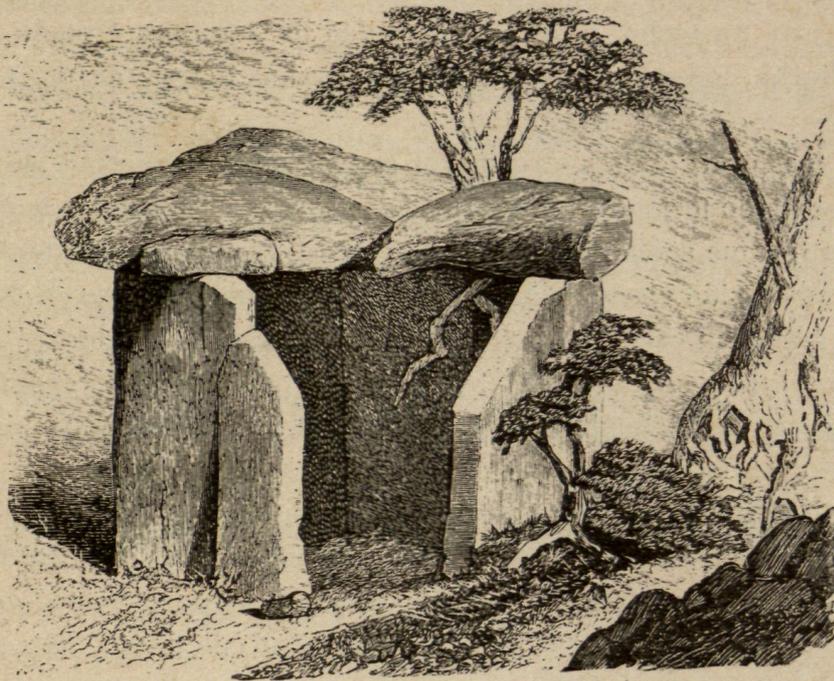


Fig. 35.—D3lmen de Hoyon.—Espa1a.

ellas echado—como hemos tenido ocasi3n de experimentarlo—la acci3n de los fuertes vientos que tan amenudo azotan á las Baleares. Aquel escal3n, que aqui y all3 se eleva, de unos cuarenta á setenta centímetros sobre el nivel del piso exterior, y la forma un tanto regular de las respectivas entradas de las grutas, claramente indica que éstas se cerraban por medio de tablas, como sucede para las de Petit-Morin y Constantina, pero en *Son Covas* esta suposici3n es gratuita, pues no tenemos otra indicaci3n para asegurarla que la que resulta de su configuraci3n.

Otra cosa sucede por lo que hace á las cuevas de San Vicens (en Pollenza) de la misma isla de Mallorca, que el Sr. Martorell y Pe1a estim3 como cuevas sepulcrales. Nosotros no pudimos obtener en la isla noticia alguna que justificase tal atribuci3n, tal vez el Sr. Martorell y Pe1a se dej3 influir por la persistencia que M. Mortillet sostenía que las grutas de Petit-Morin eran sepulturas: nosotros, si se quiere, nos dejamos convencer por la persistencia de todo punto contraria del Bar3n Baye (1).

(1) No sabemos si hoy día ha modificado M. Mortillet su opini3n que sostuvo en el Congreso de Stockholmo de 1874, pero

Seis son las cuevas que existen en el *Encinar de San Vicens* en línea, y una al lado de otra, por la que pueden distinguirse con los números del 1 á 6. Por encima de éstas se encuentra otra, á la que daremos el número 7, y más allá de las seis primeras, á unos cuatrocientos pasos, existe otra á la que damos el número 8.

La entrada de las seis primeras se abre en la mitad de la cuesta en un escalón natural, formado por una pequeña escarpa, á cuyo pie corre un espacio á nivel, en el que en frente de cada puerta, se ha podido cortar en la roca una pequeña plazoleta; en rigor puede decirse que las cuevas de *San Vicens* presentan dos tipos diferentes. La de número 8 en planta y corte ofrece la imagen de una pera puesta de pie. Su entrada es ancha y cómoda, pero á medida que la cueva va penetrando en el monte se encoge mucho; su longitud es de 4'75 metros, su anchura media de 2'50, y su altura máxima de 1'30 metros. Por lo largo y á dos tercios de la altura corre una imposta ó recodo que también se encuentra en las del otro tipo. A la derecha, al entrar, se encuentra un nicho, otro hacia la mitad de la misma á mano izquierda, y otro á la última á la derecha; todos de forma elíptica y paralela al eje mayor, y casi al nivel del suelo.

La de número 5 es oval, el diámetro mayor es paralelo á la puerta y de mitad más largo que el menor, el techo, en forma de cascarón, tiene cerca de la puerta, hacia la derecha, un agujero de 0'40 metros que salen hasta fuera de la roca, respiradero evidentemente hecho á propósito: la puerta ha sido ensanchada. Esta cueva es conocida con el nombre vulgar de *Carro*, por cuanto puede un carro dar con facilidad la vuelta en su interior. A la entrada precede una antecámara, hoy semidestruida, y en ella se ve un agujero cuadrado para plantar una percha, circunstancia que también aparece en las del segundo grupo.

De las de este orden es un tipo acabado la de número 2, que en estos términos describió el Sr. Martorell:—«En frente de la puerta de entrada hay una plazoleta rectangular tallada en la roca, en cuyo lado izquierdo, conforme se quiere entrar, hay cuidadosamente trazado un encaje como para recibir una percha: al penetrar en la cueva se encuentra una pequeña cámara ó antecámara de 1'90 metros de longitud, de la cual se pasa á otra de 9'20 de largo por 2 metros de ancho y 1'30 de alto, por una puerta que viene en frente de la primera, quedando un tabique natural entre las dos cámaras. A derecha é izquierda de la cámara mayor, hay dos nichos redondos fronteros entrambos y casi al nivel del suelo: á la mitad de la altura de la cueva, y por todo su largo corre una imposta. La planta de la cueva tiene la forma del mango de una pluma de acero, pero algo más estrecho de diámetro en el punto de la entrada. La forma de la bóveda ó techo es elíptica, por regla general, pero á veces es también semicircular ó casi así, como la de número 7. Todas las demás cuevas que, para no decir más, demasiado dejamos sin describir (1), pertenecen á este segundo tipo.

Ahora bien: nótese una circunstancia especialísima para determinar el carácter de esas grutas, á saber que junto á las mismas se hallan varios silos, este dato unido al tragaluz de la cueva número 5, junto con la sepultura tallada en la roca en fecha posterior, lo que siem-

si sabemos que en 1880 continuaba opinando de la misma manera, pues leemos en la obra del Barón de Baye que éste persiste en no participar de la opinión de M. Mortillet, si bien M. Baye «espera que la modificará cuando el tiempo le permita estudiar de una manera más completa las estaciones de la Marne»—*L'Archeologie préhistorique*, por el BARÓN J. DE BAYE.—París 1880.—Pág. 84.—Esto decimos por cuanto las opiniones de M. Mortillet hacen autoridad las más de las veces.

(1) Véase para su descripción además de la obra citada del Sr. Martorell, mi *Contribución al estudio de los monumentos megalíticos ibéricos*.—Gerona.—1881.

pre es de extrañar dada la existencia de las grutas, si éstas no hubieran estado habitadas por el hombre y no continuaran estándolo, y se verá que no es posible atribuirles otro destino que el que les damos. Por todas estas razones nosotros creemos que estas son grutas artificiales excavadas por el hombre para su vivienda, y si estamos ya lejos con ellas del tipo natural que sirvió de modelo, y que aun recuerdan las de *Son Covas*, en esto no hemos de ver más que un estado de progreso en la cultura del pueblo baleárico. Estado de progreso que, avanzando más y más, desentierra las grutas artificiales, si podemos hablar así, para construir las pieza á pieza al aire libre. Aludimos á las construcciones llamadas *navetas* de la isla de Menorca.

La planta de las *navetas* es de todo punto igual en la llamada la *nau dels tudons*, de cerca de Ciudadela, á la de las cuevas de San Vicens. Su forma exterior es la de una barquilla, quilla arriba, paredes ataluzadas, construídas con sillares de regular tamaño, de formas regulares, de altura diferente, pero casi siempre iguales ó poco más ó menos los de una misma hilada, la puerta baja y estrecha sólo permite entrar arrastrándose; está situada en la que llamaremos parte de popa é hilada inferior, y en el centro. La de la *nau dels tudons* tiene 0'57 metros de ancho, por 0'71 de alto. La nave tiene 10'50 metros de largo al nivel del suelo, pero en su punto extremo, por razón de la vuelta de la proa, tiene 14'59 metros.

Antes no se conocía otra naveta que la citada, pero al estudiar nosotros los monumentos prehistóricos baleáricos para ordenar los apuntes del Sr. Martorell, D. Juan Pons y Soler, infatigable investigador de las antigüedades menorquinas, no dió noticias de otras cinco, poniendo á nuestra disposición los dibujos que de ella había sacado, y que reproducimos en la obra citada. La forma es siempre la misma, habiendo á veces desaparecido la antecámara, según nuestra opinión, á veces por la injuria del tiempo.

Por último tenemos en la preciosa naveta de *Son Merce de baix*, distrito de Ferreterías, isla de Menorca, el arte de las navetas en todo su máximo desarrollo.

La planta ofrece la novedad de estar dividida en dos naves por una serie de pilares de los que tan sólo han quedado tres en pié, pues hay que suponer que al arruinarse la parte delantera ó de la fachada cayeron dos pilares, caso de que no existiera allí (como veremos) una antecámara, como en la *nau dels tudons*. Las distancias entre pilares son: 1'70 metros entre el primero y el segundo; 1'90 metros entre el segundo y el tercero; distando éste de la punta de la nave 2'30 metros. La longitud total de esta es 11'0 metros, su ancho, tirando coordenadas por los puntos donde están emplazados los pilares, dan las siguientes dimensiones: 2'90, 3'70, y 3'80 metros. La nave tiene de ancho en las líneas de fachada (parte interior) 3'10 metros, el grueso de los muros formidable, pues acusan un espesor de 2'80 metros, de modo que la línea de fachada era de 8 á 9 metros: desde luego su disposición interior puede adivinarse pero no el aspecto típico que presenta, y que desde luego nos lleva á una época primitiva del arte arquitectónico.

En la construcción de los pilares se nota una cierta regularidad en el empleo de los sillares por su género, siendo la escuadría de los menores de 0'50 metros y la de los mayores de 1'60 metros. En otra clase de construcciones baleáricas veremos luego otros pilares que nos recordarán los de esta nave.

La incuria con que se miran tan preciosos y ricos monumentos de la civilización baleárica, ha sido parte á que cayeran en ruinas; así la *nau dels tudons* debe el hundimiento de su parte posterior á un olivo que arraigó en la misma pared en la que aun crecía con toda

lozanía en el año 1879, como vimos por nuestros propios ojos, pudiendo así asegurarnos que la destrucción de la fachada de la *nau dels tudons*, única que aun queda en pie es cuestión de tiempo, pues el olivo tiene profundamente cuarteada la pared en que arraiga, y un día ú otro, sus raíces sacudidas por los furiosos levantes del golfo de Lyón, obrando como irresistibles palancas, levantarán las piedras, y destruirán un monumento, para cuya conservación gastarían gobiernos, más cuidadores que los nuestros de los monumentos históricos, cuantas sumas fuesen necesarias. Por esta circunstancia no pudimos estudiar en la *nau dels tudons* su cubierta, perfectamente indicada por otra parte por el taluz de los muros. Para la *naveta de Son Merce de baix* otro había de ser el procedimiento, dadas sus dimensiones y la línea de pilares de que tenemos noticia.

La colocación de las grandes losas de la cubierta que ya dejan comprender la existencia y colocación de los pilares tienen dimensiones considerables, como lo demuestran las dis-

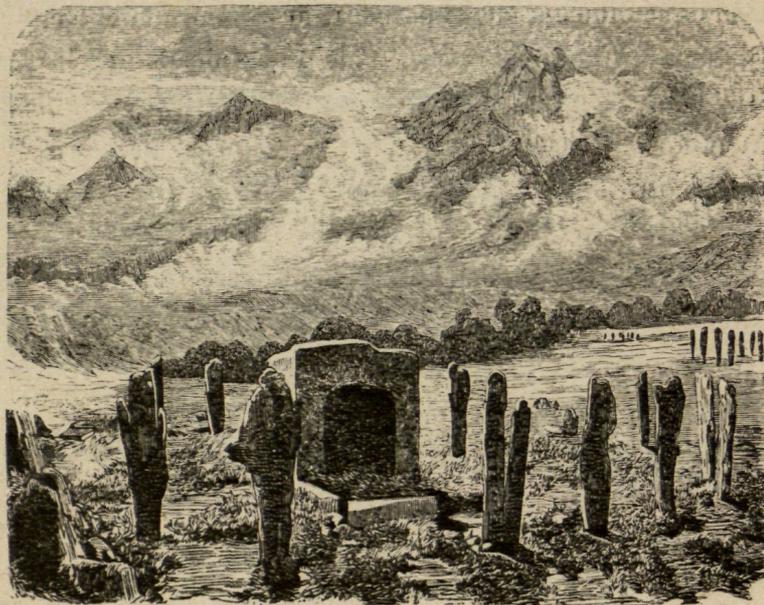


Fig. 36.—Dólmen y menhirs de Dillar.—España.

tancias á que están situadas respectivamente, de modo que siendo el intercolumnio de proa de 2'30 metros, no es mucho mayor el arquitrave que corresponde á este punto.

Sin embargo, el aparejo de la *naveta de Son Merce de baix*, no tiene la grandiosidad, ni la robustez del de la *nau dels tudons*, pues son sus sillares uniformes, paralelepípedos, de 0'60 metros de lado, lo que tal vez explique el considerable espesor del muro. Luego en las juntas verticales se corresponden muy á menudo, ó no cabalcan unos sillares con otros de una manera suficiente, para que el muro, por su gravedad, tenga toda la solidez necesaria, ya que, como se comprende, los sillares no están unidos con argamasa alguna.

Basta lo dicho para que se comprenda como el hombre primitivo va desarrollándose á través del tiempo, para que se vea con un ejemplo tangible como las ideas adquiridas van evolucionando mediante la misma condición, y cuán vanas son todas las teorías clásicas para explicar los orígenes de los grandes monumentos de la antigüedad greco-romana. De la cueva ó gruta natural, excavación que hemos visto regularizada en *Son Covas*, nacen las de *San Vicens*, para venir á encontrar en la Balear menor su realización completa y externa en las *navetas*, cuya transformación se acusa ya en las navetas de dos naves como en la de *Son*

*Merce de Baix*. Supóngase que la puerta de ésta, pues ha desaparecido, tiene dimensiones regulares, y tendremos un tipo que nos recordará enseguida los grandes monumentos de Egipto.

Que las navetas son de antiquísima construcción, no sólo se deduce de su aspecto y condiciones arquitectónicas, sino de su historia.

Varrón dice, que tras de los iberos, vinieron á España los persas, luego los fenicios, y después los celtas y los púnicos; y Salustio cuenta que, después de la muerte de Hércules, los medas, persas y armenios se acercaron, en su emigración, hasta las costas del Océano; así que, al tomar asiento junto á las orillas del gran mar, se construyeron de sus naves chozas, que llaman *mapales*, y que, por esto, las casas de los numidas tienen la forma de un buque con la quilla para arriba (1).

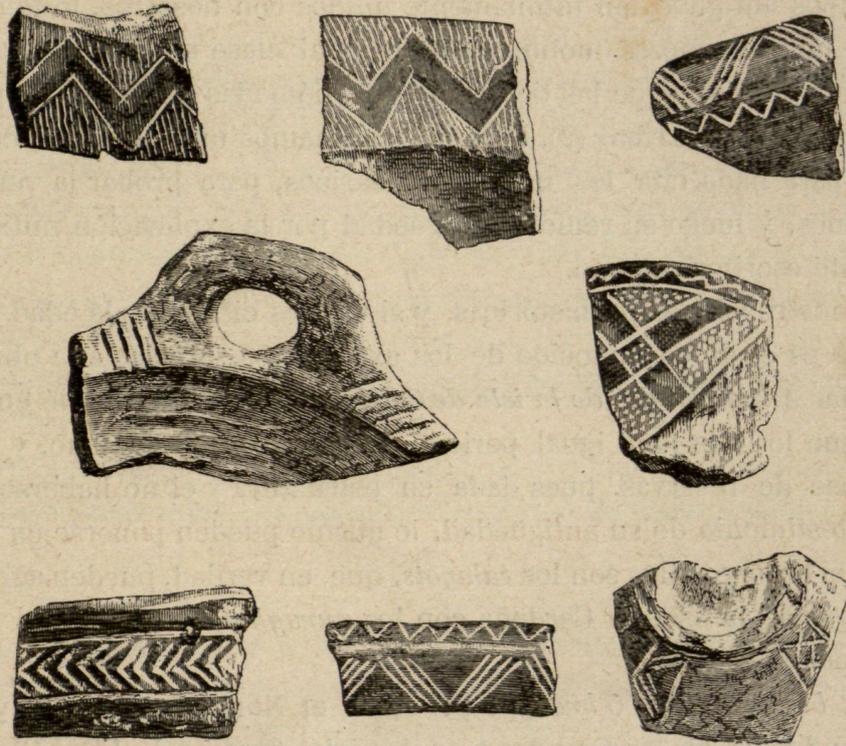


Fig. 37.—Fragmentos de cerámica de la edad de piedra neolítica, procedentes de Troya.

Si á los arqueólogos extranjeros ha podido pasar por alto este texto de Salustio, claro está que no podía ser así para los menorquines: por esto lo nota con suma atención D. Juan Pons y Soler, bien que solo para deducir «que por lo menos un siglo antes de nuestra era existían en África, en Numidia, edificios en forma de buque» (2).

Que no hay tal invasión de medos, persas y armenios á las costas oceánicas, excusado es decirlo; sin embargo, pudo muy bien, y en verdad esto creemos, haber tomado nombre las navetas del pueblo invasor simítico, que conquistó el delta egipcio á fines de la XII dinastía faraónica, es decir del pueblo Hikso ó Pastor, identificado hoy con los khetas, pues *mapole*, *mapulia*, *mapali*, y también *magalia*, nombre que darían al aspecto que ofrece una na-

(1) *Obras de SALLUSTIO*.—Colección Nisard.—Paris, 1861.—Cap. XVIII.

(2) RAFAEL OLEO QUADRADO.—*Historia de Menorca*.—Ciudadela, 1876.—Tomo II pág. 376.

veta, pues en realidad á primera vista parecen un montón de escombros, *rudeza*, traduce Freund. (Según Vanieck, la traducción libre ó metafórica es «cabaña, tienda») (1).

Nótese, pues, que mientras admitimos que el nombre de *mapales*, voz púnica, dice Freund; cananea, semítica, decimos nosotros, se dió á dichos monumentos por un pueblo de tal familia, no admitimos que tal pueblo fuese su constructor, sino que entendemos que son tan singulares construcciones, obra característica de los pueblos del extremo occidente europeo, pues la precisa tradición recogida por Salustio no resiste á la menor crítica, pues dicho se está que el pueblo que sabía construir buques y navegar con ellos desde Fenicia al Océano, había de serle más fácil construir las chozas ó cabañas de su madre patria que no los *mapales* que, dados sus materiales, implican no sólo la rudeza de los tiempos, sino la de los hombres y su mayor fuerza bruta.

Que tales construcciones eran propias de los pueblos occidentales de Europa y del Norte de África en tiempos antiguos, tan íntimamente unidos con nosotros, lo tenemos por seguro, no porque hasta hoy se conozca monumento de igual clase en la antigua Numidia, pero si sabemos por Drumond Hay «que las tiendas de los nómadas del Atlas se parecen en algo á un bote con la quilla hacia arriba» (2). Dato que estimamos más que suficiente, unido con el de Salustio, que para nada cita los *mapales* baleáricos, para probar la verdadera patria de tales construcciones, y luego su remota antigüedad por la explicación mítica que de su origen da el eminente escritor romano.

Un tipo de construcciones prehistóricas, y si esto es cierto, de la edad neolítica guardan las Baleares, que es el único conocido de los extranjeros, gracias á la obra del general La Marmorá, sobre las *Antigüedades de la isla de Cerdeña*, quien los estudió en parte, y que ponemos aquí, ya que lo hace para igual período el marqués de Nadaillac, y también como él hacemos toda clase de reservas, pues dada su estructura y el no haberse hallado en ellas objetos que den testimonio de su antigüedad, lo mismo pueden ponerse en la edad de piedra que en la edad del bronce; tales son los *talayots*, que, en verdad, pueden agruparse con construcciones análogas de la isla de Cerdeña con los *nuraghes*; con otras de Istria, *castellieri*; con otras de Escocia, *burgs*, etc.

Abundan los *burgs*, *brocks* ó *broughs* por todo el Norte de Escocia, y también se encuentran en abundancia en las Orcades y en las islas Shakland. El más célebre de todos, por su historia es el de Mussa. Tomándolo como tipo, tenemos que un *burg* no es más que una torre circular (el de Mussa está situado á orillas del mar, tiene 41 pies de altura y está abierto en su coronamiento. Los muros de tosca mampostería, puestas las piedras por hiladas y á juntas secas, tienen 14 pies en su base: una escalera conduce á lo alto, varias galerías horizontales y pequeñas cámaras cónicas se abren en el interior del torreón. El único orificio exterior es la puerta, que tendrá unos 7 pies de altura.

Creemos que basta la anterior descripción, que hemos tomado del marqués de Nadaillac, para que se diga con éste que su regularidad y los conocimientos arquitectónicos que suponen no permiten en modo alguno la suposición de que sean obra de los hombres neolíticos.

«Las primeras obras de la arquitectura doméstica (de Escocia), dice dicho señor, son

(1) VANIECK.—*Etimologisches Wörterbuch der lateinischen Sprache*.—Leipzig, 1874. Pág. 217.

(2) WESTERN BARBARY.—Londón, 1844.—Pág. 25.

habitaciones subterráneas ó que apenas se levantan del suelo y que se llaman indiferentemente *cart-house*, *Picti house* ó *weems*, y que sin duda sucedieron á las grutas..... más tarde esas habitaciones, saliendo de la tierra donde estaban enterradas, se construyeron con piedras de grandes dimensiones apenas devastadas. Su forma es redonda, y á su alrededor se encuentran una serie de pequeñas *cellas*, que comunican con la cámara central por medio de estrechos corredores. Los muros converjen hacia el techo, del cual no están separados más que por un intervalo de uno á dos pies, y esta abertura está cerrada por medio de grandes losas.» (1)

Esta vez no puede dudarse de que se trata de construcciones primitivas, y tampoco creemos que lector alguno, al leer las líneas anteriores, haya dejado de pensar en las *navetas* y en el génesis de esas construcciones, evidentemente tipo de las primitivas habitaciones humanas al descubierto y en piedra.

Problema igualmente insoluble llama el Marqués de Nadaillac al que ofrecen los *nuraghes* de la isla de Cerdeña y los *talayots* de las Baleares, insoluble, si, para quienes se empeñen en confundir ó en separar lo que ha de estar separado ó lo que ha de reunirse.

Mientras se diga que pertenecen á la misma clase de construcciones los *Castellieri* de Istria, y se declare luego, página 297, que son todavía poco conocidos; y otros digan que los *Sesi* de la isla Pantellaria, son también del mismo grupo, para declarar luego, ante la sencillez del más complicado talayot, que los laberintos de los *sesi*, nada tienen que ver con ellos (2), evidentemente la resolución del problema de las habitaciones del hombre neolítico no prosperará. Pero tómese por punto de partida la construcción que puede servir de tipo, y se verá, como sucede en zoología, clara toda la serie de su desenvolvimiento.

El tipo es el *Talayot*.

¿Qué es un *Talayot* tipo? Según nuestro modo de ver una casa-torre construida de suerte que sus habitantes pueden estar con seguridad al abrigo de vecinos codiciosos ó de atrevidos y rapaces piratas. Y en honor de la verdad, creemos que de estos últimos enemigos querían garantizarse los constructores de *talayots*, *nuraghes*, *bourghs*, etc., el balear primitivo ideó, pues, una torre maciza, de regular altura, de cuatro ó seis metros de alto, en forma de cono truncado, en cuyo plano superior estaba la habitación de la familia. De modo que si imaginamos puesta la cubierta de un *talayot*, cubierta á manera de paraguas, tendremos que fácilmente se puede cualquiera formar una idea exacta de lo que es un *talayot*, imaginando un cono truncado rematado por un casquete cónico.

¿Cómo se subía á lo alto ó á la habitación? Pues de una manera muy sencilla. Al construirse el macizo se dejaba en cada hilada unas piedras escalonadas en espiral que desempeñaban y aun desempeñan en algunos puntos, magníficamente el papel de peldaños de una escala.

(1) MARQUÉS DE NADAILLAC.—*Les premiers hommes*, etc.—Tomo I., págs. 290 y 291.

(2) Los *Sesi* de la isla Pantellaria, cuya planta hemos visto en el estudio del Marqués Guido dalla Rosa.—*Abitazioni del l'epoca della pietra nella isola di Pantellaria*.—Parma, 1871;—y en el estudio de las mismas publicado por M. Cazalis de Fondouce y Cartailhac, *Materiaux*, etc. Tomo VIII, año 1873; demuestran que la analogía es puramente fantástica, pues son los *sesi* construcciones de forma semicircular de una altura de dos metros, descansando sobre un estilobato de cincuenta centímetros, teniendo abierto hacia su interior, pero en arbitraria dirección, aunque este no sea el caso del *sesi Coricese*, varias galerías, que marchan todas hacia el centro formando una estrella,—de dos á diez, según los publicados por los dichos autores,—galerías por las que puede entrar un hombre á gatas y que van á terminar á una rotonda, en la que puede ponerse de pie un hombre de baja estatura, estando el resto lleno de piedras.

Con cuanta facilidad podía una familia defender su morada de una turba de piratas, se comprende con sólo considerar que para entrar en la habitación había no más que una puerta más ó menos ancha, que podían cerrar con facilidad por dentro, y que un solo hombre podía defender con seguridad de triunfo: y que todas esas precauciones eran pocas para un pueblo isleño, la historia y la misma historia de las invasiones piráticas de las Baleares lo justifican. Por esto no vemos construcción de esta índole más que en los pueblos isleños y en las costas.

Tipo perfectísimo de esta clase de *talayots*, lo es el de Torelló, situado á una hora de Mahón, y de unos quince metros de diámetro. Tan imponente masa sorprende aún hoy al viajero, quien al escalarlo y al entrar, por su majestuosa puerta, que aquí se presenta apoyada por dos estribos, siente instintivamente toda la rudeza de los tiempos prehistóricos, y las bárbaras costumbres de una época que obligaba á tomar tales precauciones para guarecerse de los enemigos. Pero si tales masas sobrecogen el ánimo de terror, el ánimo se explaya tan pronto descubre en él gran número de construcciones de esta clase de Mallorca y Menorca (en Menorca es donde abundan más), el progreso del pueblo balearico.

Hubo un tiempo en que el constructor de *talayots* no sabía construir una escalera interior dentro del macizo, de cuatro ó cinco metros de altura y de diez ó quince de ancho, que forma, digámoslo así, el cimientó ó base de la habitación primitiva balearica, pero andando el tiempo supo como arreglarse para conseguirlo, y desde aquel momento los *talayots*, tienen una puerta ó abertura en la segunda hilada, que, como el de *Curnid*, tendrá de escuadría ochenta centímetros de alto por setenta de ancho, de suerte que así al entrar como al subir, pues la escalera no tiene mayor luz, hay que hacerlo arrastrándose. Que á este resultado se hubiese llegado por la facilidad de sorprender la habitación trepando por su escalera aérea exterior, justificado por la experiencia ó por el progreso realizado en el arte de construcción, podría discutirse, pero aquel progreso existe, y esto no podría nunca negarse.

A este segundo tipo sucedió otro que ya de por sí acusa un nuevo y más dichoso tiempo. Al *talayot* de habitación alta sucedió el *talayot* de habitación baja.

Para que el hombre se resolviera á abandonar su alta é inexpugnable morada y se decidiera á vivir en el plan terreno de su morada, es fuerza convenir que no pudo deberse sino á una organización social bastante fuerte, capaz de prestar inmediato socorro al atacado, cualquiera que fuera el enemigo, pues de otra suerte no se puede concebir la razón que le hiciera abandonar su morada. Que de esta transformación social no tenemos más pruebas que las de estos monumentos es ocioso decirlo, pero si es exacto, como lo es, que los monumentos todos, son la expresión fiel del estado humano en un momento dado de su desenvolvimiento, es innegable que cuando vemos suceder al *talayot* de escalera exterior, el *talayot* de escalera interior, y á este el de planta baja, que en estas tres clases de moradas hay que ver tres grados del progreso de la cultura humana, esto es de todo punto incontestable.

Comprendemos que haya quien entienda que puede establecerse la serie inversa, esto es, quien ponga por punto de partida el *talayot* de habitación baja, como la que más da idea de la gruta, ya que sabemos que las primeras habitaciones al descubierto del hombre fueron una imitación de sus habitaciones subterráneas, pero si se tienen en cuenta que uno de los caracteres de las grutas son por su posición, ó se les puede hacer las más de las veces inexpugnables, que esta condición buscarse el hombre primitivo para sus libres moradas se comprende, ya que aquella era la única garantía de seguridad que podía tener en medio de una

sociedad floja é incoherente. Cierta, que dada la construcción especial de los *talayots* de habitación baja, estos se pueden defender tan fácilmente como los primeros, pero nótese que los otros son defendibles en mayor grado, y que luego por lo mismo que los defensores coronaban los mesetas, desde ella podían hacer las señales convenidas para pedir auxilio. Además el hombre podía desde lo alto de su *talayot*, impedir con sus armas arrojadas, que nunca han faltado al hombre, que nadie se acercase á destruir su casa-torre, mientras que el hombre que para defenderse se encerraba en sus entrañas, podía sí con facilidad defender su entrada, pero no tenía medio alguno para impedir su destrucción, de modo que aquella su morada podía fácilmente convertirse en su tumba.

Por todas estas razones creemos que el punto de partida es el *talayot* de habitación alta.

El *talayot* de habitación baja es un *talayot* digámoslo así, hueco, las sucesivas salidas de las hiladas van formando la bóveda del mismo, de modo que en su interior es el *talayot* un cono de paredes esféricas. La puerta es de dimensiones variables, teniendo de alto la de dos ó tres hiladas. Este es, por ejemplo, el caso del *talayot de son Noguera* de Mallorca, de que luego hablaremos. Pero á veces el *talayot* tiene una cámara más importante; tal es el caso del *talayot de San Agustí Vell*, situado en el término de San Cristóbal, isla de Menorca. Su planta es circular, y el muro tiene á flor de tierra un espesor de tres metros y medio. El corredor de entrada,—la puerta tiene 1'40 metros de alto por 1'50 metros de ancho,—que en el umbral tiene un metro y medio, va estrechándose hasta el punto de que al desembocar en la cámara la puerta de acceso, digámoslo así, solo tiene un metro de ancho. La puerta de este corredor está formada de tres grandes losas.

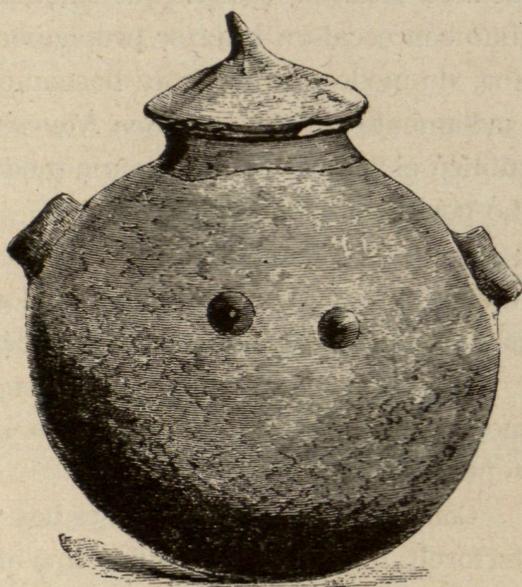


Fig. 38.—Vaso de Troya.

Cuenta el *talayot* siete hiladas que, en su parte más alta, miden 5'60 metros de altura, sin que pueda asegurarse que su última hilada actual sea la de coronamiento, dado el estado de conservación del edificio. El diámetro de la cámara es de 7'20 metros, el de la base es de 14'50 metros, y el de coronamiento de 11'80 metros.

Para cubrir la cámara el arquitecto neolítico, elevó dos pilares, en disposición evidentemente arbitraria, formados de cinco bloques cuyas dimensiones van aumentando con mayor razón estática que estética desde la base, pues el sillar que forma ésta, cuenta solo un metro de escuadria por dos que tiene el último, ó sea el quinto sillar. El muro, cerrándose por su interior hasta la altura de las columnas, permite que grandes losas, puestas desde los pilares al muro, cierren la cubierta colocándose losas de menores dimensiones entre los huecos que aquellas dejan. Las mayores llegan á tener hasta cuatro metros de largo.

Sabemos, pues, ahora, de una manera completa, lo que es un *talayot* en sus diferentes tipos de desenvolvimiento,—y quien quiera más amplia noticia acuda á las publicaciones antes citadas, donde hallará buen número de dibujos, debidos unos al señor Martorell, otros al señor Soler y otros á nuestro lápiz,—de modo que ahora estamos en el caso de buscar los puntos de contacto que haya ó pueda haber entre *talayots* y *nuraghes*, y decidir, con pleno

conocimiento de causa, el problema planteado por el general La Marmora relativo a su grado de parentesco.

Hemos dicho ya que creíamos que los *nuraghes* eran los *talayots* transformados por un pueblo más fuerte, es decir, más ilustrado.

¿Qué es un *nuraghe*?

Según el general La Marmora, que hizo expreso el viaje de las Baleares para comparar los *nuraghes* con los *talayots*, un *nuraghe* es un *talayot*. En efecto, dice así hablando del *talayot de Son Noguera dels Frares*, isla de Mallorca:—«que ofrece todos los caracteres de un *nuraghe sardo de un solo piso.*» (1) Sin embargo, hoy la similitud no sería posible, por lo mismo que de el *talayot de Son Noguera* sólo quedan algunas hiladas,—cuatro tan solo.—Pero cuando el general visitó la isla en la que cayó enfermo, y por esto tuvo que abandonar sus exploraciones, que fué en 1833 y 1834, el *talayot de Son Noguera* estaba cubierto, pues á continuación de lo copiado, se lamenta el general de que la falta de luz le impidiera buscar la escalera interior, caso de que existiera, que no existía, pues no se ha descubierto *talayot* alguno con escalera interior propiamente dicha, es decir que no tenga su ingreso en el exterior, de modo que si ahora buscamos en la isla de Cerdeña un *nuraghe* que corresponda exactamente al *talayot de Son Noguera*, no tenemos más que ver los dibujos que del de *Paza* publicó el señor Martorell, para quedar completamente convencidos de la exactitud de lo dicho por el general La Marmora.

La diferencia entre un *nuraghe* y un *talayot*, no consiste solo, al contrario de lo que pudiera creerse, por lo dicho, por el general La Marmora, en que los *nuraghes* tienen dos ó más pisos, no; las diferencias son más complicadas.

Parece que la planta de un *nuraghe* afecta casi siempre la forma de un triángulo, tanto que el arqueólogo italiano notó con extrañeza el de *Santa Barbara*, cerca de Macomer, por su planta cuadrangular.

Como el *Viaje á Cerdeña*, es hoy obra algo rara, los que consulten los *Apuntes* del señor Martorell tienen un magnífico tipo de esta clase en el de *Menda*, cuya planta es un cuadrado perfecto, como si dijéramos cuatro *talayots*, uno á cada ángulo del cuadrado y uno en el centro unidos todos por unos corredores de comunicación.

Ahora como monumento tipo en todo su normal ó natural desarrollo, aquí tenemos el *nuraghe* de *Orolis* ó *Madrone*, del distrito de Silanu, cuya descripción debemos á Martorell y Peña.

La planta es triangular, que, como hemos dicho, es la normal. La entrada es por la base, y se penetra hacia adentro por medio de un estrecho corredor, á cuya mitad se encuentra una galería que por derecha é izquierda comunica con las dos torres laterales, y hacia su último tercio, antes de entrar en la cámara principal, que tiene su centro en el centro del triángulo, se encuentra la escalera interior en espiral, que conduce desarrollándose á la cámara del piso principal y á la azotea.

Tiene la puerta de ingreso sobre un metro de altura, pero el corredor á poco de pasar el espesor del muro de fachada, se eleva á la altura de una persona de estatura regular.

Como sistema de construcción de las bóvedas—¿de las cámaras?—se ve que aquí también se lograba cerrar el espacio haciendo que unos sillares salieran sobre los de las hila-

(1) LA MÁRMORA.—*Voyage en Sardaigne.*—Paris, 1840.—Pág. 112.

das inferiores, sistema que se encuentra usado en todos los países del mundo: nada, pues, de bóvedas cortadas ó dispuestas con arte.

Entendemos que basta lo dicho para tener una idea de lo que es un *nuraghe*, que mas no hace á nuestro fin.—¿Pero somos más afortunados en punto á los *nuraghes* respecto al pueblo y época en que aparecen?

Con razón dice el Sr. Spano que si cuantos autores han escrito acerca del uso de los *nuraghes* disienten, es por discutir acerca del pueblo que los elevó. (1)

Sin embargo, existe hoy conformidad bastante respecto de la naturaleza de los *nuraghes*, y en Alemania como en Francia, es opinión admitida y corriente la de Spano, esto es, que los *nuraghes* son antiquísimas moradas de los primitivos habitantes de la isla de Cerdeña. Así se explican perfectamente ciertas agrupaciones de *nuraghes* que se presentan como ocupando los puntos estratégicos de la isla. El Sr. Martorell nos dió los planos de *Sa Corte*, cerca de Bortigali. Un muro de forma ovalada, pero de un lado recto, el derecho. Si ahora nos lo figuramos dibujado á nuestro frente, tiene un ingreso en la parte superior. Dentro de la esplanada, que es de unos sesenta metros, se levantan cuatro *nuraghes*, y para defender el muro hay otros tres: uno á la izquierda de la puerta de entrada, allí donde arranca el lado izquierdo, y dos al lado derecho, uno á cada extremo del casquete oval, inferior y superior, unidos por el muro recto de que hemos hecho mención. Esta planta es tan notable y tan clara por sí misma, que cuando se la compara á la que presentan el grupo de *talayots del Alsinar de sas paisas*, de cerca de Artá, isla de Mallorca, se ve una vez más comprobada la relación directa que une los *talayots* y los *nuraghes*, y su destino.

La planta del *Alsinar de sas paisas* presenta un círculo mal trazado, coronando la parte superior de una colina algo accidentada en algunos puntos. Este círculo, de un diámetro de 123 metros, lo forma un muro que, solo tiene hoy, por lo regular, dos hiladas de grandes bloques. La puerta de entrada tiene 1'30 metros de ancho, por 1'85 de alto. La piedra que forma el dintel tiene 2'90 de escuadría. Uno de los bloques que forma una de las jambas de la misma tiene 2'20 metros de alto, por 1'50 de ancho y 1 de grueso.

La colina que continúa elevándose dentro del recinto, lleva en su cúspide un *talayot*, hoy completamente arruinado; y las ruinas de otro aparecen en un recodo violento que hace el muro de circunvalación al encontrarse con un escarpado del terreno, como para defender la parte más flaca de la muralla. No puede, pues, cabernos duda alguna acerca de ser lo mismo los *talayots* que los *nuraghes*, habitaciones que se aumentaron en su día con recintos fortificados, pues lo mismo en *Sa Corte* (isla de Cerdeña) que en *sas paisas* (isla de Mallorca), hallamos ó *nuraghes* ó *talayots* unidos al muro ó muralla como para defender ésta, disposición de las más comunes en la arquitectura militar de la antigüedad y de la Edad Media.

Los extraños nombres de *talayot* y *nuraghe*, se ha creído por mucho tiempo que ocultaban el secreto del pueblo constructor, pero para *talayot* la etimología más admisible es la que la hace derivar del árabe *talal*, de donde salió la palabra castellana *atalaya*. El canónigo Spano añade que *talal*, y por lo tanto *talayot* es voz plural femenina, que en la antigua lengua cananea, conservada en el árabe, significa *mansión elevada, habitación alta—de talal,—accumulativ, agrestio, locus editus* (2).

(1) *Memoria sopra i Nuraghi di Sardegna*.—Cagliari, 1867.—Págs. 43 y 44.

(2) *Idem idem*.—Pág. 31.—El Barón ENRIQUE DE MALTZAN, en su *Reise auf der Insel Sardinien*, Leipzig, 1869.—Página 285, explica la segunda parte del nombre por una radical semítica *hag* ó *chag*, cuyo significado sería *cosa circular redonda*, de

Esta etimología semítica no nos enseña sino que fueron los cartagineses ó los árabes, quienes así bautizaron las contrucciones de los primitivos baleáricos, y nada más. Pero si esta etimología es admisible, y nosotros creemos que se puede admitir sin reserva alguna, no sucede así para ninguna de las que se han dado de la palabra *nuraghe*, circunstancia que por si sola explica el falso camino hasta aquí seguido para explicar dicho nombre.



Fig. 39.—Edad neolítica.—Idolo de Troya.

Dedúcela el mismo señor Spano de la voz fenicia *nur* que equivale á *fuego* y de *hag*, *hagah*, *grande*, ó bien de *hag* (?) *tectum*, y el todo traduce por *casa*, es decir, por *fuego*, recordando que en la Edad Media,—creyendo con esto abonar su teoría,—las estadísticas de población que se hacían por casas, recibían el nombre de *fuego*, costumbre general de todos los pueblos latinos.—Si el canónigo Spano hubiese notado que el pueblo que se servía de *talal*, *talayot*, para las construcciones de las Baleares, es el mismo pueblo que él supone que dió nombre á las ceretanas, hubiese visto que la lógica le obligaba á no dar dos nombres diferentes, para una misma y sola cosa ó edificio. Fenicios, ó púnicos, ó árabes, de ser ellos los autores de dichos nombres, hubieran dicho *nuraghes* lo mismo en Cerdeña que en las Baleares, ó hubiesen llamado á unos y otros *talayots*.

Creemos, pues, que dicha palabra indica simplemente el pueblo que construyó primero tal clase de moradas. Así como se ha llamado *gótica* á la arquitectura ojival, de *godo*, así entendemos que á tales edificios se llamó *nura-ghes*, de la gente *Nura*. La gente *nura* ó de isla *nura*, no es para nosotros otro pueblo que el baleárico primitivo.

Pausanias y Solino dicen que Cerdeña fué poblada por una tribu ibérica, cuyo jefe se llamaba *Nura* que, como se adivinará, era el nombre de la gente. Que esto pudo ser cierto nos lo prueba el que dicho nombre no es en modo alguno desconocido á la toponomástica ibérica.

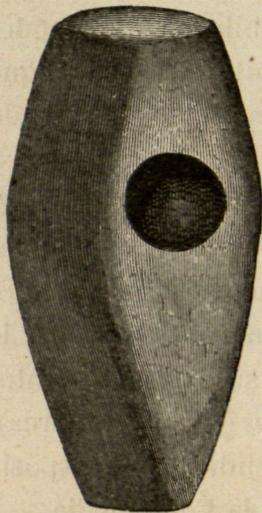


Fig. 40.—Martillo de piedra pulimentada.—Troya.

Tenemos en primer lugar el nombre antiguo de los Narbonenses gente ibérica, como es bien sabido, cuyas monedas nos han revelado su antiguo nombre, que es el de *Nere*, y el nombre primitivo de la isla de Menorca llamada *Nura*, como puede leerse en el itinerario de Antonino, y conforme creemos haber justificado la reducción en otra obra (1). Así se explica que *talayots* y *nuraghes* no sean más que una sola clase de edificios en su origen, y que su respectivo desarrollo señale caracteres propios de los pueblos, y que en una y otra isla se diesen por los inventores.

Así se explica también que la gente *nura* ó *nur* conquistadora, pues nosotros hemos de suponerla continental y extendiéndose por el Mediterráneo dieran su nombre á los naturales de Cerdeña, á sus construcciones en dicha isla, es decir, que sus moradas fueran las de los *nuras*, de donde andando el tiempo y perdido el conocimiento del hecho se llamaron *nuraghes*.

donde *casa redonda* de *fuego redondo* literalmente. Esta etimología peca de sabia. Por su parte el señor Flechia, verdadera autoridad en materias lingüísticas, y sobre todo para la toponimia italiana, dice que la terminación *ghe*, pues acepta como indiscutible, y en realidad lo es, una radical *nur*, reemplaza en el dialecto logudorense la terminación *cem* latina, de donde para la palabra *nuraghe* un sardo-romano *murakem*, *muracem*, ó *nurakem nuracem*.—*Dell'origine della voce sarda Nuraghe*.—Torino, 1872.—Páginas 5 á 7.

(1) *Apuntes arqueológicos*, etc.—Pág. 176 y siguientes.

Respecto á la edad de los *nuraghes*, no sucede lo mismo que para la de los *talayots*, que no puede fijarse en modo alguno, pues cuantas veces se ha desmontado un *talayot*, que no han sido pocas, y nosotros vimos arrancar las últimas hiladas de uno de Campos, cerca de *Son Covas*, jamás se ha hallado objeto alguno que nos diera razón de su edad. Ahora bien, si se admite la relación establecida por nosotros entre *talayots* y *nuraghes*, sabremos la edad de los primeros ya que por fortuna, podemos casi precisar la de los segundos.

El terreno que se ha formado alrededor de los *nuraghes* á contar de la época de su construcción no tiene menos de dos á tres metros de espesor. En las capas inferiores se han encontrado una cerámica ordinaria, fragmentos de sílice y de obsidiana, hachas de basalto negro

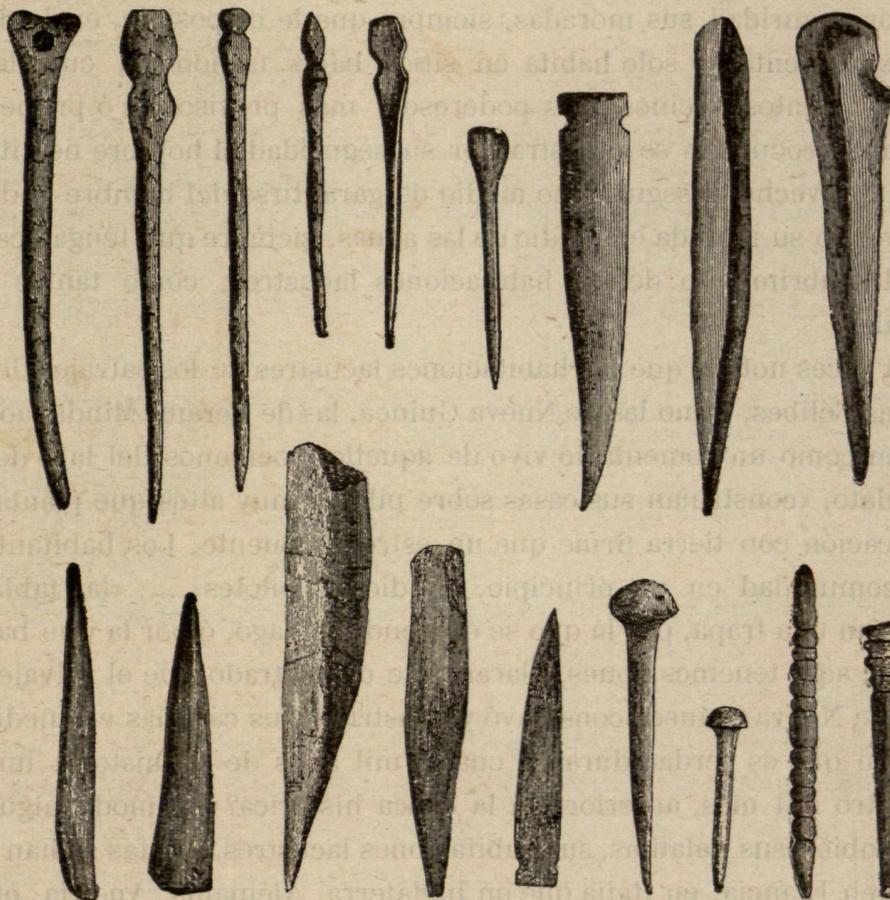


Fig. 41.—Varios objetos de hueso procedentes de Troya.

y de pórfido, presentando los tipos paleolíticos, astas de ciervo y colmillos de jabalí... en las capas más recientes se han observado hachas pulimentadas, puntas de flechas, cuchillos, piedras de hondas, cacharrería cocida al fuego, dientes de varios animales, dominando los del jabalí, gran número de conchas de moluscos, restos de las comidas de esos pueblos. En fin, también se extraen de las capas superiores fragmentos de una cerámica negra y lisa, lo mismo que pedazos de bronce que anuncian la edad de transición entre la piedra y el metal. (1) No puede, pues, cabernos duda alguna respecto á pertenecer los *nurayhes* á la edad de piedra pulimentada ó neolítica, pues el bronce allí hallado, como aparece en las capas superiores sólo prueba que el hombre de la edad de bronce continuó habitando las moradas

(1) JOLY.—*L'homme acant les métaux*.—Paris, 1877.—Pág. 118.

de los neolíticos. De modo que los *talayots* pertenecen también á la misma edad, y datan de periodo más antiguo como lo acredita la tosquedad de los monumentos.

Todavía no hemos acabado con las habitaciones del hombre primitivo y del hombre neolítico.

Hasta aquí hemos visto que cuando habitan las grutas, dispone estas así las naturales como las artificiales con arte, para que en ellas puedan las familias cumplir la vida doméstica, que ya tiende á estados superiores. Hemos visto que cuando se decide el hombre neolítico ha construir su morada piedra á piedra, principia por construirse, digámoslo así, una gruta en medio de un campo, y que no se decide á salir de las entrañas de la tierra sino cuando sabe elevarse por los aires para escapar de los ataques de sus enemigos. En este caso procura elevar para mayor seguridad sus moradas, siempre que le es posible, en lo alto de las colinas, ó en parajes eminentes, y solo habita en sitios bajos ú hondos, cuando ocupan en la vecindad aquellos puntos vecinos más poderosos, más previsores, ó primeros ocupantes. Cuando, pues, tan preocupado se muestra por su seguridad el hombre neolítico, ¿qué tiene de extraño que aproveche el segurísimo medio de garantizarse del hombre y de los animales dañinos, contruyendo su morada en medio de las aguas, siempre que tenga ocasión para ello?

Débase el descubrimiento de las habitaciones lacustres, como tantas otras cosas, á causas accidentales.

Habiase cien veces notado que las habitaciones lacustres de los salvajes de nuestros días, así las de las islas Célibes, como las de Nueva Guinea, las de Ceram, Mindanao, Joló, islas Carolinas, etc., eran como un comentario vivo de aquellos poenianos del lago de Prasias, quienes, según Herodato, «construían sus casas sobre pilotes muy altos que plantaban en el lago, sin otra comunicación con tierra firme que un estrecho puente. Los habitantes plantaban á expensas de la comunidad en un principio, los dichos pilotes».... «las tablas del suelo de cada cabaña, tenían una trapa, por la que se descendía al lago, ó por la que bajaban un cesto para pescar,» etc., aquí tenemos, pues, claramente demostrado que el salvaje de la Romelia como el salvaje de Nueva Guinea, construyó y construye sus cabañas en medio de las aguas.

Ahora bien: lo que es verdad durante cuatro mil años de la historia humana, ¿dejaría de serlo para cuatro mil más, anteriores á la época histórica? En modo alguno. El hombre neolítico tuvo también sus palafitas, sus habitaciones lacustres, y éstas se han hallado lo mismo en Suiza que en Francia, en Italia que en Inglaterra, Alemania, Austria, etc., etc.

Una terrible sequía—1853 y 1854,—puso tan bajas las aguas de los lagos suizos, y en particular fué tan grande en el lago de Zurich, que quedaron al descubierto lago adentro, gran número de pilotes de todas clases de madera que posee el país. Registrado luego el espacio cerrado por los pilotes, sus escombros produjeron todo cuanto puede decirse que conoció el hombre durante la edad neolítica. Así como á los hallazgos ocurridos en el lago de Zurich se añadieron los que tuvieron lugar en otros lagos, en el de Constancia, Ginebra, Neuchatel, Sempach, etc.; la suma de datos suministrados por tales descubrimientos es tan grande, que la vida del hombre neolítico, casi nos es tan conocida como la del salvaje moderno. A mayor abundamiento los datos que nos suministraban las habitaciones del lago de Ginebra, aparecían en el de Sempach, ó bien en Austria en el de Laybach, hoy convertido en un cenagoso pantano, ó en el de Saint-Dos en nuestra frontera francesa (Bajos Pirineos), por esto repetimos, tenemos del hombre neolítico un conocimiento acabado, bien que su historia nos sea para siempre desconocida.

Cuando vemos que se calculan en 40,000 los pilotes plantados en el lago de Wangen, y en cien mil los que se han reconocido en el que fué lago de Robenhausen, y que también exploró con provecho el Sr. Martorell y Peña, cuando la superficie habitada en el primer caso da una estación de 700 pasos por 120 que aumenta en más de un doble en el segundo; cuando la estación lacustre de Morges que duró hasta la edad de bronce, ocupaba un espacio de 1,200 pies por 150, resulta una aglomeración de población que en manera alguna es posible sin una vida social regular, sin una subordinación estricta.

La vida en los palafitas tenía que ser más íntima que en los *nuraghes* y *talayots*, que mantenían el aislamiento; en estos cada familia habitaba en su castillo: en los palafitas las cabañas que sobre ellos descansaban estaban abiertos á la comunidad de la estación, y ya fuera ésta poco numerosa, ó ya contara cinco mil hombres, que es la cifra que da M. Troyon para la habitación lacustre del lago de Neuchatel, ello es que sin relaciones sociales íntimas no se puede imaginar que vivieran en tan íntimo contacto tantas y tantas familias.

Del modo de ser de estas familias, desgraciadamente no tenemos noticias de la época, pero cuando vemos que aun hoy los pueblos salvajes del Sud, viven la misma vida que cuando fueron descubiertos centenares de años atrás, bien podremos admitir que lo que los historiadores antiguos nos dicen de estos pueblos, puede igualmente referirse á un estado social más antiguo, ya que para sus habitaciones existe la igualdad.

Pero no es sólo en los palafitas donde hemos hallado la totalidad de los datos para escribir hipotéticamente, si así se quiere, la historia del hombre neolítico. No, aquí tenemos los megalitos que, por cierto, nos han suministrado muchos datos que no nos habían guardado las habitaciones lacustres.

Bajo el nombre de megalitos comprenden los arqueólogos á los dólmenes, túmulos, cromlechs, menhires y galerías cubiertas.

Inútil gastar el tiempo en discutir etimologías; todos los nombres citados son modernos. Pero digamos que deben entenderse por túmulos, dólmenes, etc.

Un túmulo es un montículo de tierra que las más de las veces cubre un dólmen, ó una caja formada por un número mayor ó menor de piedras, caja que toma el nombre de Cámara cuando se abre paso del interior al exterior; ó bien una bóveda (casarón) formada de una manera tosca. En fin, que las más de las veces contiene una cámara sepulcral; sin embargo no siempre existe, y en rigor no deberíamos ver un túmulo sino en este caso concreto.

Dase el nombre de dólmen, dice el hombre que más profundamente los ha estudiado, «á todo monumento de piedras cubierto ó no de tierra de una dimensión bastante grande para contener una ó varias tumbas, y formado de un cierto número de bloques en bruto, sostenidos horizontalmente encima del nivel del suelo por más de dos soportes.» (1)

Pero el mejor conocedor de los dolmenes africanos, el general Faidherbe, dice: «que el dólmen tipo es un cuadrado largo (*carré long*, cuadrilátero), formado por piedras sin desvastar, generalmente plantadas en tierra de canto y cubiertas por unas piedras puestas horizontalmente de las más grandes que á mano pueden haber sus constructores, según sus medios y recursos locales.» (2)

Y como quiera que uno y otro autor, al definir el dólmen lo describen, se dan como con-

(1) BONSTETTEN.—*Essai sur les dolmens*.—Genève, 1865.—Pág. 3.

(2) *Congrès d'Anthrop. et d'Archéologie préhistoriques Bruxelles*, etc.—Pág. 408.

diciones esenciales diferencias en uno y otro muy características; bueno es que digamos que el general Faidherbe, en el párrafo siguiente del que hemos tomado las anteriores líneas, dice:—«Sí; los dólmenes de Africa, son monumentos de la misma clase que los de Europa.» Pero para completar lo dicho, respecto de los túmulos, así como á veces hay túmulos sin

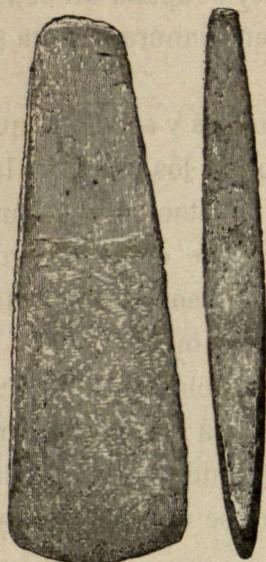


Fig. 42.—Edad de los metales.—  
Hacha ó celt de Cipre.

dólmen ni cámara sepulcral, otras ocurre que hay un doble dólmen, uno en el interior del túmulo, otro coronándole, pero no siempre existen los dos dólmenes, aun en el caso de existir el dólmen del coronamiento, y los dólmenes están hoy demostrando en contra de lo que antes se había creído que no siempre el túmulo acompaña al dólmen; —en muchos puntos, en África es la regla— no se les ha descubierto jamás acompañados de montículo alguno. Tanta variedad da razón al Marqués de Nadaillac cuando dice que esto no puede explicarse sino «por las circunstancias locales y capricho de los constructores.»

Crómlechs, son aquellos círculos de piedras á manera de pies derechos que las más de las veces han rodeado túmulos y dólmenes. Esos círculos son á veces dobles y triples. Las piedras que forman los crómlechs se les llama menhirs, y en general se da el nombre de menhir á toda piedra plantada de canto, y de notable dimensión atribuida á los tiempos prehistóricos. Pero no siempre los crómlechs han sido un elemento secundario, á veces tiene un valor propio y lo mismo en Inglaterra que en Francia ó en España, los crómlechs, no son más, digámoslo así, que las paredes del santuario. Esto lo veremos luego muy claro al describir los de Menorca.

Las galerías cubiertas, avenidas, ringleras, subterráneas unas veces, otras no, han sido objeto de grandes discusiones para determinar su significación.

Hemos dado todas esas definiciones para aquellos que no supieran lo que es un dólmen un crómlech, un menhir, nombres formados con palabras célticas, por la antigua creencia de que dichos monumentos pertenecían al pueblo celta. Hoy solo entre el vulgo corre esta opinión como acreditada: ¿cuál es, pues, la opinión, que hoy tienen los hombres competentes sobre el origen de tales monumentos que á millares se hallan todavía en el norte de África, y que en gran número aparecen en toda Europa, no siendo tampoco raros en Asia?

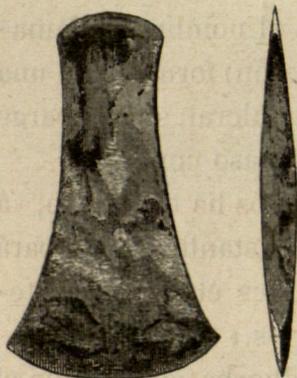


Fig. 43.—Edad de los metales.—  
Celt ó hacha plana.

El Marqués de Nadaillac, que es el último de los autores que han escrito sobre los megalitos, al preguntarse por el pueblo constructor de los dólmenes, exclama: *¿Son tal vez los Iberos?* Diferencia de detalles á parte, no hace el Marqués más que sostener la opinión de uno de los primeros jueces en la materia, de Mr. Fergusson,

quien tiene dicho desde hace mucho tiempo que en su opinión, «la hipótesis que le parece dar cuenta de una manera más satisfactoria de los hechos tal cual los conocemos, es la de que un pueblo que profesaba en alto grado el culto de los muertos residía en la península española desde los tiempos prehistóricos más remotos.» (1)

(1) FERGUSSON.—*Les Monuments megalithiques*.—Traducción del abate Hamard.—París, 1878.—Pág. 400.

Sostiene por su parte M. Cazalis de Fondouce, que no existe un pueblo constructor de dólmenes, y que estos no son más que la característica de un estado de cultura común a todos los pueblos del mundo antiguo, aunque de paso sostiene que los dólmenes del departamento del Herault—Francia—son de origen ibérico, cuya raza estima como la autoctona de la Galia occidental, y pone su aparición en dicha comarca hacia últimos de la época de la piedra pulimentada—período neolítico. (1)

Nosotros hemos sostenido esta tesis desde 1878 como puede verse en nuestra obra sobre los *Origens y fonts de la nació catalana*, y que con más amplios detalles hemos renovado en nuestra *Contribución al estudio de los monumentos megalíticos ibéricos*, cuya doctrina renovamos aquí.

Entendemos, pues, que si se quiere sostener que el pueblo inventor es un pueblo emigrante ó conquistador, y que, por lo tanto, en la hipótesis en cuestión los iberos son los constructores de los dólmenes de la India, Fenicia, Escandinavia, Gran Bretaña, Francia, Iberia y Norte de África, que esta hipótesis es insostenible, y que lo son todas cuantas se han inventado para explicar la invención y difusión de los dólmenes, como lo prueba los opuestos campos en que combaten arqueólogos y antropólogos tan eminentes como Fergesson, Bertrand, Vorsae, Nilson, Broca, Mortillet, etc. Pero que si se busca un pueblo inventor y se explica su difusión por los vínculos sociales que en todos tiempos han existido entre los hombres, dentro de esta hipótesis cabe buscar el pueblo inventor de los dólmenes. Esto dicho, creemos que se puede sostener y probar la opinión de los Sres. Nadaillac y Fergusson.

Sin embargo, objetóse contra la teoría ibérica que los iberos han levantado muy pocos monumentos megalíticos en su patria, —península Ibérica,—y que los vascos, que para el caso se estiman como los mismos iberos, no han conservado ni en su país, ni en sus tradiciones, nada que recuerde los megalitos.

Entrambas objeciones, triste es decirlo, acusan la ligereza con que los sabios extranjeros, aun los partidarios de la teoría ibérica se ocupan de las cosas de España. Así el Marqués de Nadaillac no conoce sino el trabajo de Mitjana sobre el dólmen de Antequera, del año 1847. Fergusson conoce ya el libro del señor Góngora y habla de los megalitos del Norte por las noticias que de los mismos le diera el Sr. Riaño. Otro autor, á quien todavía debemos contar entre los extranjeros, es D. Augusto Felipe Simoes, quien, sin embargo, se muestra impuesto de

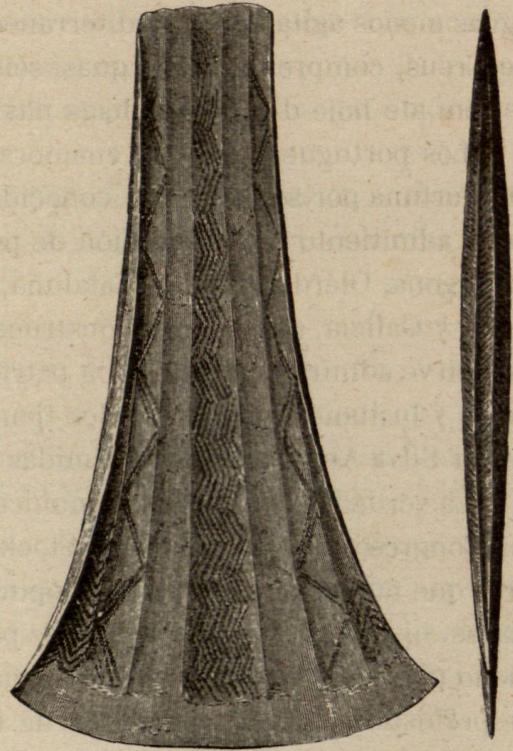


Fig. 44.—Hacha ó celta de un filo.

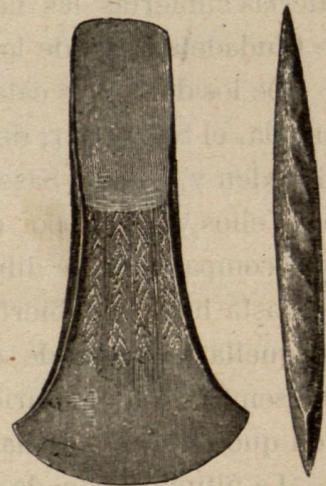


Fig. 45.—Celta con reborde de escaso relieve.

(1) CAZALIS DE FONDOUCE.—*Ebauche d'une carte géologique de l'Herault*.—Montpellier, 1879.

cuanto se ha publicado en España y Portugal. Empero, y no por culpa suya hasta cierto punto, dice:—«Na Península a cintura megaliticha extendese desde o golpho de Vizcaya, no lugar onde as vasgas de Atlantico se debaten contrar as vertentes escarpadas dos Pirineus, ate ao golpho de Almería, onde as ultimas remificações de Serra Nevada se esconde nas aguas menos agitadas de Mediterraneo. Toda a costa oriental desdeo cabo de Gata ate ao Cabo de Creus, comprehendendo quasi seis graos de latitude, nao tem dolmens, ou pelo meno nao se tem ate hoje dito que os haga nas provincias de Murcia, Valencia e Cathaluna.» (1)

Los portugueses se han enamorado de un principio erróneo de Rougemont que ha hecho fortuna por ser tan poco conocidos los monumentos españoles de la remota antigüedad, pues admitiendo la calificación de pelásgicos que de antiguo viene dándose á los muros de Tarragona, Olérdula, etc.,—Cataluña,—y á la no existencia de dólmenes fuera de los de Portugal y Galicia, dijo que las construcciones megalíticas y las pelásgicas se excluían, y como esto sirve admirablemente á los patriotas portugueses, para fijar el antagonismo entre españoles y lusitanos á contar de los tiempos prehistóricos, á ellos se atienen con la convicción de un Silva Amada ó con las tímidas reservas de su Simoes.

La verdad es que sí las comunicaciones y discursos de los Sres. Tubino y Vilanova en los Congresos de Copenhague y Stockholm son bastantes para poner en guardia á los hombres que no gustan de aventurar opiniones que luego han de recoger, tampoco son bastante claras, ni sobrado llenas de detalles para que se fijen en ellas su atención. Así, á pesar de lo dicho por ellos en tales circunstancias lo han podido pasar por alto los que se han ocupado de prehistoria después de 1869 y de 1874.

Ciertamente para destruir la teoría portuguesa lo mismo que las objeciones hechas á la teoría ibérica, bastará oponer á la región dolmínica del Oriente los dólmenes catalanes á los dólmenes andaluces. Digamos ante todo que en las Baleares existen también dólmenes aunque en corto número; el Sr. Oleo en su citada obra página 380, cita el de *San Agustí Vell* de Menorca: nosotros mismos descubrimos otro junto al talayot de Torelló, ó en *Talati de dalt*; galerías cubiertas las hay también: dicho Sr. Oleo describe la de *San Carlos*, en el distrito de Ciudadela, etc.; de los crómlechs menorquinos hablaremos luego con mayor detención.

De los dólmenes catalanes había dado noticia del de Moyá, el Sr. Bofarull; de los de Senterrada, el Sr. Moner; de los de Vall Gorguina y Vich, el *Centro Artístico* de Olot; de los de Cardedeu y Villalba Saserra, el Sr. Conde de Bell-lloch; de los de Espoya, el Sr. Valmaña; de todos ellos y de los por nosotros descubiertos en la región pirenaica, damos noticias detalladas acompañadas de dibujos en el estudio citado sobre los megalitos ibéricos, de modo que los hasta hoy descubiertos, van desde muy entrada la provincia de Barcelona al cabo Creus.—Aquella solución de continuidad de seis grados, pues, no existe. Si á los dólmenes uniésemos aquí los varios menhires descubiertos, todavía sería más insostenible la oposición que se hace á dicha teoría, y las particulares teorías portuguesas.

La última parte de nuestra *Contribución al estudio de los megalitos iberos*, varias veces citada, y que aquí resumimos muy ligeramente, está consagrada á la lengua de los megalitos.—Recordamos en ella como vasco nos ha guardado varias palabras propias de la edad de piedra, como la de *erata*, *gerinda*, *arca*, *arquera*, *argela*, *abrildu* y *arrodoina*, sobre los cuales pedimos dictámen para no obrar de ligeros á la «Sociedad Euscarista de Bayona,» y á vascó-

(1) SIMOES.—*Introdução a Archeologia da peninsula Iberica*.—Lisboa, 1878.—Pág. 100.

filos tan eminentes como el reverendo Webster, y el profesor Julio Vinson. Los dictámenes no concluyen en nuestro favor, pues sus autores se limitan á reservar su opinión; sin embargo, tampoco contradicen las nuestras. Hasta tanto, pues, que no se desautoricen nuestras explicaciones nos creemos autorizados á tenerlas por exactas.

No podemos en esta obra entrar en los pesados detalles que implica todo estudio etimológico, y esta vez ni siquiera podemos extractar nuestro trabajo.

Si ahora quisiéramos explicar como ahora se difundió la invención de los íberos por una vía fuera de la ordinaria, no tendríamos más que citar á M. Arbois de Jubainville, que los lleva de conquista en conquista hasta Ylliria por un lado, y hasta Irlanda por otro. Nosotros preferimos seguir el camino antes citado. Si no prospera la teoría ibérica, téngase por cierto que en su daño no prosperará otra alguna, en el sentido de atribuir á un pueblo particular la invención de los megalitos. Podrá quedar triunfante el modo de ver de M. Cazalis de Fondouce, y ya hemos dicho que nosotros no disentimos fundamentalmente de su modo de ver.

La invención de los dólmenes, en particular, no nos parece tan extraordinaria que no se hubiese podido ocurrir espontáneamente, no á uno, sino á todos los pueblos de la tierra, en determinado momento de su evolución.

Ocioso creemos entrar en la descripción de los dólmenes españoles, basta decir que presentan las mismas variedades típicas que los de Francia é Inglaterra; sin embargo, creemos que merece ser notado el *dólmen del barranco* de Espolla, que presenta exactamente el tipo de los dólmenes africanos, descritos por el general Faidherbe.

Como no puede negarse que las antigüedades megalitas de España distan mucho de haberse investigado con el afán y cuidado con que lo han sido en otros países, haremos notar que así como respeto de túmulos poco puede decirse, respeto de su existencia en los puntos en que abundan los dólmenes, en cambio para Valencia y Murcia tenemos reconocidos por el Sr. Vilanova y otros no pocos monumentos de esta clase con gran provecho de la prehistoria.

Respecto á crómlechs, los de Menorca merecen tanta estima como los de Bretaña y Cournoialles, incluso el celeberrimo de Stonehenge, con razón calificado como uno de los monumentos megalíticos más curiosos del mundo entero. Pues antes de su destrucción constaba de un pórtico circular de unos ochentiocho metros de diámetro, de un círculo de menhirs y dentro de este segundo círculo, de un ovoide compuesto de trilitos cuyos soportes, tallados de una manera irregular, tenían cerca de cuatro metros de alto por dos de ancho. A su vez los trilitos encerraban otro círculo elíptico, formado de menhires. Contábanse, pues cuatro círculos de grandes piedras, encerrados á su vez dentro otro círculo en forma de cuneta, los pilares y los dinteles del pórtico exterior, lo mismo que los trilitos, están unidos por medio de una espiga que se introduce dentro de la muesca del dintel.

Ahora bien, Enrique Martín y cuantos arqueólogos han estudiado esta clase de monumentos, todos están conformes en declararlos monumentos religiosos, esta es la opinión también del Marqués de Nadaillac, que nota que el pueblo ó pueblos constructores de crómlechs parece que, como los hebreos, no empleaban en sus santuarios más que la piedra.

No se crea ahora que todos los crómlechs conocidos tengan la complicación del de Stonehenge, no, el número de círculos varía siempre de uno á cuatro, y no siempre hay los círculos de trilitos. Esta última circunstancia es rarísima, de aquí la mayor importancia del santuario de Stonehenge.

En la isla de Menorca se llaman *altares* á los monumentos que en Inglaterra se llaman *blithes* «mesas», y que en puridad no son más que crómlechs encerrando en el centro una «mesa». Esta la forman dos grandes piedras, una puesta de pie que sostiene otra horizontal, dentro de la cual se introduce mediante la muesca que esta lleva.

La mesa de mayores dimensiones que conocemos es la de *Torrauba de Salort*, cuyo pie derecho tiene 3'70 metros de alto, por 2'40 de ancho, y 0'50 centímetros de grueso. La tabla tiene de largo 3'80 metros, siendo su mayor ancho el de 1'49 metros y su mayor grueso el de 0'79 centímetros. Respecto de este altar D. Rafael Blanco nos hizo saber que habiéndose hecho una excavación junto á su pie, á unos sesenta metros de profundidad, todavía no se había dado con el extremo de la piedra vertical, de modo que bien puede estimarse este de cinco metros de altura. Sin embargo, las dimensiones de estas mesas son muy variables, y

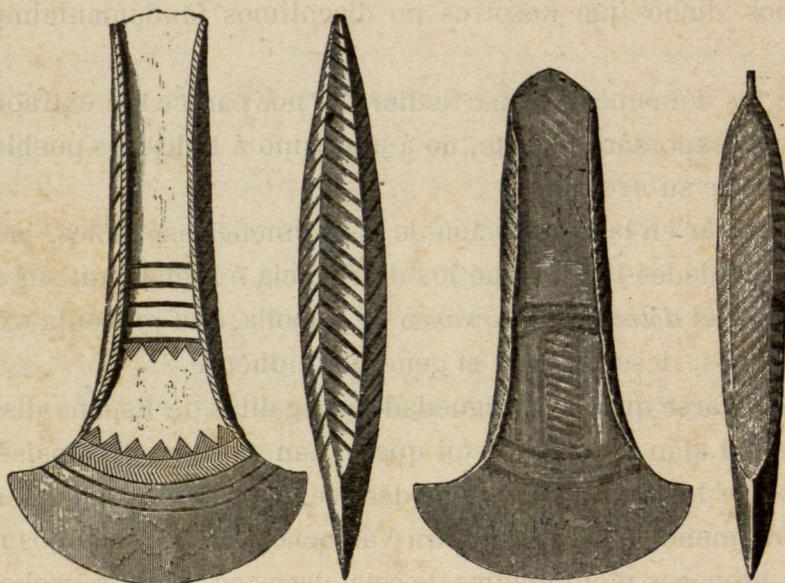


Fig. 46.—Celtas con reborde adornadas.

sus puntos extremos los señalan la dicha de *Torrauba* y la de *Santa Ponza* en el término de Ferrerías. Este tiene un pie derecho de sólo 0'80 centímetros de alto, por 0'60 de ancho y otro tanto de grueso: la tabla cuenta 1'50 metros de largo por 1'40 de ancho y 1'50 de grueso.

Hemos dicho que la mesa se presenta siempre encerrada dentro de un crómlech, y así es, en efecto, pues debe tenerse por seguro que allí donde la mesa se presenta aislada es que el crómlech ha sido destruído.

El crómlech mejor conservado de Menorca es el de *Telati de dalt*, este presenta en el centro de la mesa rodeada de un círculo de monólitos, menhires, de 20 metros de diámetro, de los cuales ocho están todavía en pie. A un metro de distancia de este círculo de menhires se desarrolla, circunvalándole, otro formado hoy día por un muro de dos hiladas, y de una altura variable de un metro á 1'30 centímetros. ¿Este muro circular era en lo antiguo más alto y tenía una puerta de entrada? Esto parece ser, pero no cabe asegurarlo.

Los crómlechs ó altares de Menorca acompañan siempre á los talayots.

Altares construídos lejos de todo talayot no conocemos ninguno, y si alguno por excepción existiera, no sería temerario tampoco declarar que ello se debe á haber sido destruído

el talayot. Se dirá, ¿qué relación puede existir entre el talayot y el altar? Para nosotros la respuesta es clara y fácil. La presencia del monumento religioso en cuestión, del altar neolítico, demuestra el antiguo hecho de que el dios penate es universal y común á todos los pueblos.

Si no fueran bastantes las circunstancias dichas de presentarse siempre el altar acompañando á un talayot ó grupo de talayots, si sus reducidas dimensiones no indicaran su naturaleza de una manera evidente, entendemos que el precioso altar de *Torre Gaumes* decidiría la cuestión. ¡Aquí si que la fantasía tiene ancho campo para poner en acción á los sacerdotes y sacerdotisas de los tiempos primitivos!

Ha progresado ya tanto en cultura y arte el pueblo menorquino que al recinto informe de *Telati de dalt*, al círculo de menhires y al muro de circunvalación, han sustituido una planta regular, arquitectónica. Esta es un cuadrado de unos doce metros de lado, formado de un muro que hoy alcanza en algunos puntos 2'74 metros de altura, y compuesto de grandes losas puestas de canto, unidas sin cemento alguno de más de metro y medio de ancho. Este muro á su mitad lleva un contrafuerte. Sobre este cuadro se levanta un abside de cuatro metros de diámetro en su centro, formando un segmento de círculo perfecto, con la particularidad de que el piso del ábside está más alto, formando un verdadero escalón, que el del resto del templo. En el centro de éste, no en el centro de la nave cuadrada, sino en el centro de ésta unida al ábside se levanta la mesa. La piedra vertical medio caída, aun está en su puesto, á su lado

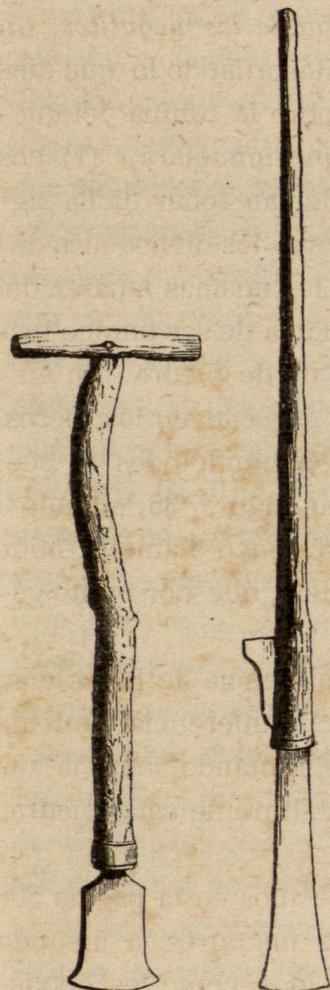


Fig. 47.—Palstaves de Islandia.

yace la tabla, que nos enseña su muesca formada esta vez en ala de milano. Tal es el templo de *Torre Gaumes*, porque aquí ya no es posible dudar sobre su significación, al cual se entra por una puerta de 2'10 metros de ancho por 2'60 de alto, cuyo dintel ha desaparecido, y á cuyo pie crece un espeso matorral que nos impidió ver si á la misma se llegaba por medio de una rampa ó de una escalinata dado el decline del terreno fuertemente pronunciado de aquel sitio.

Piérdese la imaginación en la estación arqueológica de Torre Gaumes, por la gran abundancia de ruinas de todas clases que presenta, talayots, crómlechs, dólmenes, etc.; y por la innegable importancia y trascendencia del altar de que acabamos de hablar, de modo que en nuestro sentir es el punto más á propósito para emprender el estudio de los monumentos neolíticos menorquinos. No entraremos ahora en el terreno conjetural, ni buscaremos en civilizaciones

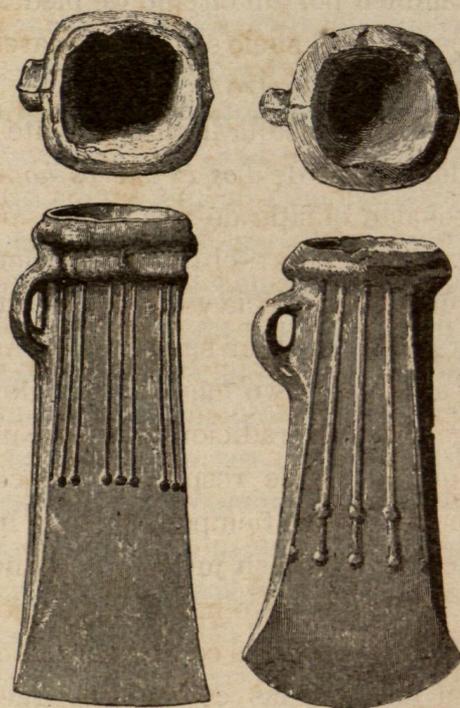


Fig. 48.—Hachas de cubo adornadas.

y cultos de otros pueblos explicación más ó menos satisfactoria de las ideas religiosas de los hombres neolíticos, pues el mutismo de tales edades no nos permite sentar el pie en firme.

Respecto de los menhires aislados ó de las ringleras de menhires en doble y á veces triple línea conduciendo, ora á una galería cubierta, ora á parte alguna, no es posible hablar á ciencia cierta de su significación. En nuestro estudio *sobre la lengua de los megalitos*, sin embargo, pretendimos levantar el tupido velo que cubría su pasado. Recordando lo que dice Aristóteles en su política, «que los Iberos, raza belicosa, plantaban sobre la tumba del guerrero, tantos piés derechos de hierro, cuantos fueran los enemigos que immolara;» (1) nos pareció que las líneas de menhirs que se hallan en muchos túmulos debían tener dicha significación, y la circunstancia de ser, en tiempo de Aristóteles, de hierro los dichos piés derechos y antes de piedra, nos dice, que las costumbres permanecían las mismas á pesar del progreso de los tiempos, pues claro está, que en la época del hierro había de ser mucho más fácil plantar un círculo de piés de hierro ó más en un túmulo, que no de piedra. Sin embargo, conviene saber que las costumbres que Aristóteles notó como especial de los iberos, los monumentos megalíticos nos prueban que fué universal, es decir, común á todos los pueblos que construyen tal clase de obras. En España el dólmen de Dilar, figura 36, situado á dos leguas de Granada, estaba enterrado bajo un montículo de tierra cuyo diámetro mide 23 metros, y lo limitaron con un círculo de piedras clavadas en el suelo, que por punto general tienen 80 centímetros de alto. (2)

El dólmen de Villalba Saserra, de la parroquia de Collsabadell, provincia de Barcelona, estaba enterrado igualmente dentro de un montículo de 31 metro de circunferencia, limitada también por un círculo de piedras.—Once están todavía en su puesto, brotando sobre la superficie del suelo sólo unos cuarenta centímetros.—En otros puntos la altura de estas piedras alcanza un metro y medio.

Esto resulta indirectamente comprobado por lo siguiente que leemos en la página 308 del tomo I de *Los Primeros hombres* del Marqués de Nadaillac, «los menhires, á menudo señalan el sitio de una tumba, pero también fueron á menudo levantados, como los obeliscos en Egipto,—el de Lockmarier tiene 22 metros de alto y pesa 250.000 kilogramos,—las columnas en Grecia y Roma, en testimonio de un suceso importante en la historia de un pueblo, y para perpetuar su memoria. Así en Escocia una piedra de esta clase recuerda la batalla de Larps, que tuvo lugar en el siglo XIII. En las Indias, preguntando el coronel Yule á un indígena por la tradición relativa á un pilar conocido con el nombre de *maus ami*, «ó piedra del juramento», le respondió que como quiera que dos pueblos estuvieran en guerra, desde hacía mucho tiempo, habiendo hecho las paces los habitantes elevaron aquella piedra como testimonio de su juramento de no volver á turbar jamás la paz pública.»

Hemos visto hasta aquí como el hombre neolítico al construir su morada terrenal ó eterna procura darle condiciones de seguridad y estabilidad que claramente acusan la rudeza de su tiempo y las costumbres guerreras ó depredatrices de los pueblos de aquella edad. Le hemos visto en las islas y costas elevar por moradas verdaderas torres, como las torres guardacostas de la edad media que aun se encuentran en todo el contorno del Mediterráneo; le hemos visto construir sus habitaciones agua adentro y no en la orilla cuando un lago les

(1) Traducción de J. B. Saint-Hilaire. París, 1848, Lib. IV, cap. II, párrafo VI, pág. 202.

(2) GÓNGORA.—*Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. Madrid, 1868, pág. 80.

ha brindado con el fácil trabajo de la pesca, de modo que una y otra vez hemos supuesto piratas y forbantes, gente marinera, sin haber dicho una sola palabra del arte de la navegación para tan remotos tiempos. Y en verdad que cuanto sobre sus orígenes puede decirse respecto á la edad neolítica no hay para que no ponerlo en la edad paleolítica, pues como quiera que las canoas que del fondo de los ríos y lagos se han sacado, y que á tan lejanos tiempos pueden referirse, no son más que troncos de árboles vaciados en parte, ya por medio de instrumentos cortantes, ya por el fuego, tal invento no hay para que negarlo al hombre de la edad paleolítica.

Así nosotros entendemos que el hombre supo desde luego lanzarse á través de un lago y á lo largo de un río, pues para ello no necesitó más que ver flotar arrastrados por una avenida, los árboles seculares por los ríos, y notar el formidable peso que podían sostener sin hundirse.

Canoas de la edad de piedra se han descubierto en número más que regular; los lagos de Suiza é Italia, y los grandes ríos nos habían guardado el testimonio de lo que era la navegación fluvial en los tiempos neolíticos. Los tipos encontrados hasta aquí no difieren gran cosa. Un semi-tronco de un gran árbol, vaciado en parte ó en su casi totalidad, pulimentada unas veces su cara exterior y otras no, esta es la regla general. Otras veces la lancha tiene más ó menos pronunciada la forma de una media luna, habiéndose aprovechado para darle este perfil el entero grueso de un árbol. Hasta hoy no se ha descubierto canoa alguna que presentase señal de árbol y, por consiguiente, que nos justifique la tesis que distinguidos arqueólogos sostienen de que no puede ser desconocida la vela dado que su invento no ofrece dificultad ni secreto alguno, y aún que esto es cierto, parece que se prescinde del natural temor que el hombre primitivo, tuvo que sentir siempre que tratase de fiarse al ímpetu de las fuerzas de la naturaleza, cuyo misterio no podía explicarse. Sin negar, pues, en redondo que el uso de las velas no date de la época paleolítica, no podemos menos que consignar nuestra negativa en punto á la naturaleza del velamen primitivo. Que el hombre neolítico ó paleolítico levantase un palo de quita y pon cargado con un trapo, estera, etc. para recoger el viento cuando este se presentaba favorable á su marcha, esto no lo negamos, al contrario lo admitimos: pero que el hombre neolítico y menos el paleolítico supieran valerse de la vela—y por lo tanto que sus embarcaciones tuvieran velas fijas,— como hoy lo hacen los diestros marineros del Mediterráneo, para ir á donde se les antojase sin necesidad de remo, esto nos parece aventurado. Sobre todo no puede ni debe afirmarse dado que no sólo las lanchas extraídas de los lagos de Ginebra, Neuchatel, Loch-Don en Escocia, del Rhin, Sena, etc., no dan indicio de ello, sino que todas cuantas representaciones tenemos de embarcaciones de remota antigüedad, las piedras grabadas de Håggebey é Ingelstrup—Zeelandia—y las más interesantes de Bohuslan, en cuyas rocas, como en la de Lökeberget hay representada una batalla naval, con ser de seguro de época posterior á la neolítica no sólo nos conservan los tipos primitivos en toda su pureza, sino que ni el menor rastro aparece del conocimiento de las velas.

Hase notado que las islas del Mediterráneo poseen instrumentos de piedra que por la naturaleza de esta prueban que han sido realmente importadas. De este hecho se concluye que el hombre neolítico conocía la navegación de altura; la conclusión nos parece poco meditada.

Que el hombre primitivo lanzara su rudimentario buque al mar, no nos parece atrevido:

tampoco nos lo parece la suposición de que en su auxilio siguiera la costa, y también de que se lanzara mar adentro hacia una isla, cuyo contorno con mayor ó menor fuerza se destacara en el horizonte natural. Al fin y al cabo sabía á donde iba al lanzarse al mar; no tenía necesidad de aguja ni de estrella que lo guiase, todo era cuestión de fuerza y de tiempo. Pero en el caso contrario, aun con el mar favorable, en el de que á tantas horas de marcha vieran la tierra cuando la marcha había de ser más larga que la de un día solar, no podemos admitir

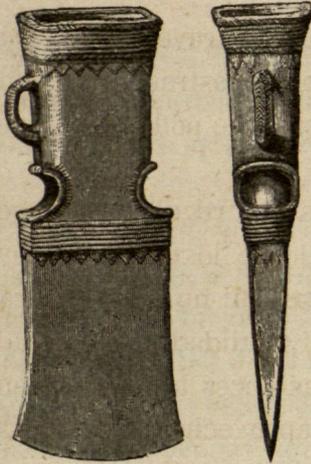


Fig. 49.—Hacha ó celta de cubo.

sino para casos excepcionales, como casos de arrojo, de necesidad, el que el hombre primitivo aguantase el mar de noche dentro de un tronco de árbol, y sin más auxilio que un mal remo de los que conocemos un ejemplar procedente de un lago de Italia. Por otra parte, ¿qué prueba el hecho de la importación de instrumentos de guerra y de trabajo fabricados con piedras desconocidas de tal ó cual isla, en pro de que la navegación de altura era practicada por el hombre neolítico? ¿Hoy día mismo, para no ir á buscar ejemplos más antiguos, no enviamos á los pueblos salvajes de Africa nuestros antiguos é inservibles fusiles de pistón? ¿Y que resultaría si un arqueólogo de los tiempos futuros llegase á descubrir un fusil enviado al Africa en 1885—de los de tal clase—si de ello dedujera la época de su envío? No; los pueblos fuertes no se dan prisa nunca en armar los pueblos débiles que siempre explotan hasta el último extremo. De la misma manera que ni Rusia cuida de armar sus súbditos de la frontera asiática meridional de buenos remingtones, ni Francia manda sus chasapots al Congo para facilitar la obra civilizadora de Brazza, pues con dotar á dichos pueblos de un armamento inferior, se está en el caso de poderlos dominar más fácilmente en caso de revuelta, de la misma manera creemos nosotros que en los tiempos primitivos, se enviaban por los pueblos del continente europeo armas de piedra, cuando ya se conocían las de metal. Que esto sea un punto opinable es lo que nosotros no podemos admitir, pues, de conceder tal posibilidad no habría para que negar que el hombre neolítico no conociera



Fig. 50.—Hacha de piedra de Montezuma II.

con toda extensión el arte del tejedor, es decir, que hubiese inventado ya el arte de hilar fibras vegetales, y luego el arte de tejerlas.

De tejidos de antiquísima época tenemos ejemplares

notables, pero de tejidos que con alguna seguridad puedan referirse á la edad neolítica no tenemos ni uno sólo. Dejando, pues, aquí sentada la posibilidad de que existiera arte tan interesante, pasemos adelante, que ya volveremos luego sobre este punto.

Si ahora tratamos de darnos una idea del lujo alcanzado por el hombre primitivo, el recuerdo de sus arquitectónicas moradas nos dará desde luego el convencimiento, de que estamos ya muy lejos del lujo del hombre salvaje propiamente dicho. Precisamente lo que más caracteriza el lujo de un pueblo, y la cultura de un hombre, es la vivienda doméstica. Los placeres domésticos, la vida doméstica, se cumple, se realiza tanto más fácilmente cuantas mayores son las comodidades de la casa, y en su aseo, adorno, amueblamiento, se ve siempre

retratada la armonía, dulzura y sentimientos de los que la habitan. Esto que es verdad para los pueblos modernos, es igualmente verdad para todos los pueblos de nuestro Mundo-Tierra á través del tiempo y del espacio.

¡Decorar la casa! A este problema dió solución el hombre neolítico como puede verse en las grutas ya mencionadas del valle de la Marne—Francia.—Como elemento de exornación vemos que el hombre esculpe en las paredes de su casa sus armas y también su propia figura. Así en la gruta de Coizard es el tipo de una mujer el que se ha puesto allí de medio relieve. Su dibujo es naturalmente muy incorrecto, pero el tipo representado es noble. La nariz es muy proeminente, los labios abultados, los ojos rasgados, el seno muy desarrollado, los miembros inferiores no están acusados. De su cuello pende un collar del cual cuelga un objeto que no es posible determinar. En otra gruta, en la de Courjounet, la imagen representada es la mujer con cabeza de pájaro. ¿Qué significa esto?

El baron de Baye ve en estas imagenes las de dioses lares. Y el Marqués de Nadaillac nota que esa cabeza de mochuelo aparece en Santorin y Troya, y dice que en ello hay un hecho étnico curioso de observar. Que el hecho sea curioso no cabe duda, pero que sea étnico, he aquí un error que importa destruir. Dicho se está que con la palabra étnico quiere indicar el Marqués una relación de íntimo parentesco entre el pueblo de las grutas de Petit Morin, y el constructor de la Troya prehistórica, pero, ¿porqué no ha de haber una relación étnica en el pueblo egipcio, que casi por excepción representaba sus dioses con cabeza humana? ¿Y por que nó, con asirios y babilonios y fenicios y demás pueblos del Asia menor? Si el Marqués de Nadaillac hubiese procurado formar concepto sobre el origen de tales divinidades, hubiese desde luego notado que si los pueblos salvajes de las cinco partes del mundo creen en la posibilidad, unos de volverse los hombres determinadas clases de bestias, ó estas hombres, otros tienen dioses mitad hombres y animales, que el hecho de ser étnico lo es no para un pueblo ó conjunto de pueblos (raza), sino para la especie humana, único caso en que estaría bien empleada dicha expresión.

Y en verdad que para formar concepto basta la lectura del capítulo XXII de los *Principios de Sociología*, de H. Spencer, que es el que trata del culto de los animales, pues el eminente sociólogo presenta para toda la redondez de la tierra, así para hoy como para los tiempos antiguos, excepción de los prehistóricos, que no sabemos porque razón olvida casi siempre, tan gran número de hechos, que no es posible contradecir en redondo su opinión

Y en verdad que para formar concepto basta la lectura del capítulo XXII de los *Principios de Sociología*, de H. Spencer, que es el que trata del culto de los animales, pues el eminente sociólogo presenta para toda la redondez de la tierra, así para hoy como para los tiempos antiguos, excepción de los prehistóricos, que no sabemos porque razón olvida casi siempre, tan gran número de hechos, que no es posible contradecir en redondo su opinión

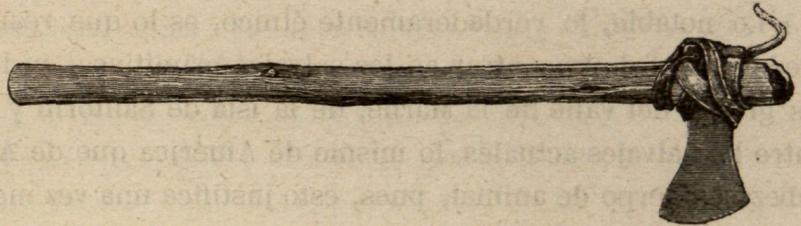


Fig. 51.—Hacha de los indios Aymaras.

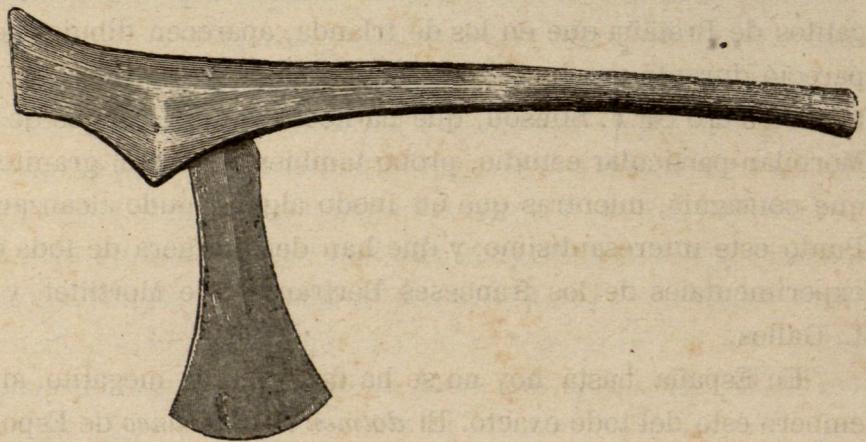


Fig. 52.—Hacha africana moderna de hierro.

sobre el origen de tal clase de divinidades. Poniendo éste ya en las maravillosas transformaciones de ciertos animales, pues, es de toda exactitud «que las diferencias que separan una larva de una mosca, un huevo de un pájaro, un renacuajo de una rana, son más grandes que las que distinguen un niño de un perrito ó un hombre de un toro;» ya, en el uso del lenguaje metafórico, que, es innegable da una explicación racional de un hecho que antes los mitólogos explicaban de una manera imperfecta.

Lo notable, lo verdaderamente étnico, es lo que resulta de comparar hechos tan notables como el de encontrar en los salvajes primitivos, en los salvajes neolíticos europeos de las grutas del valle de la Marne, de la isla de Santorin y de la anti-homérica Troya, como entre los salvajes actuales, lo mismo de América que de Asia, Africa ó Polinesia, dioses con cabeza ó cuerpo de animal, pues, esto justifica una vez más el génesis de las ideas y creencias humanas, tal cual lo apunta el gran filósofo inglés. Y por último, una vez más queda justificado el método por él seguido de explicar el estado primitivo humano, por el que hoy presentan los pueblos salvajes de la tierra.

Esto dicho, y dado este nuevo ejemplo en favor de las creencias primitivas del hombre neolítico, que ya por su repetición y significación nos permite asegurar que el hombre de la piedra pulimentada creía en Dios ó en los dioses, volvamos á esas claras manifestaciones de su gusto por las obras del arte, que nos han de revelar sus innatas ó ya adquiridas—dejando á un lado los orígenes—tendencias del lujo.

Hemos hablado de los adornos de las grutas de Petit-Morin, pero no conviene dejar que se divulge la creencia de no existir otro género de decoraciones que los citados, ni otros monumentos que los de esta clase, fuera de los del valle de la Marne. No; lo mismo en los megalitos de Bretaña que en los de Irlanda, aparecen dibujos geométricos, grabados, cuya talla pareció durante mucho tiempo que no había de ser posible sino mediante instrumentos de bronce. Pero Sir J. Simson, que ha hecho de los dibujos de los megalitos de Escocia y de Morbilan particular estudio, probó también grabar el granito con instrumentos de sílice, lo que consiguió, mientras que en modo alguno pudo alcanzarlo con herramientas de bronce. Punto este interesantísimo, y que han dejado fuera de toda contestación posible los trabajos experimentales de los franceses Bertrand y de Mortillet, y los ingleses Davy, de Cussé y L. Galles.

En España hasta hoy no se ha descubierto megalito alguno esculpido. Tal vez no sea empero esto del todo exacto. El *dólmen del barranco* de Espolla, que hemos mencionado por reproducir su configuración la del dólmen africano, trae unos dibujos compuestos de un círculo ú óvalo con sus diámetros ó ejes trazados, y uno de ellos prolongado remontando en una cruz, ora dos círculos ú óvalos unidos por uno de sus diámetros ó ejes, ora una serie de círculos ú óvalos atravesados todos por uno de sus diámetros ó ejes, etc. Pero como quiera que en la tabla ó cubierta hay grabada la inscripción siguiente: «Roca 1750 ó 1780», no nos hemos decidido por lo primero, pues, también podrían deberse al Roca, que quien sabe si al grabar allí su nombre no le dejó en testimonio de haber registrado dicho dólmen.

Tenemos en cambio una rica colección de dibujos en la *cueva de los letreros*, situada á kilómetro y medio de Velez Rubio, en la provincia de Almería, y que reproduce en su obra—figuras 81 á 87—el Sr. Góngora. De esta cueva dice dicho señor que «el suelo estuvo á sí mismo escrito, y créese notar en él vestigios de caracteres. El hombre los ha gastado

con el piso, lo mismo que los signos de las paredes que estaban al alcance de su mano.» (1)

No son estos los únicos dibujos recogidos por el Sr. Góngora. En Fuencaliente, «cerca de una legua al oriente de la villa en un estribo de la sierra de Quintana, y sitio de *Piedra escrita*—cargando el acento sobre la última sílaba—hay un lugar casi inaccesible, habitación de fieras y cabras montesas. Pasando el río de los Batanes y el de las Piedras, mirando á la parte hácia donde se pone el Sol y á la villa, se corta á pico de espiochas con arte y maestría en remotísima edad la falda del peñasco y sierra, que es de pedernal fino, dejando una fachada ó frontispicio de seis varas de alto y otras tantas de ancho, y abriendo allí dos cuevas que entran por ancho y acaban en punta, ó sea dos nichos triangulares pulimentados en sus cuatro caras. En las dos frentes exteriores de izquierda y derecha aparecen más de sesenta símbolos ó geroglíficos escritos con modo rústico y sensible por el dedo índice de cada mano y con tinta rúbrica bituminosa. Los nichos, como de vara y media de altura, una de profundidad y media en la boca, están cubiertos por la durísima é inmensa piedra de la montaña. Forman como un átrio ó esplanada delante del monumento, y defiende un valladar hecho con los peñascos que se arrancaron de allí, robustecido por enebros, quejigos, y alcornoques. La media Luna y el Sol, una segur, un arco y flechas, una espiga y un corazón, un árbol y dos figuras humanas, y una cabeza con corona se destacan entre aquellos signos, albores de escritura primitiva»..... «cómo á un cuarto de legua al cierzo de este sitio, está el que llaman *la Batanera*, donde en espantosa catarata se despeña de espantosa altura el río de los batanes. A su orilla izquierda irguese otro peñasco vivo, cortado por arte, formando cara hacia la parte del cierzo de cinco varas y media de alto por tres de ancho, también con signos y geroglíficos en tinta rúbrica, pero hallándose al descubierto los ha borrado el agua en no pequeña parte»... «A veinte pasos río á bajo en un peñasco se vieron estos signos—figura 77.....»—«y como á diez pasos, hay sobre el río otra peña cortada formando un plano de dos varas y en él estos otros geroglíficos»—figura 78.—

De todas las inscripciones citadas excepción hecha de las de Velez Rubio cuyo descubrimiento se debe al Sr. Góngora, dióse esta noticia, tomándola de otra que desde Montoro y á 24 de Setiembre de 1783 dedicó D. Fernando Lopez de Cárdenas al Conde de Floridablanca. El Sr. Góngora no comprobó los dibujos en cuestión, de modo que su exactitud puede ponerse en duda, y todavía se puede dudar más de ella cuando se comparan con los dibujos de la *cueva de los letreros* recogidos directamente por dicho señor. Sin embargo, dice D. Manuel de Góngora que, «su casual descubrimiento ha venido á aumentar la satisfacción que legalmente me corresponde al sacar á luz los del doctor Cárdenas, y los de Sr. Fernandez Guerra. (2)

«Este descubrimiento es exclusivamente mío, saco airosos los dibujos de Cárdenas y me proporciona la gloria de ser el primero en España que da á conocer una escritura prehistórica enteramente nueva y desconocida».

Todo lo copiado puede leerse en las páginas 64 y 70 del libro de dicho señor, quién remata lo copiado, preguntando:—«¿tienen alguna analogía»,—los letreros copiados—«con ciertos caracteres de los monumentos púnicos publicados por Creuzer?» (XXIII, 119).

Copiadas estas últimas palabras ya no se extrañará que el Sr. Góngora escriba tan ofus-

(1) GÓNGORA.—*Antigüedades prehistóricas* de Andalucía, etc., pág. 71 y 72.

(2) No hacemos mención de los dibujos del Sr. Fernandez Guerra,—figuras 65 y 66—porque su trazado, rigurosamente geométrico, y un tanto cabalístico—si no un mucho—les quita antigüedad.

cado y que explique las inscripciones de Cárdenas por las suyas de la *cueva de los letreros*, pues, con ser cierto como lo es, que en los dibujos de Cárdenas hay todo lo que dicho Sr. Góngora ha indicado y aun algo más, pues, en la figura 70 se puede señalar un camello, en las 70 y 71 reptiles de cinco, siete y ocho pies; en la de 72 una cruz, en la de 73 tal vez una araña, en la de 74 un árbol, un buque,—primitivo—etc., etc.; en cambio la mejor voluntad del mundo, como no obre de una manera preocupada, no verá en los dibujos de la cueva de los letreros signo alguno que corresponda con los de Cárdenas, ni por su forma, ni por la manera como unos y otros aparecen trazados y manchados.

Tienen los de Cárdenas, preciso es confesarlo, algo que á primera vista pueden despertar la idea de una inscripción, en cambio los de la *cueva de los letreros*, solo podían despertar en quien su disposición de ánimo le llevaba ya á comparar unos y otros con inscripciones púnicas.

Nosotros decimos con Sir J. Lubbock. «Que es más que probable que durante la edad de piedra raza alguna de hombres no inventó el arte de comunicar los hechos por medio de la escritura (1) y con el Marqués de Nadaillac, «que descubrimiento alguno realizado hasta hoy

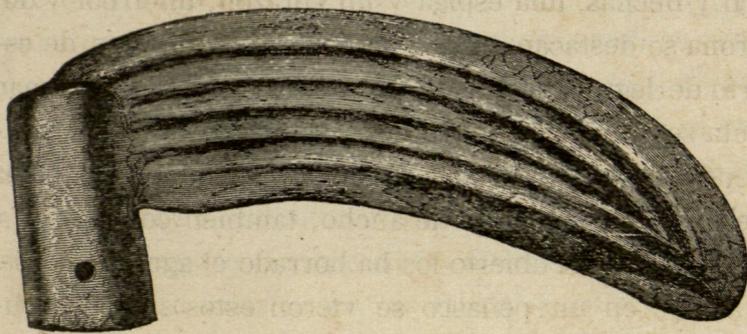


Fig. 53.—Hoz.

nos permite hacer remontar, lo mismo para nuestras regiones, que para cualquiera otra del globo, el descubrimiento de signos simbólicos á manera de escritura para los tiempos que historiamos». (2)

Lo que debe, pues, verse en la *cueva de los letreros* es puramente un dibujo, una obra de una fantasía infantil y de una mano inex-

perta. Así y todo su importancia es extraordinaria porque á nadie se oculta el progreso realizado por una sociedad que ya sabe dibujar, ¿pues, qué serían las artes del lujo sin el dibujo?

Donde este progreso artístico-industrial de las artes del lujo en tiempos del hombre neolítico se puede comprobar de una manera más acabada y sin dejar lugar á dudas, es en la cerámica y en la talla de sus armas y herramientas.

Ya el nombre de edad de la piedra pulimentada con que se conoce este periodo de la vida humana, indica por sí sólo el progreso realizado por el hombre. Ya este no se contenta con los cascós de sílice y pedernal que para su especial configuración puede convenir á su intento; ya no labra sus armas dándole una forma dudosa, ni las deja á medio hacer, sino que las corta con arte, con arte no sólo por el oficio que han de llenar, sino que les dá líneas parabólicas bien trazadas, tan bien trazadas que mejor no puede hacerlo hoy el más hábil geómetra, diríase que dominaba la geometría, sin embargo, es lo cierto que á ello sólo llegaban por ese sentido íntimo, estético, que revela al hombre el sentido de la belleza de las líneas y de las formas, aun cuando no esté en el caso de discernirlas ni explicarlas. Más aun, en el período anterior las hachas, los martillos, cualquiera que fuera su forma no podían armarse con su mango sino atándolas, en la época neolítica ya sabía el hombre horadarlas, y

(1) J. LUBBOCK.—*Los orígenes de la Civilisation*, traducidos por Ed. Barbier,—Paris, 1881.—Pág. 42.

(2) NADAILLAC.—*Les premiers hommes*, etc. Tomo I, pág. 343.

esto hacia con tanto arte y precisión que durante mucho tiempo ha creído que tales hachas pertenecían á la edad de bronce, pues no se creía que con otras piedras, ó con el auxilio de los huesos de ciertos animales, pudiese el hombre abrir tales agujeros, pero como ya lo hemos dicho á propósito de otra clase de obras de esta edad, el sabio moderno, cansado de discutir, se ha propuesto realizar las mismas obras con los mismos procedimientos primitivos, pues hoy, lo mismo en ciencias naturales, que en arqueología, no se cree sino lo que se toca.

Así los señores Forel, Morel-Fatio, Keller, doctor Clemente y otros, han labrado hachas en un todo iguales á las de la edad de piedra, para probar que á la edad neolítica pueden referirse con toda seguridad los que en gran número se descubren de esta clase en toda Europa, bien que hasta hoy sean rarísimas en España, y si este estado de cosas continuara y se hiciera definitivo, esto solo probaría que la civilización no progresa en España al par de lo que adelantaba en el centro de Europa, es decir, que el hombre neolítico español estaba más atrasado que el francés, el alemán, el suizo, etc.; hecho importantísimo, que viniera á probar plenamente lo que antes hemos dicho á propósito de la cerámica paleolítica.

Pues hemos hablado varias veces de los trabajos experimentales de los prehistóricos contemporáneos, veamos como se las había de arreglar un obrero neolítico para labrar las armas y herramientas que en Dinamarca y Suecia alcanzan una perfección prodigiosa, pues el régimen del trabajo será siempre indicio seguro para conocer las tendencias de una sociedad para el lujo, y los medios que esta tiene para su fomento.

El obrero neolítico, dice Morel-Fatio, luego de haber escogido un pedazo de piedra dura, eurita, diorita, syenita, etc. de dimensiones convenientes, trazaba dos ranuras paralelas de algunos milímetros de profundidad. Una vez terminadas bastaba un golpe más hábil que enérgico para acabar la sección. Con ello tenía un rudimento de la hacha futura con su forma prolongada. Dos procedimientos pudieron seguirse para abrir las ranuras. M. Morlat emplea al efecto un sílice fijo al extremo de una baqueta que se articula por el otro extremo con una rama de árbol, el sílice enmangado de esta suerte, se pasea con la mano con un movimiento de vaiven regular, por la superficie de la piedra, hasta que acaba por trazar una ranura más profunda en el centro que en los extremos, cuyas estriás paralelas son cóncavas, en la parte superior. El segundo procedimiento al que dan la preferencia los señores Forel padre é hijo, consiste en el empleo de una planchita de madera tierna, pero que resulta que muerde gracias á la adición de arena cuarzosa húmeda que se vierte en la ranura durante el movimiento de aserrar que se imprime á la planchita. La ranura que por este procedimiento se obtiene, tiene un carácter muy distinto que la precedente: sus estriás son paralelas y rectas, el centro es menos hondo que sus extremos. M. Morel-Fatio cree que en la edad neolítica se siguieron entrambos procedimientos, que, como se ve, no tienen nada de rebuscados, y esto lo deduce del trabajo de las hachas suizas, es decir, de la mayor ó menor limpieza de sus aristas,

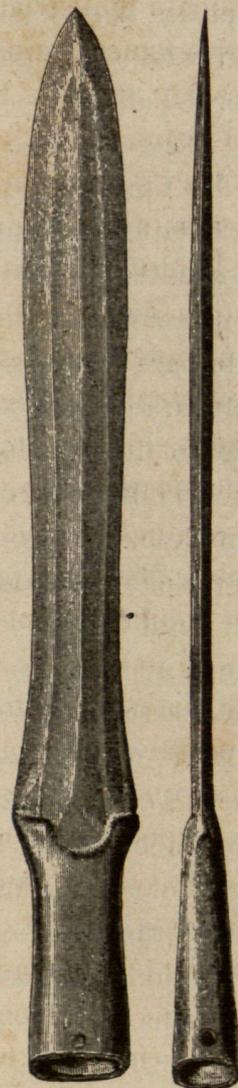


Fig 54.—Cuchillo.

de suerte que tan pronto vemos al hombre en el trabajo, ya le vemos en competencia perfeccionando los medios manuales y mecánicos.

Lo que esto significa para la historia del lujo, no hay para que encarecerlo. M. Forel cree exacto también lo dicho por Morel-Fatio, y por consiguiente la presencia de dos procedimientos industriales que dan por resultado el labrado de hachas más ó menos bien cortadas, finas y elegantes: en esto se nos muestra el lujo buscando aquellas de más elegante y apropiada forma y talla, y dejando al común de las gentes las de menor arte y gusto. El procedimiento industrial, pues, aparece desde luego, y desde los remotísimos tiempos de la edad neolítica fomentando el lujo, fomentando el arte, fomentando la perfección del trabajo. Pero aún esto lo veremos más claro al terminar la relación que hemos emprendido siguiendo á Morel-Fatio.

Dice este, que luego de haber separado el morrillo de sus dos partes laterales por medio de las ranuras y del martillo, se desbastaba la hacha de piedra dándole con el martillo hasta darle la forma definitiva, dejando á un lado el pulimento. El doctor Climent de Saint-Aubin, ha estudiado especialmente este punto de la técnica, y en su bella colección poseía una serie muy completa de martillos discoides en feldespató compacto que indudablemente habían servido para tal trabajo.

Para el horadamiento se utilizaba un cuerpo cilíndrico y hueco sometido á un movimiento de rotación, lo que está demostrado, lo mismo por la presencia del cono ó por el núcleo cilíndrico que se encuentra en todas las hachas cuya perforación no ha terminado por completo, así como por las estrias circulares y paralelas fáciles de distinguir en las paredes de un agujero completo.

Aquí lo que por mucho tiempo se ha creído es, que era necesario para abrir el agujero que la materia que atacase á la piedra fuera de una gran dureza, y así se decía que para ello era necesario un cilindro de cobre, bronce ó madera, armado con una punta de sílice, en una palabra, que se necesitaba un cuerpo muy duro. Ahora bien, el doctor Keller ha demostrado que un cuerpo más blando que todos los que acabamos de citar realizaba perfectamente, y aún mejor al fin, la dicha operación, con tal que se tenga cuidado de darle mordientes por medio de la adición de arena de cuarzo humedecida con agua, que hay que verter en el agujero durante el movimiento de rotación que se imprime al taladro, bastando á este fin el movimiento de las manos, aún cuando también puede emplearse la ballesta. Al efecto, el doctor Keller ha empleado huesos huecos de cabra y de carnero, y también cuernos de buey cortados en forma cilíndrica, que es lo que ha dado mejores resultados. Pero los señores Forel han utilizado en sus experimentos con completo éxito un taladro todavía más primitivo, empleando al efecto un cilindro de sauco con médula, que no requiere para ser empleado preparación alguna. Ahora bien, con este taladro ha logrado abrir en una hacha de diorita un agujero de dieciseis milímetros de profundidad en veinticinco horas de trabajo.—He aquí también desvanecida otra idea muy difundida, la del largo trabajo necesario para labrar las armas y útiles de la edad de piedra.

En fin, la rara perfección de todas las clases de armas y útiles de la edad neolítica, la elegancia de su cacharrería, sus arquitectónicas habitaciones, su agricultura, indican, un pueblo que vive ya en los albores de las artes y de la ciencia, en plena ciudad sedentaria, y por consiguiente en una edad en que habían de sentirse todos los placeres y todas las privaciones ó dolores que ocasiona el lujo. Pero otra clase de hallazgos de que hemos hecho ya

mención, y en los que importa al fin de nuestro trabajo detenernos un tanto, desvanecerán toda duda si alguien aún la tuviera acerca del carácter de la sociedad primitiva humana, y nos proporcionara nuevos datos para formar concepto de la naturaleza del lujo y de sus fuentes en la edad neolítica.

Hemos dicho más arriba que las estaciones lacustres nos han conservado muestras de los cereales conocidos y cultivados cuando ménos á últimos de la edad de la piedra pulimentada. Esos cereales son el trigo, el centeno y la cebada. Respecto de esos cereales observa M. de Mortillet, que no tienen antecesores entre nosotros. Nuestras gramíneas salvajes, que han sido estudiadas con toda detención, que nos son perfectamente conocidas, ninguna de ellas puede referirse al trigo, al centeno ó á la cebada. «Verdad es que se ignoran las formas antecesorales de sus tres cereales, sin embargo, los botanistas están en general de acuerdo para hacerlos venir del Cáucaso. Un hecho cierto, que milita en favor de esta opinión es que los cereales citados, cuando han sido cultivados en nuestros campos dejan á veces descendientes esporádicos y espontáneos, pero muy pronto desaparecen, á los dos años no existe uno de ellos. Por lo contrario en el Cáucaso, estos individuos esporádicos y espontáneos escapados del cultivo, se perpetúan á veces durante muchos años á más de ser generalmente frecuentes, eso prueba que estamos muy cerca del lugar de su origen, caso que no sea el indicado.

«Con el trigo, cebada y centeno, aparece también una planta textil de la que hacía gran uso el pueblo neolítico, el lino. Esta planta nos es de las más útiles para determinar con seguridad el punto de partida del último período de la civilización de la edad neolítica, la época *robenhausiana*.

«Esta civilización nos viene del noreste de Asia, pues, en China conocían el cáñamo planta textil mucho más ventajosa que el lino; ahora bien, el cáñamo es desconocida en Europa occidental durante toda la edad de piedra.

«El lino estaba también muy difundido en el antiguo Egipto é igualmente con exclusión del cáñamo. Podriase deducir tal vez de ello que la civilización que estudiamos ha venido de Egipto ó por lo menos del sudoeste de Asia. Para que se conozca el poco fundamento de esta versión basta recordar lo que pasa con los animales domésticos.»

Hemos visto que desde el principio de la edad de la piedra pulimentada, época de la gran invención robenhausiana según M. Mortillet, se conocía el caballo, y el caballo como hemos indicado lejos de ser originario de Egipto fué importado á ese país á primeros del siglo XVIII antes de nueva era. «El primer équido doméstico de Egipto fué el asno, animal de origen africano. Ahora bien, el asno no se encuentra en parte alguna de Europa durante la edad de piedra. Esta falta del asno, animal utilísimo que vive perfectamente en nuestros climas, es también una prueba de que la civilización de la primera grande emigración europea no venía en modo alguno del sudoeste de Asia que contiene en estado salvaje équidos que se refieren al asno, como el onagro que habita á la orilla del Indus, y se extiende hasta el sur de Persia, y el hemirno de la alta Asia y de la Mongolia.»

De donde deduce el sabio arqueólogo que todo ello, es decir, invasión humana de cereales, plantas textiles y animales, nos ha venido de Asia menor, del Cáucaso, y no de otra parte alguna, sin que se pueda afirmar si por mar, ó por tierra,» pero lo que sí es cierto en uno y otro caso es, que nos llegó por la cuenca marítima del Mediterráneo.» (1)

(1) *Materiaux pour l'histoire primitive et naturelle de l'Homme*, etc. Tomo X.—Toulouse, 1879.—Págs. 231 y 232.

Al ir á finalizar la edad paleolítica hemos visto surgir una discusión de índole igual á la que provocan los grandes hechos realizados por el hombre en el último tercio de la edad

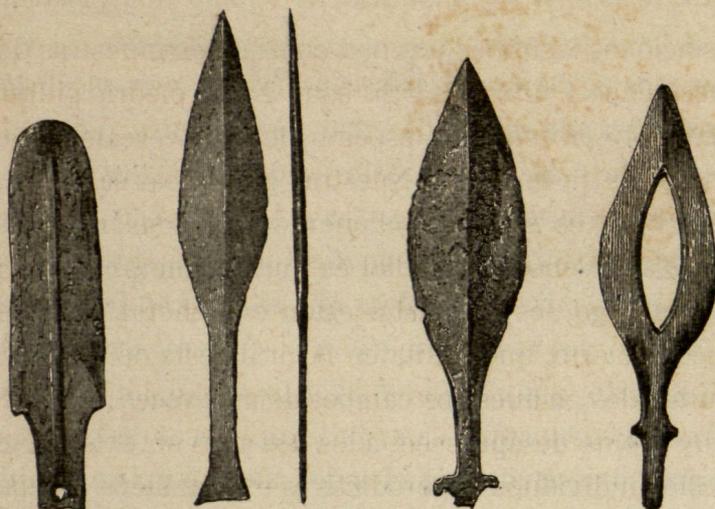


Fig. 55.—Cuchillos de hoja lanceolada.

neolítica. Con razón dice M. de Mortillet, que los cereales en cuestión, trigo, centeno y cebada, han sido importados, ¿pero se sigue de aquí como corolario, que con dichos cereales vinieran á Europa tales ó cuales pueblos?

No hay más que abrir el libro de M. de Candolle sobre el origen de las plantas cultivadas en Europa, para ver como el comercio y el aire transportan las semillas útiles, con mayor facilidad que los pueblos invasores. Nosotros creemos tan errada

la opinión del señor Mortillet, como errada estimarían los arqueólogos futuros la de cualquier sabio que sostuviera que los americanos invadieron á Europa durante el siglo xvi

y xvii de Cristo, sólo porque pudieron probar que durante dichos siglos, se cultivaba el tabaco en España, Francia, etc.; siempre se olvida en estas discusiones el factor principal que es el de las relaciones humanas.



Fig. 56.—Hoja de puñal.

El hombre existe por y para el hombre. El hombre no puede vivir aislado. No se basta á sí mismo. Podrá necesitar de solo una sociedad reducidísima en los primeros tiempos de su desenvolvimiento, pero ya hemos visto que esta se extiende sin que él lo sepa, ni puede impedirlo por ser el cumplimiento de una ley de la naturaleza humana. De la misma manera que el tronco de un árbol no puede impedir que de él se desgajen aquellas ramas útiles para formar nuevos troncos, así el tronco de una familia no puede retener aquellos de sus retoños capaces de formar nuevas familias, y de extender los lindes de la sociedad humana. Entendemos, pues, que el comercio social, que el trabajo social, primera forma del comercio, existe desde el momento en que dos familias se encuentran y ponen en contacto, así sean tribus errantes ó sedentarias. Si, pues, europeos y asiáticos han estado siempre en contacto, pues ni los Urales ni el Cáucaso han podido cerrar jamás las fronteras, fronteras políticas; si aún cuando esto no fuera, lo mismo los Dardanelos que el estrecho de Gibraltar brindaban á una comunicación entre europeos, asiáticos y africanos, ¿por qué admitir sin pruebas de ninguna clase invasiones y pueblos asiáticos y africanos cuando tan natural es suponer la propagación de las plantas, animales domésticos, é invenciones útiles, á las relaciones de

los pueblos mediterráneos de una y otra orilla? Esta y otras confusiones nacen, á pesar de la contradicción en que están por su principio con la prehistoria, por la virtualidad de la doc-

trina monogenista, que germina aun entre aquellos que dudan de ella, y luego por la poltrona teoría antigua de la emigración, como consecuencia necesaria de la patria única del hombre, á pesar de la confusión de tales teorías y de los diarios mentís que le dan la misma filología, que tanto ha contribuído á darles valor científico.

Nosotros creemos que nada hay en la edad de piedra ni en ninguno de sus grandes períodos que indique, de una manera ya no clara sino simplemente admisible, el progreso humano como resultado de la propagación de un centro único de cultura; pues, hemos visto que todos los pueblos de la tierra saben hacer de una piedra ó de un palo una arma y un útil, y no sólo lo hemos visto, sino que la sencillez de los procedimientos empleados para perfeccionar estas armas y útiles primitivos, nos han convencido que el progreso científico se realiza gradualmente y no por saltos, y luego que de ellos podían ser igualmente inventores todos los pueblos de la tierra. ¿Ha sido siempre así para toda clase de inventos? Mas claro, ¿el paso de la edad de piedra á la edad de los metales tiene la misma significación, ó es la obra de uno ó de un corto número de pueblos de la tierra?

Al hablar de las estaciones lacustres de los lagos suizos y de otras naciones, hemos dicho que nos habian guardado elementos bastantes para determinar de una manera rigurosa el grado superior de desenvolvimiento alcanzado por el hombre durante las edades poleolítica y neolítica, pero de seguro que nuestros lectores, aquellos que por lo menos no estén al corriente de los progresos históricos de nuestro siglo, creyeron

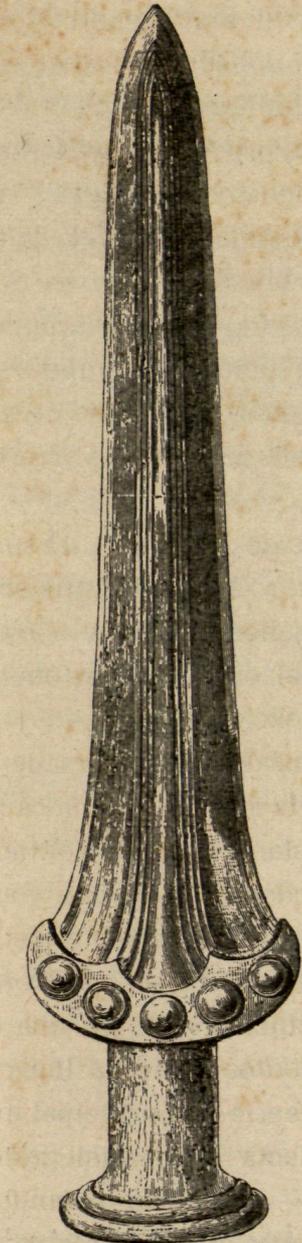


Fig. 57.—Puñal con mango de marfil.

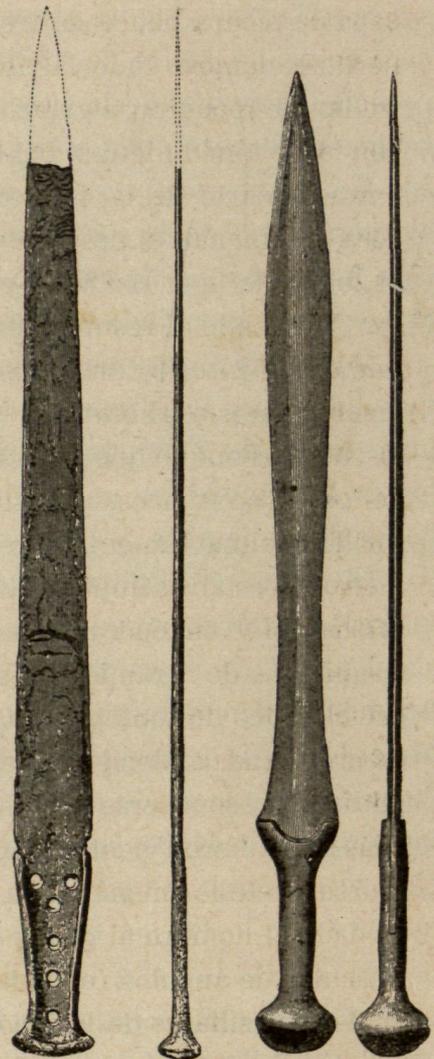


Fig. 58.—Espadas en forma de hoja.

que las estaciones lacustres habían de ser para la antigüedad prehistórica lo que Herculano y Pompeya para la antigüedad clásica. La verdad es que desde los descubrimientos del lago de Robenhausen todo fué suspirar por el descubrimiento de una ciudad prehistórica continental.

¿Pero en dónde buscarla? La casualidad madre de tantas y de tan grandes cosas sólo podía señalarnos el rastro de lo que buscamos. Pues bien, la casualidad, que hizo descubrir á Herculano, la casualidad, que puso en descubierto las estaciones lacustres del lago de Zurich, la casualidad, nos ha dado un Herculano y una Pompeya prehistórica.

Los grandes trabajos de apertura del canal de Suez exigían enormes cantidades de puzolana para los morteros hidráulicos, los ingenieros indicaron como el lugar más conveniente para su extracción, por su mayor proximidad á la costa africana, «las tres pequeñas islas de Thera, Theraria y Aspronini, que forman un recinto casi completo al rededor de la bahía de Santorin, y que en su mayor parte están formadas por materias volcánicas.»—«Todas esas materias son producto de innumerables erupciones y presentan ora la sustancia en fusión que el volcán derramó en diversas épocas, ora los materiales que proyectó en cada una de sus explosiones. La boca central presupónese que estaría en el punto centro de la bahía, suponiéndose que allí existiera una montaña cónica, de seis á ochocientos metros de altura; hoy la sonda revela un fondo de cuatrocientos metros, un hundimiento súbito abrió dicho abismo, y las explosiones formidables que siguieron produjeron la proyección de inmensas cantidades de piedra ponce. Las tres islas citadas son resto del antiguo cono central, y una capa de piedra ponce de treinta á cuarenta metros de espesor, se extiende sobre toda la superficie, demostrando la violencia de un cataclismo del cual no guardan ni la historia ni la tradición recuerdo alguno.» La capa de treinta á cuarenta metros nos indica, comparándola con la de cinco metros, cuatro de piedra ponce y uno de cenizas que sepultó á Pompeya, lo extraordinario de la catástrofe de Santorin, pero bueno es recordar, para que no se crea la cosa fenomenal, el desastre de igual índole ocurrido en 1883 en la isla de Java que arrastró al fondo del mar ciudades enteras con millares de habitantes.

Volviendo al resumen que á nuestra vez resumimos del Marqués de Nadaillac, diremos que quién hizo los primeros descubrimientos fué el doctor Nomicos, y que estos tuvieron lugar en la isla Theraria, y que á los suyos siguieron luego los del señor Cigalla, y á estos los de M. Fouqué que marchó á dichas islas con una misión especial científica por cuenta del gobierno francés, y á estos se unieron luego los de los Sres. Gorceix y Mamet.

La colina ó montículo que cubre las ruinas prehistóricas alcanzaba una altura de 20 metros, y estaba compuesta en su mayor parte de puzolana, amontonada allí por alguna causa accidental y en época reciente. «Mas á bajo una capa de humos bastante delgada contiene fragmentos de cerámica de origen helénico, é indica el límite de las edades históricas, y cubre el banco de toba pomiza vomitada por el volcán. Es en esta toba y á dos metros y medio de profundidad, donde se descubrieron las primeras huellas de las contrucciones.—Pronto pudieron reconocerse las casas con puertas y ventanas, muros de refuerzo, etc.; en una de ellas se pudieron contar hasta cinco habitaciones. Otros descubrimientos vinieron luego á unirse á este lo mismo en la isla de Theraria que en Acrotiri, situada en la isla principal que ha dado el nombre al grupo de Santorin. La planta de estas casas afecta un paralelógramo irregular de ángulos redondeados y de lados más ó menos esféricos.»—«Los muros están formados por sillares de lava colocados de una manera irregular unos sobre otros sin rastro de cal ni de cemento, pero unidos entre sí por medio de una sustancia terrosa, rojiza, mezclada con paja picada, ó algas marítimas. Grandes ramos de olivos salvajes ó de ciprés revestidas todavía de su corteza, están enterradas dentro de los muros por todos lados».... «supónese con razon que estos maderos, se colocarían para dar mayor trabazón á los muros á fin de hacerlos más resistentes á las sacudidas volcánicas, ó terremotos; hoy mismo se usa este procedimiento por los constructores de otras islas del archipiélago. Las puertas y ventanas presentan arcos de medio punto mal trazados, y el techo parece que lo formaba una bóveda rebajada, esta estaba formada» por piedras cubiertas con una tierra arcillosa y sostenida por

puntales formados por troncos de olivo cuyos restos carbonizados yacen en el suelo de las casas destruidas. Esos troncos no llevan señal alguna que pueda indicar el uso del hierro; las investigaciones no han dado hasta hoy ni una ligadura, ni un clavo de metal alguno; hechos que permiten referir dichas construcciones á la edad en que la piedra era sólo empleada para los trabajos de los hombres; las paredes internas por lo general no reciben estuco alguno. Sin embargo, se cita una casa Acrotiri, cuyos muros estaban revestidos de una capa de cal, sobre la cual se había trazado una ornamentación, cuyos colores conservaban todavía, en el momento del descubrimiento, un brillo extraordinario.

.....«Cerca de una de las casas de la antigua Theraria, existía una pequeña construcción cilíndrica, de cerca de un metro de altura. ¿Era un altar como algunos han creído?....

«Las excavaciones no sólo nos han puesto al descubierto las casas de esos hombres desconocidos, si que también multitud de objetos curiosos que arrojan viva luz sobre sus usos y costumbres. Entre estos objetos, los vasos en tierra cocida son los más notables. Los más comunes son grandes recipientes de tierra amarilla, de espesas paredes, y algunos de ellos de una capacidad que no baja de cien litros. En general están provistos de un borde pesado y por encima del cuello presentan una cierta clase de cordon, que lleva todavía impresas las huellas de los dedos del alfarero.—Otras de una pasta muy fina coloreada de rojo ó amarillo, están á menudo cubiertas de adornos y arabescos de una ejecución notable, algunas veces de guirnaldas de flores y frutas de un gusto y de un trabajo excelentes, etc. Dichos vasos, así los más finos como los más ordinarios, unos servían para cocer los alimentos y todavía llevan señales del hollín del hogar; otros contienen paja cortada en pequeños pedazos que evidentemente estaba destinada á alimentar los animales domésticos. Las más curiosas imitan el aire y la conformación de la mujer. Después de esta descripción conviene añadir, dada la vecindad de las islas de Santorin, que la cerámica de dicha procedencia difiere por completo de la griega, fenicia ó etrusca, lo que prueba una fabricación indígena.

«Junto con dichos vasos se han descubierto morteros destinados á moler el grano; discos de lava bastante parecidos á los que usan todavía hoy los tejedores del archipiélago para tender la trama de sus tejidos; pesos en lava sábiamente graduados; un molino para hacer aceite, una sierra de dientes muy regulares y una punta de flecha en sílice; luego numerosos instrumentos de todo género, principalmente flechas y cuchillos de obsidiana, análogos como formas á las que caracterizan la edad de la piedra en nuestros países..... una pequeña sierra de cobre puro sin rastro alguno ni aleación de estaño ó zinc, únicos objetos de metal hasta hoy día hallados.

«Hemos dicho que ni clavo, ni ligadura de hierro, entraba en la construcción de sus casas; tampoco se ha descubierto objeto alguno de bronce entre dichas ruinas. Esos hechos permiten concluir con seguridad que, los habitantes de Santorin no conocían todavía el uso de los metales, ó que, por lo ménos, su uso no hacía más que principiar entre la gente de la isla en el momento del cataclismo.»—«Es decir, que aquí tenemos hombres que sabían ya cultivar la tierra, que cosechaban cereales entre los cuales el más abundante es la cebada, á la que seguían el mijo, las lentejas, guisantes, coriandra y anís. Conocían la domesticación de los animales»..... «tenían perros para guardar sus rebaños y tal vez caballos, que esto parece suponer el hallarse todavía los pesebres llenos de paja picada para facilitar la alimentación. Sabían tejer, moler el grano, sacar el aceite de las aceitunas y tal vez hacer queso, pues parece probarlo una cierta sustancia blanca que en una vasija halló el doctor Nomicos.

Sabían también construir bóvedas y empleaban varios colores brillantes. La sierra de cobre muestra los primeros ensayos de una metalurgia antigua.» ¿Por qué, preguntamos nosotros? ya veremos luego la respuesta.—«Los instrumentos de obsidiana, extranjeros en la isla, son pruebas de las relaciones con los pueblos vecinos.»—Esto, se olvidó decir el marqués de Naudillac, prueba, dada su condición de isleños, la existencia de una marina.—«Practicaban las artes, y la forma de sus vasos, y los adornos que los exornan, dignos de los mejores días de Grecia, lo prueban de una manera completa.»

¿De qué época data la ciudad ó ciudades en dichas islas descubiertas?

Longpérier nos enseña, continua el Marqués, que los vasos de Santorin, están representados en la tumba de Rekmara entre los presentes ofrecidos á Thoutmes III, que vivía en el



Fig. 59.—Vasos de Santorin.

siglo xvi ántes de nuestra era, y sin embargo, parece que los habitantes de la isla no habían copiado cosa alguna de Egipto. De este dato no concluye, con razón dicho señor que las ciudades de Santorin sean de la época de Thoutmes III, porque precisamente las formas de la cerámica son muy persistentes entre los pueblos de la antigüedad. Todo lo más probaría que el arte de los primitivos moradores de Santorin no había muerto al ocurrir la terrible explotación volcánica que con toda seguridad puede ponerse más allá del siglo xv antes de nuestra era, época en que se fija la primera invasión de fenicios en Grecia, que como hemos dicho, para nada influyera en el arte del pueblo de Santorin.

Veamos ahora si Troya es más abundante en pruebas del estado de cultura del hombre neolítico, ó del hombre en los albores de la edad de los metales.

El descubridor de Troya fué el doctor Schliemann que del Norte de Alemania pasó á la Troada seguro de hallarla porque no podía faltar al gran soñador del clasicismo la ciudad que

tenía que descubrir su fe. No se crea por esto que se ha bautizado con el nombre de Troya á la ciudad encontrada por el doctor Schliemann para dejar á este satisfecho y contento, no; la antigüedad que por siglos vió en las ruinas de la colina de Hissarlik la ciudad inmortalizada por Homero, ha sido vengada por el doctor, de las dudas de Demetrius de Scepni, Strabon y Lechevallier. En Hissarlik se ha encontrado una ciudad que pudo muy bien ser Troya, á pesar de que dentro su recinto no podían vivir más allá de quince mil almas. Pero, ¿qué no han abultado los poetas?

Principió sus excavaciones Schliemann en el mes de Abril de 1870, y se continuaron con éxito hasta 1873. Desde luego el doctor las llevó hasta dar con el suelo virgen, que encontró á una profundidad de dieciseis metros, compuesto de una calcárea fosilífera, y no sin asombro vió que las capas que tal desmonte pusieron de manifiesto acusaban cinco épocas diferentes, es decir; dice el Marqués de Nadaillac, nos encontramos en presencia de una pentápolis perpendicular, si nos es dado expresarnos así. En pocas palabras, cada vez que Troya fué pasada á sangre y fuego, y lo fué cinco veces; sobre sus ruinas nació un pueblo, una ciudad nueva. La primera capa que descansa directamente sobre la misma roca, tal vez fué la ciudad, que según Homero construyó Dárdano y destruyó Hércules. Sobre esta se levantó otra ciudad que ya posee un recinto regular, un altar consagrado á Minerva, una torre de formidable construcción, un palacio y murallas. Sus casas estaban bien construidas con adobes, sus muros presentan por todas partes ángulos agudos y obtusos. Las piedras calcinadas, los metales fundidos, la cerámica hecha á pedazos, los montones de cenizas y tierras quemadas muestran la causa de su destrucción, y no hay que darle esta es la ciudad de Priamo y Hector, de Páris y Helena, la Troya de Homero.

«Sobre las ruinas de Troya nuevos ocupantes erigieron otras moradas cuyos cimientos consisten en piedras sin escuadrar cimentadas con arcilla. Estas casas son más pequeñas; en ellas se empleó menos madera, la civilización de estos hombres se caracteriza por la falta completa de metales. Fué en 1873, al momento en que iba á dar por terminadas Schliemann sus excavaciones, cuando descubrió en esta tercera capa, no sólo clavos y hachas de cobre, si que también los crisoles y moldes en que fueron fundidos. Los instrumentos de piedra se contaban á millares. Su pulimento basto. La cerámica era menos fina y de una ejecución menos cuidada, todo anunciaba una población menos rica, una civilización en decadencia. Ni su barbarie, ni su pobreza salvaron á sus habitantes—aficionados á la música si hemos de juzgar por el hallazgo de dos fragmentos de dos liras, de piedra una y de marfil la otra—la ciudad desconocida fué destruida, sin que sepamos su época, ni porque pueblo, y la colina por la cuarta vez nos da testimonio de otra gente, de una gente más grosera é ignorante. Las casas ya no son de piedra sino de madera, así han dejado poco rastro de su construcción pero no de su existencia, acusada por los montones de cenizas que nos revelan el punto que ocuparon y el modo como perecieron.

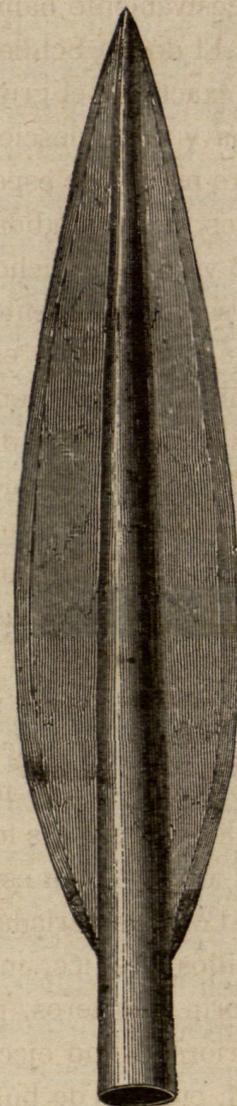


Fig. 60.—Punta de lanza de primera clase.

»Abundan los instrumentos de sílice, obsidiana, serpentina y diorita, pero el trabajo es mediocre, los martillos no están perforados, las hachas y las sierras que exigen una ejecución más delicada son raras: la cerámica todavía es más rara.....

»Encima de esta capa hay sobrepuesta otra de poco espesor, al parecer de cerámica lidia, y sobre esta viene, en fin, la sexta capa, que corresponde en un principio á la época arcaica, luego á la helénica, después á la greco-romana, y por último á la imperial. No puede, pues, dudarse que estas últimas capas, corresponden á la Nueva Illión, fundada por los lidios y sucesivamente habitada por griegos y romanos.

»El doctor Schliemann, por una serie de repetidas mediciones nos ha dado casi con entera exactitud el grueso de esos diferentes estratos arqueológicos. Los restos de la ciudad griega y lidia, descienden hasta dos metros de profundidad; la cuarta capa tiene de dos á cuatro metros de espesor; la tercera tiene de cuatro á siete; Troya se encuentra de siete á diez metros de profundidad, la ciudad antiquísima presenta sus restos á los diez metros, y baja como ya hemos dicho hasta los dieciseis que es donde aparece el suelo primitivo. Merece notarse especialmente el hecho repetido y sostenido sin contradicción de aparecer precisamente en el último estrato, en el que principia á los diez metros y acaba á los dieciseis, la cerámica más excelente de cuantas se ha recogido en Troya de los periodos posteriores. Los vasos recogidos son de todas formas y dimensiones. Los hay que tienen dos metros. La rueda de alfarero parece que era desconocida, á lo menos no la usaban sino por excepción. Fabricaban, pues, la cerámica á mano, y luego se pulía con unos pulidores de los cuales se ha encontrado numerosos ejemplares. Esos vasos están teñidos de rojo, amarillo, negro y de un color moreno: algunas veces están cubiertos con graciosos adornos, con guirnaldas de flores que recuerdan las de Santorin. Para darles el hermoso color rojo que presentan, los sumergían cuando estaban medio secos en un lecho de arcilla de un tono oscuro, y llenaban los surcos y arabescos de los dibujos con una parte arcillosa blanca para darles mejor relieve, y luego por medio de un bruñidor les comunicaban ese brillo que ha podido resistir las injurias del tiempo. Las formas, á menudo extravagantes, son siempre elegantes, y afectan en general animales, en especial el cerdo, siempre representados con gran exactitud.

»Con esta variada y numerosa cerámica aparecen martillos y cuñas de diorita, sierras y cuchillos de sílice, cucharas y agujas de hierro y marfil, muelas de lava semejantes á las de Santorin, morteros, pilones, y pesos de granito; idolos de tierra cocida y de mármol muy superiores como ejecución á los que se encuentran en las capas superiores; dientes de jabalí, cuernos de búfalo, de cabra, de antilope, de asta de ciervo finamente afiladas, vértebras de requino, que corresponden, hay que decirlo, á especies aún vivas. Schliemann ha descubierto también metales, lingotes de plomo que pesan más de un kilogramo, puntas de lanza, ornamentos, clavos de cobre, agujas de plata y juntos con estos objetos los crisoles y moldes que sirvieron á su fundición. Sin embargo, las armas de piedra dominan. A juzgar por los datos hasta aquí admitidos, estamos á fines de la época neolítica, tocamos ya á la edad de bronce.»

«Troya, que forma la segunda capa de la pentápolis, presenta una construcción de un grande espesor, de sillería sin escuadrar, de dimensiones considerables, y unidas sus piedras con arcilla. Esta construcción que todavía existe hoy, tiene ocho metros de alto, parece que debió ser una torre, ó un baluarte macizo, coronado por una especie de banco y un hueco para esconder, en caso de necesidad á los soldados. A la izquierda de este baluar-

te se descubre una maciza puerta que cerraría la entrada de la ciudad, y cuyos goznes y visagras de cobre yacían entre los escombros. A ella se llegaba por una calle ancha de cerca cinco metros, elevando á uno y otro lado muros construidos con piedras, y estas juntas, como las de las torres, con arcilla desleida. Esta calle estaba empedrada con grandes piedras cuadradas, y los cuatro pies derechos que en ella aparecen separados unos de otros, muestran que la entrada de la fortaleza estaba defendida por una doble puerta. Encima de esas puertas existieron evidentemente construcciones de maderas, tales como torres ó empalizadas. Cuando el incendio de la ciudad prendió en ellas, se hundieron y ocuparon el paso que, se convirtió en un inmenso brasero bastante poderoso para poder calcinar toda la superficie de las piedras; esto puede todavía apreciarse hoy, pues las cenizas y escombros amontonados suben más de tres metros por encima de la puerta de entrada.

»Conducía la doble puerta, también, á una vasta habitación, á un verdadero palacio, pues aventajaba de mucho á las otras casas por su importancia, la solidez de su construcción y su posición que dominaba á la vez la llanura, los dos mares que la bañan, protegiendo la entrada, tal vez única, de la ciudadela. Cuando se desembarazó de escombros esta parte de la misma, se vió que al palacio incendiado había sucedido otro, cuyos cimientos, conforme á una costumbre muy general en los tiempos antiguos, descansaban sobre los primeros.» Este nuevo palacio perteneció á la tercera época.

Dominan todavía en esta época la cerámica y la piedra al igual de la primera, pero la cerámica es menos fina, y solo presenta un pequeño número de nuevas formas. Sin embargo, la metalurgia ha hecho notables progresos. Hachas, puñales, puntas de lanza, escudos, cascos y vasos de cobre, todo esto se presenta con verdadera abundancia. De todos estos objetos los más notables son los hallados en el palacio antes mencionado. Su descripción no es de este lugar, sino del período siguiente, pues nos hallamos ya en plena edad de los metales.

¿Al llegar á la edad de los metales, ó para hablar con más precisión, á la edad del bronce, ha concluido la edad de piedra?

Si al responder afirmativamente se entendiera que durante la edad del bronce dejaron ya no de usarse sino de fabricarse armas y herramientas de piedra, diríamos todo lo contrario, pues precisamente las armas de piedra alcanzan durante la edad del bronce esa maravillosa delicadeza y corrección de formas que es una de las cosas más sorprendentes de los museos del norte, y en general sucede lo mismo, aunque no en igual grado que en la Escandinavia, allí donde los pueblos progresaron durante las diversas edades y períodos de la edad de piedra. Si, pues, damos por concluida la edad de piedra al empezar el período en que los metales hacen su aparición, es porque nace luego de las fraguas en que por primera vez encendió el hombre, un mundo nuevo, cuya existencia era imposible sin la metalurgia. El día en que la metalurgia adquiriera un cierto grado de desenvolvimiento, la piedra se retira á las entrañas de la tierra, para ser utilizada por el hombre de otra manera, y en verdad de una manera más conforme con su naturaleza.

Habrásenoteado que para seguir los progresos realizados durante la edad de piedra, progresos que de un modo positivo hemos comprobado estudiando la mejor adaptación y tratamiento de los materiales que á mano tuvo el hombre primitivo, nos hemos visto obligados á pasar de uno á otro pueblo, lo que ha motivado una declaración nuestra acerca de lo que podían significar esas lagunas en el desenvolvimiento de la civilización de un pueblo; ahora

bien, desde el momento en que ese desequilibrio existió en las edades ó periodos de la edad de piedra, ese desequilibrio produjo el comercio que, tiene por misión suplir las necesidades de unos pueblos con las abundancias de otros. Y como quien dice comercio, dice aumento y circulación de las riquezas, no puede cabernos duda alguna sobre la actividad del comercio durante el periodo neolítico dado que unos pueblos continuaron poco menos que sumidos en la barbárie de la edad paleolítica, y otros no siguieron sino perezosamente la marcha general de la civilización. Este comercio explica el que aparezcan en unos puntos piedras en ellos desconocidas y que abundan en otras regiones más ó menos distantes, y si las distancias que á veces suponen los hallazgos sorprende, nótese en seguida para no extraviarse que en la época ó periodo neolítico el hombre es resueltamente sedentario, pues el hombre se

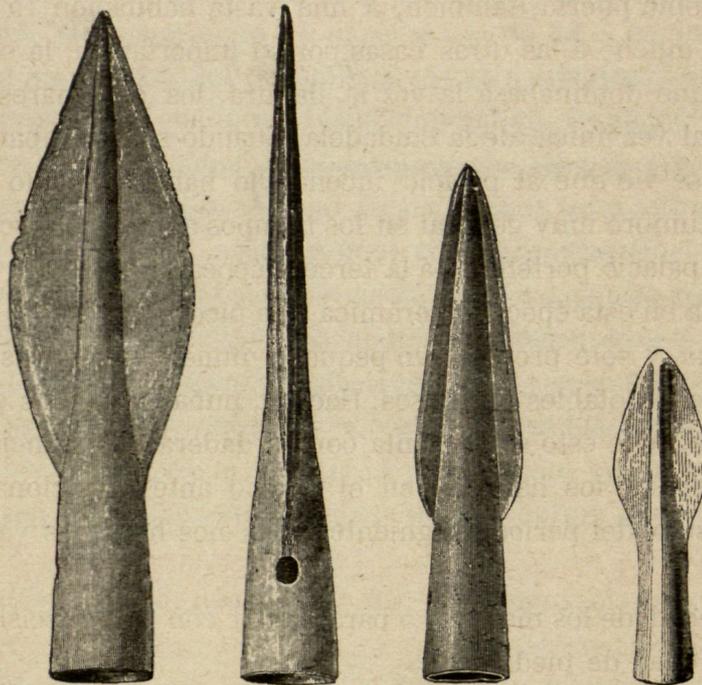


Fig. 61.—Puntas de dardo y de javelina.

clava, digámoslo así, allí donde entierra á sus antecesores, en donde levanta sus túmulos, pues solo ó su alrededor se siente seguro, pues confía tanto ó más en su protección que en su propio esfuerzo.

Esto veremos claro más adelante, pues como ya hemos indicado la idea de la muerte, ó mejor, las ideas de la vida de ultratumba han hecho más para el desenvolvimiento del bueno y del mal lujo que todas las otras pasiones del hombre reunidas. Aquí solo importa recordar la naturaleza de las tumbas de que hemos hablado, las cuevas funerarias, los dólmenes, los túmulos, etc., para que quede firme la idea de un pueblo neolítico entregado ya á especulaciones, si se nos permite la frase, para entendernos mejor, metafísicas.

Por grande que sea nuestra impaciencia en llegar á ese periodo que nos dará á conocer las causas directas del lujo presentándolas, digámoslo así, en función, conviene todavía que nos detengamos en demostrar la realidad de esa vida primitiva tal como resulta de los hallazgos hechos en las grutas y cavernas y en las tumbas de los diferentes periodos de la edad de piedra, ya que, además, podremos presentarla no para extraños pueblos, sino en el nuestro,

pues como hemos indicado, no fué en España donde la edad de piedra tuvo sus grandes centros de perfeccionamiento.

De entre todos los autores de la antigüedad que nos han conservado noticias de nuestros antiquísimos antepasados, uno de los más modernos R. F. Avieno, que nació á mediados del siglo IV de nuestra era, nos da una relación breve y sumaria de los más remotos tiempos en su poema *Oræ maritimæ* por haber puesto á contribución autores púnicos, fenicios y griegos de los siglos V y VI antes de nuestra era, y cuyas obras desgraciadamente se han perdido.

Así nos recuerda que los primitivos habitantes de la costa cantábrica llamados ligures vivían en lugares rodeados por todas partes de zarzales; en su suelo pedregoso, y de escarpadas rocas, erizado de montañas que suben para tocar al cielo, habiendo antes vivido por

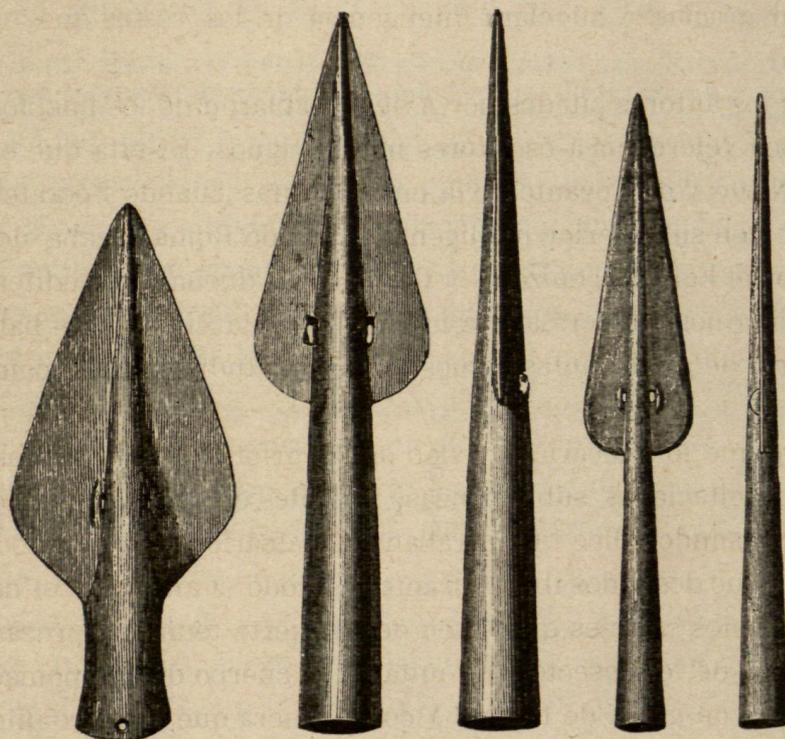


Fig. 62.—Puntas de lanza.

muchos años en las grietas de las rocas, es decir, en las cuevas ó grutas naturales. No eran estos los únicos habitantes de la península que vivían en tales condiciones. Avienus sólo nos describe la costa, única región conocida por los autores de que se sirve, pues el interior de nuestra patria, como hasta nuestros días el interior de Africa, era ignorado y desconocido de los geógrafos é historiadores de la antigüedad.

Pasando, pues, del Norte al Sud, describe la feraz región andaluza, colonizada desde siglos antes por los fenicios, si no es que, como nosotros creemos y hasta se nos figura haberlo demostrado en otros trabajos, no fueron los pueblos conquistadores del Bajo Egipto guiados por los Khetas de la Siria los primeros colonizadores de nuestro suelo, y remontando la costa del mediterráneo se encuentra de nuevo con la gente agreste y salvaje *gens agrestis et ferox*, que erraba en medio de sus rebaños, manteniéndose de su leche y del queso que con ella fabricaba.

Estos eran los Bebrices sentados en las montañas de Denia y que se corrían hacia el

Norte. Pueblo que vivía en plena vida pastoral á pesar de las riquezas agrícolas de la vecina región valenciana. La costa de Oropesa más ó menos poblada, desierta la de Balaguer, toda esta región montañosa hasta llegar al Pirineo presentaba el mismo carácter. Pero pegados á los altos montes pirenaicos cita á los indígetas que poblaban el alto y bajo Ampurdan de la que dice que era

Gente dura y feroz y á la caza  
y á las cuevas apegada. (1)

Los de Sordes (Rosellón) vivían también en regiones inaccesibles, se extendían hacia el mar interior, y habitaban en medio de las bestias feroces. Es decir, que en tiempo de los autores compilados por el poeta latino, en el Norte y en el Noreste de España, vivían aún los españoles en las cuevas. Cuál podía ser la vida de los trogloditas hispánicos, la arqueología nos la deja rastrear gracias á su clara inteligencia de los restos que en las grutas dejó el hombre de su edad.

Ahora bien, si los autores citados por Avieno hablaron de los pueblos de la costa hispánica de *visu* y no por referencia á escritores más antiguos, resulta que en España el pueblo de las costas del Norte y de Levante vivía en las grutas cuando Sócrates iluminaba la conciencia del hombre con su superior inteligencia, cuando Roma gozaba de los esplendores de su joven República, el Egipto agonizaba, y Cartago era dueña del Mediterráneo.

Diodoro de Sicilia nos ofrecerá ahora un cuadro de la civilización baleárica, que será un bellissimo comentario de lo que antes hemos dicho al estudiar arqueológicamente sus navetas y talayots.

Cuenta Diodoro que los baleáricos vivían en las grietas (grutas) de las rocas, pero que en general vivían en habitaciones subterráneas, y cuales eran estas habitaciones subterráneas ya lo hemos visto. Desnudos dice que erraban los baleáricos durante todo el verano, que es lo mismo que decir que desnudos iban durante casi todo el año dado el caluroso clima de las islas, y como los pueblos salvajes que viven de tal suerte tenían la precaución, para librarse de las mortificaciones de los insectos, de untarse el cuerpo de una pomada formada del jugo del *schinus* mezclada con grasa de tocino. Y como quiera que Diodoro dijera que de esta costumbre de ir desnudos les vino á los baleares el nombre de Gymnesias, que les dieron los griegos, cuando parece cierto que el nombre les vino de su habilidad en el manejo de la honda, como ya dijo Plinio, se ha querido tachar de exageración lo dicho por Diodoro sobre andar desnudos por sus islas los baleáricos, pero un párrafo de Strabon viene á confirmarlo, con la particularidad de que nos enseña que cuando los baleáricos iban vestidos se sentían contrariados por su traje, por cuya razón se lo sacaban siempre que tenían que hacer algo de empeño, por ejemplo, al entrar en combate. Singularidad que han notado todos los misioneros y viajeros de los pueblos oceánicos. Aun hoy los salvajes australianos con vivir al lado de los ingleses hacen lo mismo. Aquel salvaje fuegiano que Darwin se llevó á Inglaterra y que luego devolvió á su patria, lo primero que hizo al sentirse libre fué arrojar al aire su vestido y correr al bosque de la misma manera que de él había salido para pasar algunos años en Londres.

(1) Gens ista dura, gens ferox venatibus

Lustrique inhærens.

Estrabón que ya conoció el estado de cultura de los pueblos del interior de la península, cuando el litoral mediterráneo vivía en plena civilización, se burla de Posidonio cuando este escribe que Graco había destruido trescientas ciudades celtiberas, pues reputa imposible su existencia, dada la pobreza de su suelo, su situación poco central y su aspecto salvaje además dice, «que las costumbres de los iberos, así como su manera de vivir, exceptuando á los del litoral del mar interior, no permiten suponer nada de parecido, puesto que el salvajismo es el resultado de los pueblos que viven dispersados por las aldeas, y que la mayor parte de los iberos son salvajes, sin contar que aún las mismas ciudades no pueden ejercer su influencia civilizadora, puesto que la mayor parte de la población continúa habitando en los bosques, y amenazando desde ella la tranquilidad de sus vecinos.»

Para apreciar hasta que punto es exacto lo dicho por Estrabón, véase lo que cuenta de los Vettones, que eran los habitantes de la actual provincia de Salamanca:—«Cuentan los autores, que los primeros de entre ellos que pusieron los piés en un campamento romano, creyeron, al ver á los centuriones ir y venir para pasearse, que era gente loca, y quisieron llevarlos á sus tiendas, pues no concebían que pudieron hacer otra cosa hombres que no tenían á quien combatir, que estarse tranquilamente sentados ó echados.» ¿Tenemos ahora otra cosa más que hacer que cambiar el nombre de los Vettones por el del pueblo africano que no sabía que cosas tramaba Livingstone al verle pasear en las horas de descanso? Cambiése el nombre de centuriones por el del immortal explorador africano, y tenemos un caso enteramente igual. No queremos decir con esto que los Vettones y los negros africanos estuvieren en todo bajo un perfecto pie de igualdad, pero basta un caso tan típico para probarnos que si en civilización material nuestros Vettones podían adelantar á los africanos, en estado intelectual, por lo menos, allá se iban.

Artemidoro citaba como prueba del estado salvaje de los celtiberos, el que sus mujeres se afeitasen la cabeza hasta dejarla más luciente que la frente. De esta manera de arrancarse el pelo, el cabello y el vello, hay tantos ejemplos entre los salvajes modernos, que nos parece queda justificada la observación del escritor griego citado por Estrabón. Aquí lo que es de sentir, que ni uno ni otro de dichos autores no nos hagan saber en que cantones se afeitaban de esta suerte la cabeza las damas españolas.

Estrabón dice por su parte, «que pueden citarse otras costumbres que sin tener todavía el carácter de la civilización, no son, sin embargo, propias de los brutos. En Cantábría, quiere la costumbre que sea el esposo quien lleve un dote á su mujer, y sean las hijas las que hereden, con la obligación de tener que mantener á sus hermanos, lo que constituye una especie de *gynæcrocratia*, régimen que, no es precisamente político.» Este párrafo es, hoy que sabemos su significado, de los más elocuentes, puesto que nos revela ni más ni menos que la filiación de la familia española, ó de aquella parte de España, se basaba en la madre, esto es que el régimen *matriarcal* existía, y que la sociedad española no había llegado aún á la filiación superior, á la *patriarcal*. Sobre esto sólo podemos decir aquí que esta faz de la filiación de la familia por la mujer, que en realidad parece el resultado del régimen de la promiscuidad, es general entre los pueblos más inferiores de la tierra, los pueblos salvajes africanos, lo mismo que los indios americanos, así los del norte como los del sud, viven aún hoy sujetos al matriarcado, y que Estrabón ó quien le dió la noticia, observaron, bien lo dice una lápida de Tarazona hallada en 1878 en que consta dicha filiación, de modo que por el sitio en que apareció la lápida no puede cabernos duda de la exactitud de lo dicho por el hijo de Capadocia.

En fin para acabar de convencernos del estado de salvajismo de los españoles antes de la total conquista romana, no tenemos más que recordar aquellos versos de Silio Itálico en que dice, que, «los españoles tan pronto ha pasado para ellos la edad floreciente del vigor, no pueden soportar los años, y desdeñando conocer la vejez cortan el hilo de los días de su vida con su propia mano»; pues esto por irracional que parezca tiene una explicación, y esta costumbre vive aún hoy en Africa. Los pueblos nómadas no pueden moverse con facilidad las más de las veces á causa de los viejos ó viejas, y en este caso ó se les abandona vivos para que mueran de hambre, ó se les entierra vivos, y por lo regular son los mismos viejos quienes piden á sus hijos ó parientes en su defecto este postrero y piadoso favor. Pero de esto ya hablaremos luego.

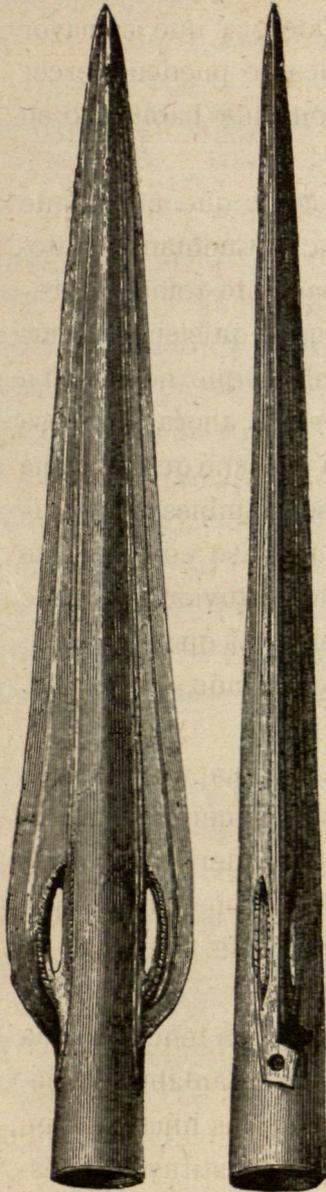


Fig. 63.—Puntas de lanza.

Digamos en comprobación de lo que nos ha revelado el estudio de los monumentos de la edad de piedra, que los geógrafos é historiadores antiguos al hablar de la marina de los españoles dicen que sus barcas estaban formadas de cueros, ó de troncos de árboles, lo que explica que los Callaicos al ver avanzar hacia la costa una flota romana, la creyeron compuesta de mónstruos marinos, que es lo mismo que supusieron los indios americanos al ver las naves de Colón y de Cortés.

La arqueología y la historia se completan pues y se demuestran recíprocamente. Nosotros hemos seguido el método científico en esta exposición del carácter de la cultura de los tiempos primitivos. Primero el hecho, el monumento, luego la explicación. Todo lo que Avieno, Diodoro, Artemidoro y Estrabón han dicho de los primeros españoles parecería fabuloso, si los monumentos patrios y la vida de pueblos que pasan hoy por este estado de cultura que ellos pasaron no lo confirmasen.

Si, pues, las soluciones de continuidad que lo mismo los monumentos que los escritores dejan para tan remotos períodos pueden hacer más que difícil, imposible á un historiador del lujo seguir el desenvolvimiento de este y su influencia en el desarrollo de la civilización y del arte, lo que prueban, y lo que demuestran junto con lo que la sociología enseña para

otros países, es, que las concordancias que se notan no son fortuitas, y que por consiguiente estamos autorizados para explicar con lo moderno lo antiguo, lo anti-histórico.

Por lo demás, basta recordar que el hombre al principiar la edad neolítica es todavía un troglodita, y que al expirar ya vive en casas como las de Therasia. Que apenas sabe dar á sus armas y herramientas una forma apropiada durante la larga edad paleolítica, y que en la época neolítica, principia por cortarlas con mejor acierto, luego sabe afilar tal ó cual arista que á su objeto convenga, que más adelante pule sus superficies quitándoles toda idea de tosquedad, y para que esto resalte más ya sabe enmangarlas, es decir, que las agujera y apropia un mango, en vez de atarlas al cabo de una rama ó palo como hacía antes por medio

de fibras vegetales ó animales. En fin, las armas y utensilios todos de piedra acaban por tener una forma tan bien apropiada á su oficio que no se puede dudar ni un momento del gran desarrollo que ha tomado ya la sociedad, y toda clase de productos destinados á satisfacerla.

La riqueza y variedad de su mesa, las estaciones lacustres la han evidenciado.

Que el hombre neolítico principiara por comer un pan basto de bellotas como Estrabón y Plinio dicen que lo comían los españoles, antes de comer pan de harina de trigo, nada más natural y justo ya que la encina no necesita de cultivo alguno, y que al extenderse el cultivo de los cereales fuera un lujo comer pan de esta última clase nos parece incontestable. ¿Hoy por hoy no lo es aún para los pueblos montañeses de todas las regiones de Europa? ¿No hemos visto que lo más útil principia por ser lujo?

Por consiguiente déjese que la imaginación recorra los miles de miles de años que supone el lapso de tiempo al que damos el nombre de neolítico, aun cuando en buena lógica de-

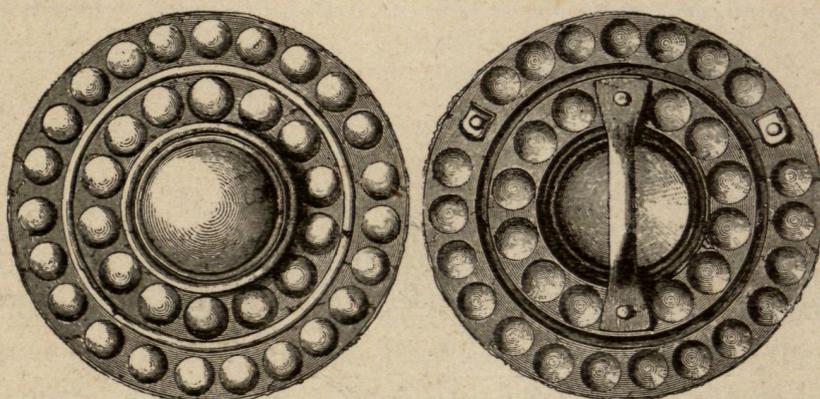


Fig. 64.—Escudo.

bemos suponer éste mucho menor que el del período anterior, y dígase cómo la sociedad humana va desarrollándose á pesar del enojo y de los pronósticos de los hombres que no podían ver sin asombro cómo el hombre abandonaba sus moradas subterráneas para vivir en medio de sus enemigos: júzguese de lo que habían de decir los primeros moralistas que vieron generalizarse el uso de los vestidos, de todas las superfluidades la mayor, pues nada lo hace necesario, ni aún el pudor que es el mayor y más exigente de todos los lujos, y por lo tanto desconocido por los pueblos primitivos: piénsese en lo que habían de decir los que veían á millares de hombres y de mujeres labrando armas y herramientas de todas clases con delicadeza, cuando las toscas formas de la edad paleolítica estaban allí para demostrar que aquel refinamiento de líneas no era más que el efecto de un reblandecimiento del carácter y de las costumbres; y no se censure ni tache á los que fieles al pasado condenaban aquella cerámica labrada al torno y cocida al fuego, cubierta primero de dibujos digitales, luego de guirnaldas de flores y frutas, ó de graciosos arabescos y animales fantásticos, cuando en su forma no imitaban los vasos á tales ó cuales animales ó frutas, pues, ¿á qué el adorno cuando éste no había de hacerlos más útiles?

El progreso artístico que pudo ya notarse á través del período paleolítico continúa en el nuevo, y si en el primero sus grandes obras aparecen ser los bastones de mando de la edad del renjifero, en la edad neolítica sus obras maestras las constituyen esa hermosísima cerá-

mica de las islas del archipiélago griego y de la troada, esa cerámica de Santorin y de Troya, que aquí y allá aparece en el resto de Europa, como por ejemplo en el hermoso vaso de lignito de Broad Down de cerca de Honiton (Inglaterra), figura 19. ¿Quién negará á la vista de los productos cerámicos que los pueblos que los conocieron y labraron, eran pueblos sujetos á los más puros y dulces placeres del lujo, pues la severidad y pureza de sus líneas y formas, no es el mejor indicio de la pureza y severidad de las costumbres de los pueblos neolíticos?

